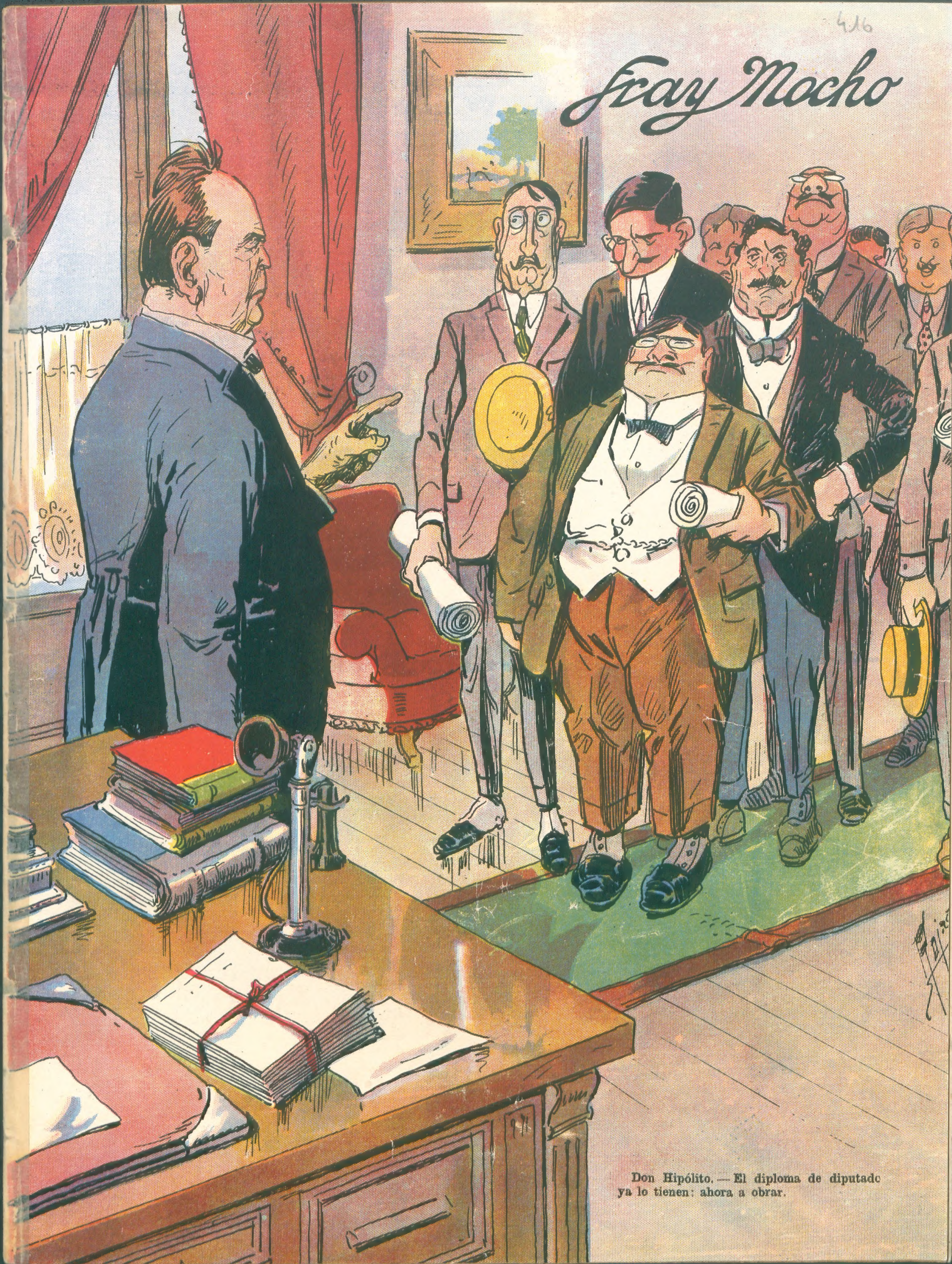


Don Hipólito. — El diploma de diputado ya lo tienen: ahora a obrar.

FRAY MOCHO

Año IX | Buenos Aires, 13 de abril de 1920 | Num. 416

El hecho sangriento de la universidad de La Plata

Necesidad de una represión enérgica

Las costumbres, el ambiente, la tradición universitaria han variado de una manera profunda, de algunos años a esta parte; y por desgracia, ni aun inspirándose en el más agudo optimismo, puede negarse que la transformación se ha operado en un sentido regresivo.

La turbulencia juvenil jamás asumió, en pasadas épocas, formas reñidas con la cultura esencial del claustro; y nadie pudo sospechar nunca que las armas, que la sangre, que el crimen, mancharan la majestad del templo de la enseñanza superior.

¿Qué pasiones, en efecto, podrían hacer presa de las aulas, tan terriblemente ciegas que sólo en un entrevero sangriento hallaran desahogo natural?

¿Qué reformas negadas, qué vallas encuentra el espíritu estudiantil de la época que no puedan contrastarse con la discusión serena, con el examen atento de las dificultades?

El país que ya presenció estupefacto las escenas indescriptibles de que fué teatro la Universidad de La Plata no hace muchos meses, cuando la fuerza pública y la intervención del juzgado federal, si lograron introducir el orden fué a costa de no pequeños obstáculos, ha visto erguirse otra vez el fantasma de la anarquía en una de las escuelas de aquella casa de estudio, y en esta ocasión, mil veces agravados los delitos por las detonaciones de las armas de fuego en el momento más inesperado: cuando se procedía a rendir exámenes en la Facultad de Medicina.

Los revoltosos, haciendo gala de una irrespetuosidad incompatible con toda noción estudiantil, atropellaron, en las circunstancias conocidas, el aula de los examinandos y desnudando sus revólveres convirtieron el pacífico salón en un campo de Agramante.

La sola enunciación de estos hechos bastaría para calificar a sus autores. Pero algo más terrible y lamentable que el mero desorden ocurrió luego. El tiro que costó la vida al joven estudiante don Francisco Vera repercutirá para siempre, dolorosamente, en la mancillada Universidad, y sobre todo en el corazon de los aturdidos y culpables.

Ha llegado el momento de concluir una vez por todas con esta intolerable serie de afrentas a la cultura nacional.

La autoridad debe proceder con energía para reprimir tales desmanes e impedir su repetición en el futuro, alejando de las aulas definitivamente a los malos estudiantes.

Y entretanto, el triste cadáver del infeliz caído, quien tal vez fuera una gloria del porvenir para la patria, debe ser un símbolo de remordimiento para aquellos que pudieron prever los acontecimientos e impedir que se consumaran...

UN MOZO DE PORVENIR



La vieja.—¿Es tu padre, muchacho?
El pibe.—No señora. Yo soy su empresario.

Colegiala linda, colegiala loca...

Colegiala linda, colegiala loca,
que tan pronto ocultas la faz con tristeza,
como la descubres mostrando la boca
llenita de risa, de risa traviesa.

Linda colegiala, colegiala pura,
de sueltos cabellos y abiertos ojazos,
que ora me acaricias con suave ternura,
ora me propinas un par de arañazos.

Colegiala linda, loca colegiala,
que me desconciertas al par que enajenas,
al mostrarte a un tiempo bondadosa, mala,
loca de alegría y rumiando penas.

Linda colegiala, ahora silenciosa,
que un astro contemplas triste, pensativa,
¿en qué sueñas, cuando miras allá arriba?
¿Quieres ser calandria o azul mariposa?

¿Sueñas trasladarte a comarca ignota,
do puedan tus manos el sol encender,
o cruzar rasando, como una gaviota,
las aguas del río que te vió nacer?

¡Quién me diera, linda colegiala loca,
desflorar tu ensueño, violar tu ilusión,
despertar la abeja que duerme en tu boca
guardando el secreto de tu corazón!

Carlos C. SANGUINETTI.

En honor de Félix Lima

Una justiciera manifestación

Se nos ha de permitir que alguna vez hagamos excepción a nuestro propósito deliberado de no ocuparnos de nosotros mismos. El nombre de Félix Lima, secretario universal de Fray Mocho, no nos pertenece, por otra parte, con carácter exclusivo; y si la mínima duda podía caber que el prestigioso cronista, el hábil y célebre escritor, forma por derecho propio, en la primera fila del periodismo nacional, la demostración del lunes, encabezada por los colegas de "Crítica" y ratificada por los camaradas de todas las redacciones bonaerenses, bastaría para probarlo de manera elocuentísima.

Fray Mocho deja constancia de este hecho, satisfactorio en grado sumo para sus compañeros de largos años, ya que Popoff, Rimac, Míster Kimball y demás cosmopolitas y regocijantes encarnaciones del excelente redactor, han constituído desde la primera hora, uno de los motivos más visibles del éxito y popularidad de esta revista.

¿El último dreadnought?

El buque de guerra inglés "Hood", de reciente construcción, puede considerarse como el que ha cerrado la era de los dreadnoughts. Seguramente que es la unidad naval de combate más poderosa del mundo; tiene un desplazamiento de 41.200 toneladas y está armado con ocho cañones de quince pulgadas y un armamento secundario de doce cañones de cinco y media pulgadas. Quema en sus calderas petróleo y camina con una velocidad de treinta y un nudos por hora. Puede decirse que este buque es el postrero del tipo de los acorazados y cruceros acorazados de combate. Posee algunas innovaciones que lo distinguen por completo de los navíos de antes de la guerra. En primer lugar, los puentes superiores están curvados hacia proa, como si se tratara de un yate de recreo; en la popa la curva es hacia arriba y debajo de la línea de flotación está dotado con redes y coraza blanda para destruir el efecto de los torpedos, invento que se ha introducido en los buques de guerra desde el comienzo del gran conflicto. Se asegura que el costo de este navío es de seis millones de libras esterlinas y si se ha de creer a las opiniones de dos expertos en construciones navales, Lord Fisher y sir Percy Scott, ya este buque resulta anticuado, apenas construído.

Es imposible predecir actualmente lo que serán los nuevos buques de guerra, pero los navíos compañeros del "Hood", del tipo "Almirante", han sido desechados, lo que indica que el almirantazgo de la Gran Bretaña ha abandonado la construcción de buques de guerra de este tipo, de superficie muy vasta y que en breve presenciaremos el desarrollo de nuevos modelos de buques de combate. El "Hood" fué construído por John Brown y Cía., de Clydebank, y debe reponer el puesto del "Queen Elizabeth", buque insignia de la escuadra del Atlántico. El "Hood" fué construído ex profeso para este propósito.

Un terco heroico

(Episodio de "Caaguazú")

por Pedro E. PICO

—Güeno—dijo aquella noche el viejo veterano, después de encender el "chala" pegado en su labio inferior.—Una vez convencido nuestro general en jefe de que era al ñudo resistir por más tiempo el empuje de los "escueleros" correntinos, y, sabiendo, por otra parte, que el cansancio y la sed los tenían sin la juerza suficiente para resistir hasta quebrarnos, ordenó la retirada. ¡Nos vieran llorar de coraje! Pero no hubo que hacerle, y obedecimos en silencio, porque esa es la condición del soldado: parar la oreja a la voz de mando y cartuchera en el cañón.

En los primeros momentos efectuamos la contramarcha con el mayor orden; después se jué haciendo cada vez más difícil, sobre todo al llegar a un terreno blanduzco y húmedo, en que nos enterrábamos hasta los garrones. Fraccionóse el ejército perseguido por el enemigo, y poco después, corríamos desbandados como hacienda alzada... y perdonen la comparancia.

Nuestra sección, al mando de mi compadre, el sargento Ramírez, tomó pa la derecha. Huíamos en desorden, tratando de ganar la costa, donde esperábamos encontrar algún lanchón que nos llevase a nuestros ranchos entrerrianos. Seguimos sin novedad hasta eso de las tres de la tarde. A esa hora y cuando ya nos creíamos a salvo de la caballería enemiga, por una güelta del terreno pa donde enderezábamos, vimos surgir de un ñubarrón de polvo, y enseguidita, asomar entre él, primero una línea de lanzas, que rejucilaban al ser heridas por el sol y después la masa obscura de los jinetes y sus pingos.

¡Jué pucha, que fueron ladinos!... Era tal la disposición del campo, que habían podido acercársenos sin que los sintiéramos. ¡Pero no se la llevaron tan de arriba!

Apretamos el paso, pero ¡ay juna! las piernas se nos dueblaban de cansancio y la sed nos había puesto un ñudo en el garguero, que casi nos impedía respirar. Y ahí no más empezó el baile: los primeros disparos del pelotón pasaron sobre nuestras cabezas como bandadas de pájaros. Un cabo y tres soldados cayeron destrozados por las balas correntinas; los demás resolvimos esperar y vender caros nuestros cueros.

El enemigo estaba ya muy cerca; temblequeaba la tierra a su aproximación; piafaban los mancarrones con coraje y... ¡malhaya! algunos de los nuestros empezaron a desalentarse. Solamente los contenía la actitud de mi compadre. ¡Ah criollo lindo! Lo vieran parao sobre su tronco añoso, con el sable en la mano, erguida la cabeza y con la vista fija en el enemigo, que rápidamente acortaba la distancia. Una bala le besuqueó el kepí; pálido de rabia nos dijo entonces:

—¡Muchachos, a morir con honra!

Formamos en cuadro, y durante un minuto, que nos pareció una eternidad, no se oyó otro ruido que el patalear de los pingos sobre el endurecido suelo. Y entretanto la masa crecía, crecía como espuma, y entre el polvo levantado, brillaba el metal de los botones de los uniformes.

—¡Fuego! gritó mi compadre con voz vibrante. y una faja luminosa salió de las bocas de las tercerolas. ¡Linda descarga!... ¡Vieran! Al deshacerse la humareda vimos los caballos encabritaos queriendo volver las grupas y cual alfarfar cortao por la guadaña disminuir la altura del escuadrón enemigo.

Pero... eran muchos y pronto recobraron el coraje. Se abrieron en dos alas y nos atacaron por los flancos. El cuadro era un nido de balas, pero ni nos movíamos. ¡Palabra! Parecíamos árboles agarraos a lo profundo de la tierra.

De pronto, y cuando más enceguecidos estábamos, oímos un quejido. ¡Una pena! Una bala había volteao a mi compadre. Me parece que lo veo, extendido en el suelo, con los puños apretaos, asina, señalando al enemigo y diciéndonos con energía:

—No es nada, muchachos; sigan peliando.

Pero el cuadro, reducido ya a una tercera parte, se descorazonó con la disgracia y tiró las armas. No hubo que hacerle: llegaron y nos aprisionaron en medio de las protestas de mi compadre, que nos gritaba indignao:

—No se rindan, ¡canejo!, no se rindan.

Obtuvimos permiso del teniente enemigo para llevarlo y nos lo concedió... Y como no, si era un valiente!

Lo agarramos entre cuatro y nos pusimos en camino, sin hacer caso del heroico "cabeza dura" que nos seguía diciendo:

—¡Cobardes, dejenme, dejenme morir en libertad!

Pegó un estirón vigoroso, y le soltamos, sentándolo en el suelo y recostao entre unos naranjales silvestres. Me arrodillé a su lao, lloriqueando como un chico y vide que se moría a chorros. Pero aun tuvo fuerzas pa agarrarme la muñeca y decirme con voz apagada:

—¡Compadre!... Ahí quedan mis cachorritos... Deles un beso y cuídelos.

Después dueblo la ensangrentada cabeza, se le ñublaron los ojos, dió un suspiro muy juerte y cayó en mis brazos como un plomo.

Y... ¡allí está!—concluyó el narrador, secándose con el dorso de su mano dos lagrimones — allí, donde Dios recoge a todos los valientes que mueren cumpliendo con su deber.

POST BELLUM



La única indemnización que puede ofrecer Turquía.

¿Tiene usted derechas las piernas?

Si a cualquiera de nuestros lectores o lectoras se le acercase un individuo preguntándole si tiene derechas las piernas, es posible que respondiese de mal modo al que de buena fe consideraría como un insolente, porque en general nadie cree tener las piernas torcidas.

Pero esto es una presunción en el hombre y una vanidad en la mujer, y el que lo dude no tiene que hacer sino mirarse detenidamente al espejo, y comprobar si puede blasonar de una rectitud exacta de las extremidades inferiores. La mayoría de las piernas de los hombres tienen tendencia a formar una O y las de las mujeres suelen formar una X más o menos pronunciada. Esta es la regla general, por lo menos así lo afirma un médico estadístico, que dice que sólo un 15 por 100 de las personas tienen las piernas perfectamente derechas.

Arturo GAVAZZO.

SESIÓN DE ESPIRITISMO



—El medium está en relación directa con lo desconocido. ¿quieren ustedes preguntarle algo?
Una voz.—Sí, que nos diga dónde hay una casa por alquilar.

Las alteraciones del pulso

El doctor Francisco Solano de Luque, que nació en Montilla, provincia de Córdoba (España), en el año 1685, fué quien realizó los primeros estudios sobre las alteraciones del pulso.

El doctor Solano de Luque, después de estudiar latinidad en el colegio de la Compañía de Jesús de la misma ciudad y la filosofía, pasó a la Universidad de Granada en la que estudió medicina y recibió el grado de bachiller en 1707, pasó el año de práctica con el doctor D. José Pablo, hombre muy apegado a los antiguos y enemigo de toda novedad, y cuando practicando la medicina en los hospitales de San Juan de Dios, del Refugio y el Real, experimentó el pulso llamado "dieroto" muchas veces en varios enfermos, y consultó a su maestro, éste le aconsejó que despreciase semejantes futilidades, nacidas sólo de los vapores "fuliginosos", pero él continuó sus observaciones, llegando muy pronto a pronosticar las hemorragias nasales y el tiempo en que habían de desaparecer, y luego se dedicó a estudiar el pulso intermitente continuando en sus descubrimientos y llegando su fama a tan alto grado, que hallándose de médico de número de la ciudad de Antequera, fué vivamente instado por los de Cádiz para que pasase a estudiar a ella con cuantiosa dotación, a lo que se negó por el mucho afecto que tenía al pueblo antequerano, en el que publicó sus libros de origen morboso y el célebre del "Lapis Lydos", origen de su gloria futura, y no bien había publicado este último cuando recibía la visita del sabio médico inglés doctor Jacobo Nihell, discípulo de Boerhaave, quien llegó a Antequera el 17 de septiembre de 1737, permaneciendo al lado de Solano hasta el 17 de noviembre del mismo año. Durante este tiempo Solano descubrió al inglés los secretos de su ciencia maravillosa, llevándole en su compañía en todas las visitas al hospital y casas particulares, y cuando el médico inglés regresó a su país dió a conocer por todos los de Europa el nombre de Solano, quien le debe, por eso, la mayor parte de su celebridad. Sus asombrosas curaciones le adquirieron el nombre de Hipócrates español. Murió en 31 de marzo de 1783.

Pianos efímeros

Un buen piano de concierto es, como una rosa, flor de un día. Los buenos pianistas nunca tocan en público en un mismo piano más de 15 veces. Estos pianos son de una construcción especial, mucho más frágiles que los pianos corrientes, y desde luego, al construirlos se tiene ya presente que han de durar poco. Algunos pianistas desechan un piano de concierto a las seis veces de tocar en él, y eso que después de cada concierto, el instrumento, por bueno que sea, es puesto en manos del afinador, y a veces arreglado por completo.



El dinero



Cómo viene...



Cómo se va. .

BESOS FAMOSOS

Los besos cambiados entre soberanos o jefes de estado, así en privado como en público, suelen ser casi siempre símbolo de paz y afecto, anuncio de gratos sucesos; pero hay besos que significan precisamente lo contrario, y si no ahí está el que Judas dió a Cristo, el más transcendental de los besos históricos y a la vez el que ayudó a la más negra de las traiciones. Pasando de lo más sagrado a lo más profano, que hay besos funestos pruébalo también el triste fin de Francesca de Rimini y su cuñado Paolo.

La bocca mi bacció tutto tremante.
Quel giorno piu non vi leggiamo avante,

dice por boca del Dante el alma de la hermosa infiel, cual si gozase todavía con el recuerdo del idilio cortado de improviso por la espada del esposo ofendido.

Ya que de besos trágicos se habla, recuérdese el que el célebre amante turolense, Marcilla, solicitaba de Isabel de Segura después de introducirse furtivamente en su cámara nupcial, y que su amada le negó pudorosamente, causándole con ello la muerte. Isabel, viéndose en un verdadero apuro, consulta el caso con su esposo, atribuyéndolo a otra mujer. "Puesto que la dama no dió en vida el beso al galán —responde el confiado marido,— en muerte debía darle uno y dos mil de sentimiento." Y en efecto, la infortunada corre a la glesia, se inclina sobre el cadáver del hombre que amó y le da un beso, uno tan sólo, pero tan fuerte, que se oye en todo el templo, y tan apasionado que juntamente con él exhala el último aliento.

En época mucho más reciente, ha habido un beso, o mejor dicho, una serie de besos, que han costado la vida a más de doscientos cincuenta hombres. El hecho tuvo su origen en Escocia, en 1794, cuando la bellísima duquesa de Gordon reclutó gente para el regimiento de highlanders de Gordon, ofreciendo un beso y una guinea a cada hombre que ingresase en filas. En un encuentro que poco después tuvo el regimiento con los franceses quedó sobre el campo de batalla casi medio batallón, que pagó con la vida el ósculo de la adorable aristócrata. El beso que, en 1718, dió el príncipe Fernando de Baviera a la princesa Thyra, una de las parientes más próximas del jefe de un estado vecino, al cual había ido a visitar el atrevido galán, figurará también en la historia como un triste recuerdo; aquella demostración de cariño molestó extraordinariamente al futuro esposo de la princesa, y tras una discusión algo violenta, ambos príncipes vinieron a las manos. Concertóse un duelo, interrumpiéronse las relaciones diplomáticas entre ambos estados y por último sobrevino una guerra, muy breve, apenas de algunas semanas de duración, pero que ocasionó más de mil muertos.

Afortunadamente, junto a estos besos trágicos registra la historia muchos otros sin consecuencias, o que si las han tenido, han sido más bien gratas que tristes. Pocos de estos besos han alcanzado tanta celebridad como el que, en noviembre de 1581 y en la galería del palacio de Greenwich, dió la reina Isabel de Inglaterra al duque de Alençon que figuraba entre los personajes que pretendían casarse con ella. Consta que el beso fué en los labios, y que la reina lo dió en presencia de sus cortesanos, a los cuales presentó al duque como futuro señor, poniéndole a la vez uno de sus anillos.

El poeta francés Alain Chartier, a pesar de ser bastante feo, tuvo también el privilegio de ser besado por labios regios. Margarita de Escocia, mujer del delfín de Francia que más tarde reinó con el nombre de Luis XI, al pasar un día por una sala donde el poeta se había quedado dormido en un banco, se acercó a él y le estampó un beso en la boca, sin cuidarse poco ni mucho de los cortesanos y damas que la acompañaban. Al observar la extrañeza de algunos de los presentes, les dijo con la mayor sencillez: "No es al hombre a quien beso, sino a esa boca de donde salen tan excelentes poesías y tan prudentes discursos."

Famoso es también en la historia el beso que, con motivo de unas elecciones en Inglaterra, dió a un carnicero la hermosa duquesa de Devonshire. Tenía esta dama gran empeño en que triunfase la candidatura del célebre político Carlos Frox, y conforme a una costumbre que aun hoy siguen muchas señoras inglesas, procuraba ganarle votos repartiendo entre el pueblo insinuantes miradas y frases persuasivas. Había entre los electores cierto carnicero poco sensible a estas tan poderosas armas femeninas, y la duquesa, resuelta a vencer su terquedad, le ofreció un beso por el voto. El honrado carnicero no supo resistir a tan delicioso argumento.

Para los españoles será siempre grato el recuerdo de los besos y abrazos que al finalizar el mes de agosto de 1839, se cruzaron entre liberales y carlistas en los campos de Vergara, cuando a la voz de "¡Abrazáos todos, hijos, míos!" dada por Espartero, ambos ejércitos se confundieron en uno solo, mezclándose los morriones con las boinas, mientras las lágrimas corrían por las curtidas mejillas de los veteranos. No dice la historia si Espartero y Maroto se besaron también; pero el estrecho abrazo en que se unieron ambos caudillos valió por muchos besos de paz, tanto más cuanto que en nuestras costumbres figura el abrazo como el más expresivo signo de afecto entre dos hombres.

Besos entre soberanos, en nuestros días, los hay con relativa frecuencia, y no deben, por consiguiente, sorprender a nadie, como en otro tiempo sorprendió a los franceses el que la reina Victoria de Inglaterra dió a Napoleón III, cuando aquélla fué a Francia a raíz de la guerra de Crimea.

La longitud de los intestinos

La longitud del intestino humano varía según la raza, la alimentación habitual y la edad.

En el niño el largo relativo del intestino es más considerable que en el adulto; la alimentación pobre y voluminosa alarga el intestino.

En condiciones iguales se observan entre los individuos diferencias considerables. En un estudio publicado por Adolfo Bloch, se lee que el largo del intestino puede variar desde una dimensión determinada hasta el doble. En observaciones efectuadas en Alemania, un autor ha encontrado extremos de 10,31 metros y de 5,35, y otro autor en Rusia ha visto intestinos de 6 metros hasta 12,07.

Otro observador menciona el caso de un ruso cuyo intestino delgado medía 18,19 metros y uniendo el intestino grueso llegaba a los 20 metros, que es el largo de las tripas del elefante africano.

El intestino más pequeño que se recuerda sólo medía 96 centímetros, pero era un intestino muy enfermo.

Horacio **BECCAR VARELA.**

El Africa se seca

Es bastante conocido el hecho del descenso progresivo que se nota en las aguas del lago Chad.

Además de ésta, tenemos otra prueba de la desecación del Africa central, en las observaciones del capitán Luciano Fourneau. Según éste, la baja del nivel del Níger es tan acentuada que, de seguir con igual intensidad, llegaría a ser alarmante.

No hace cincuenta años la mayoría de las islas que dividen al Níger en numerosos brazos entre Sansan, Haousa y Ansongo, se veían cubiertas en invierno por las aguas hasta el punto de que sus habitantes tenían que refugiarse en tierra firme. Hoy no tienen nada que temer de las inundaciones ni aun en los años de riadas extraordinarias.

PAGINAS OLVIDADAS

LA PIEDRA MOVEDIZA

por Santiago **ESTRADA**

En la Laguna de los Padres comienza aquella gran cadena, cuyo último cabo es la Sierra Azul de Tapalqué, según nos dijo nuestro guía.

Las cinco Sierras que rodean al Tandil son conocidas por los nombres de Tandileofú, Sierra de las Animas, Sierra del Cementerio, Sierra de la Piedra Movediza y Sierra de los Leones.

Cuenta una superstición o tradición que en la Sierra de las Animas existe un pozo que comunica con el Purgatorio. Un distinguido viajero, el señor Martín de Moussy, ha dedicado en su descripción de la República Argentina algunas palabras al Tandil, que serán más elocuentes que esta descripción.

"Los alrededores del Tandil, dice, son muy pintorescos. Una de sus colinas más cercanas presenta el fenómeno curioso, pero muy conocido en Europa, de una piedra movediza Es una gruesa roca triangular que forma el coronamiento de una aglomeración de "gneiss."

"Esta piedra gigantesca se halla en equilibrio sobre el pedestal monolítico que la soporta, por un pedículo estrecho y redondeado que se adaptá en una especie de muesca natural que deja entre la piedra y su sostén un espacio vacío. El simple esfuerzo de un hombre robusto basta para poner en movimiento esta masa enorme cuya inclinación hace más curioso el fenómeno."

"Cavando pozos de diez metros de profundidad se han sacado fragmentos de huesos fósiles en tan mal estado, que ha sido imposible clasificarlos."

"Las rocas de las sierras son muy compactas y están cubiertas de líquenes. Se encuentra en ellas "gneiss", "mica-chistés", granito, cuarzo y en algunos lugares, piedras areniscas. El culizo no se encuentra sino en las ondulaciones que parten del pie de las colinas y nunca en las cumbres de éstas."

Al pie de las sierras hay yeso, aguas ferruginosas, vetas de cobre, y en un lugar desconocido, se dice, que un pasajero recogió un día un pedazo de un mineral, que examinado científicamente produjo una pequeña cantidad de oro.

Las sierras nos llaman.

Un guía y un carruaje nos esperan.

En marcha.

Ahí están asentados sobre alfombras de romero y margaritas, con las plantas guarnecidas por los penachos blancos de las "cortaderas", vestidos con la yerba de la piedra, buscada como medicina por el campesino, y como tinta para sus tejidos por el salvaje, con las sienes adornadas con flores del aire o ceñidas con captus rojos, contemplándose en la trasparente corriente de arroyos, que murmura al deslizarse entre festones de berros.

"La piedra movediza" está ahí, también, balanceándose sobre el abismo.

Bajando los ojos del monumento, la vista se encuentra con las tierras aradas que rodean la base de la colina y que se extienden como un gran paño negro.

Volviendo los ojos a la izquierda del camino, tropiezan con grandes piedras que recuerdan los dólmenes druídicos, cubiertas con la verbena sagrada y salpicados con la sangre de norma.

Entre aquellos grupos informes se levanta una casita.

Los árboles y las plantas de su jardín, las gallinas y palomas que comen los granos de maíz que su dueño les arroja, parecen objetos parásitos adheridos a las rocas por un capricho de la naturaleza.

Las piedras sueltas que cubren el camino, entre las cuales saltan las perdices sorprendidas por el ruido de nuestro carruaje, interceptan el paso, por cuya razón es necesario dejar el coche a algunas cuadras de la sierra.

Una vez sueltos los caballos para que descansen comiendo la yerba y bebiendo el agua de los manantiales, emprendemos la marcha guiados por el "cicerone", que camina delante de nosotros con una escopeta al hombro.

Ya estamos a pocos pasos de la sierra que vamos a escalar.

Sobre la piedra movediza se posan dos águilas que tienen un enemigo en nuestro guía.

Después de algunos minutos de camino nos detuvimos y volvimos el rostro a la población que acabábamos de abandonar.

Cada una de sus casas parece una piedra blanqueada, menor que cualquiera de las que tenemos a nuestro lado.

Aquellos puntos blancos presentan un efecto curioso cuando se les ve agrupados como las partículas de gran mosaico, desde las piedras de las alturas heridas por el rayo, humedecidas por el agua que destilan, o teñidas con los jugos de las parásitas que las visten.



A la espalda tenemos un pueblo adherido a las colinas; aquí, a nuestro lado, moles inmensas; al frente, oleadas de granito de fácil acceso; allí, grutas abiertas en el cuerpo de la sierra; más allá nichos formados por la separación de dos piedras, cuya entrada guardan plantas de cactus o grupos de penachos blancos.

Avanzando algunos pasos encontramos a la derecha del desfiladero piedras blancas, redondas, calvas, que parecen cubiertas de cerebros gigantescos, a la izquierda piedras cóncavas semejantes a la concha del gliptodón mirada por dentro; a nuestro frente, y sirviéndonos de escalones, fragmentos de rocas que parecen huesos de seres antidiluvianos.

En estos huecos, en estas grutas, en estos nichos, penetra la palabra del hombre, cuyo eco, que estremece el agua del oculto manantial, se confunde con los murmullos del viento, formando un ruido misterioso que atravesando una y otra roca, va a escaparse por alguna hendidura de la sierra a una larga distancia del lugar de que partió.

Las águilas no se mueven de la piedra movediza, porque no se dan cuenta de que el hombre pueda perseguirlas en su elevado asilo.

Nuestro guía, que escala como ellas las rocas, apresura sus pasos, llega a una meseta, hace pie, prepara su escopeta y cuando los ecos repiten el ruido del arma disparada sobre las aves, sus plumas vuelan y las águilas se levantan pesadamente exhalando gritos de dolor.

Observando la piedra movediza desde esta meseta, presenta por cada uno de sus lados una figura diferente.

El frente del Norte se asemeja en configuración a los grandes pianos de Erard; el del Sur es un pentágono irregular; los del Este y Oeste tienen la forma de un cono mal dibujado.

El ingeniero Moog estudió este asombroso monumento.

Al efecto subió sobre la misma piedra, la midió y dibujó prolijamente.

De este estudio resulta que oscila sesenta veces por minuto y que su centro de gravedad mide un metro.

El señor Moussy dice que la piedra movediza mide cuatro metros de ancho y cinco de largo.

Ni el huracán ni el rayo han podido quebrantar la ley de equilibrio que la sustenta sobre el último plano inclinado de la sierra a que ha dado nombre.

Un cacique de Rosas, obedeciendo al instinto de su señor que pretendía no dejar piedra sobre piedra, intentó violar aquella ley y llevar a cabo lo que no habían podido realizar ni el huracán ni el rayo.

Cuentan las crónicas del Tandil que el vándalo enlazó la piedra con gruesas poleas, a las cuales ató treinta yuntas de bueyes.

La picana ensangrentó a los inocentes cómplices de aquel acto de barbarie; los pobres animales bregaron, pero, gracias a Dios, no se realizó el deseo del buen federal, y hela ahí como una gran masa lanzada desde el cielo y detenida sobre el precipicio a cuyo borde se balancea y cuya extensión parece medir desde la altura; hela ahí como el asiento desde el cual el genio de las borrascas dirige la tormenta, lanza sus rayos y habla a la tierra conmovida.

Sigamos ascendiendo.

El camino que conduce hasta el pie del coloso se hace más penoso a cada paso.

Gruesas gotas de sudor caen de nuestra frente.

He ahí una cueva que es la sepultura de los animales que caen en ella y qué sería del pasajero que se desviara una línea de la senda.

Un esfuerzo más.

Aquí es necesario deslizarse por entre dos piedras como una culebra que va a abandonar su vieja piel; allí es necesario saltar como un cabritillo; más allá es preciso ascender apoyándose en los dedos como un gato que escala un muro.

Un esfuerzo más y nos encontramos a doscientos quince pies sobre el nivel del mar, de pie en la meseta en que descansa el gigantesco acróbata de piedra, que agradecido a la admiración que le profesamos y dócil a nuestra voluntad, comenzó a ejecutar su prueba de equilibrio apenas lo tocamos con nuestra mano de pigmeo.

Luego que lo examinamos minuciosamente, bebimos una botella de vino de Italia y brindamos en silencio a la buena suerte de nuestros mejores proyectos.

En seguida colocamos el cristal vacío junto al eje de la piedra: imprimimos a ésta un ligero movimiento hacia nosotros y la botella crujió saltando en pedazos.

Así que tendimos una mirada sobre el campo cubierto de lagunas, sobre las tierras cultivadas que riegan aquellas, sobre el pueblo recostado muellemente en las sierras del frente y sobre el cielo alumbrado por los postreros rayos del sol, emprendimos el descenso, pisando con cautela el musgo de las piedras, descansando en esta meseta, y arrancando de aquellas yerbas, líquenes y plantas de flor del aire.

Al pisar el último peldaño de la escala formada por la naturaleza, nos detuvimos a admirar la Sierra de los Leones, sombría como un alcázar de la Edad Media, semejante a un castillo feudal cubierto de torreones, injuriado por los elementos y los siglos.

El vocabulario infantil

¿Cuántas palabras sabe un niño? ¿Cincuenta? No. ¿Ciento? Tampoco. ¿No serán muchas quinientas? No, señor. La generalidad de la gente calcula muy por lo bajo el vocabulario infantil.

El que quiera convencerse tome un papel y un lápiz, siga al niño durante varios días o durante varias semanas anotando cada palabra que le oiga pronunciar y le sorprenderán los resultados. Al decir niño, no nos referimos a los muchachotes de siete u ocho años, sino a los de tres.

Una investigación hecha, siguiendo a varios niños de dicha edad, ha demostrado que por término medio conocen 1.771 palabras diferentes.

Otra investigación acerca de las palabras usadas por niños de diez y seis a diez y nueve meses demostró que el vocabulario más limitado constaba de sesenta palabras y el más extenso de 232. El vocabulario del niño aumenta rápidamente hasta los tres años de edad en la cual pasa de mil palabras.

Curioso procedimiento de sondeo

El ingeniero americano Mr. Wheeler, ha inventado un curioso procedimiento de sondeo automático y continuo que ya se emplea con éxito en los grandes lagos de los Estados Unidos.

Se sumerge un tubo de caucho de largo suficiente para que toque el fondo, junto al cual se conserva por medio de un peso que le sirve de lastre. El extremo inferior está cerrado por una válvula que impide la entrada del agua.

Una bomba de aire instalada en el buque infla el tubo. La presión necesaria para conseguir que el aire se escape por el extremo inferior depende de la presión que el agua ejerce sobre la válvula, y, por consecuencia, de la profundidad. La simple lectura de un manómetro, convenientemente graduado, da la altura del fondo en un punto determinado, y si se registran estas presiones de un modo continuo, dejando arrastrar el extremo del tubo, se obtiene una línea que reproduce exactamente, a cualquier escala, el perfil del fondo.

Este sistema de gran sencillez es utilísimo para el reconocimiento de las costas y lugares donde el agua no alcanza grandes profundidades.







El nuevo desinfectante

El yodoformo sería, sin duda alguna, el mejor de los antisépticos y el más apropiado para la curación de toda clase de heridas y cicatrices si no presentase dos gravísimos inconvenientes: su olor penetrante y tenaz y sus propiedades tóxicas que le hacen peligroso.

Se ha tratado de reemplazar este producto por infinidad de substancias, tales como el traumatol, aizol, ácido fénico, loretina, etc., sin obtener, ni con mucho, los resultados que daba el yodoformo.

El producto conocido con el nombre de vioformo, parece ser un sucedáneo perfecto del anterior, y ya se ha empleado desde hace algún tiempo en las clínicas suizas y alemanas.

Se presenta bajo el aspecto de un polvo gris amarillento, insípido e inodoro, al cual no atacan la luz ni la humedad y que a más de estas ventajas presenta la inapreciable de resistir temperaturas elevadísimas, superiores a 100 grados, sin descomponerse, permitiendo con ello la asepsia perfecta.

En ninguno de los casos tratados con el vioformo de heridas y llagas se ha observado el menor fenómeno de intoxicación, ni tampoco irritación alguna de los tegumentos y tejidos.

Por el contrario, se ha registrado el interesante detalle de que dos enfermos que experimentaban accidentes inflamatorios y erupciones cutáneas a la más ligera aplicación de yodoformo, no sintieron inconveniente ninguno al emplearse en ellos la substancia que estudiamos.

Estos polvos parecen indicados particularmente en el tratamiento de ciertas quemaduras, aventajando al ácido fénico, que sólo puede usarse para las que son muy superficiales, por razón de sus cualidades tóxicas. En las quemaduras de gran extensión, el vioformo, en polvo, o en pomada, a una vigésima, desinfecta perfectamente la llaga, la seca y favorece la salida de nueva piel.

Volviendo blancos a los negros

Para saber si un negro puede volverse blanco, lo primero que hay que saber es por qué es negro.

El color de la raza etiópica es debido a una substancia colorante denominada "melanum", compuesta principalmente de hierro. El hecho de figurar este cuerpo como principal componente, ha sido la clave para resolver el problema. Hoy, un negro puede volverse blanco por medio de la electricidad; los rayos X constituyen la forma de aplicación de la corriente.

El descubrimiento ha sido debido al éxito del empleo de los rayos X para hacer desaparecer los "antojos" del rostro de los niños blancos.

En vista de que de esta manera se destruía por completo la materia colorante que producía la señal de nacimiento, un médico austriaco ha aplicado los rayos X a un muchacho negro, resultando que todas las partes del cuerpo expuestas a los rayos quedaron blanqueadas. Los rayos X queman la materia colorante, y entonces la piel queda de un color blanco de crema bastante agradable. Parece, sin embargo, que no sería conveniente tratar de blanquear por completo a un negro, pues la aplicación de los rayos para este fin podría ocasionar graves accidentes. Con todo, podría llegarse a hacer muy poco a poco, de modo que cualquier negro que tenga paciencia y dinero suficiente para resistir y pagar una larga serie de operaciones, puede convertirse en blanco, respondiendo así, por medio de la ciencia, a la pregunta bíblica de si podrá el etíope cambiar de color.

Manolo CARLÉS.

EL SERVICIO DOMÉSTICO



El rematador.—¿Cuánto dan por una cocinera?
Voces. — Cien. Doscientos. Doscientos cincuenta. Trescientos. Cuatrocientos...
Rematador.—¿Nadie da más? Vaya con la señora Rodríguez por cuatrocientos pesos al mes.

Buceos peligrosos

La muerte del ahogado es mucho más rápida de lo que generalmente se cree. Dicen los médicos que la insensibilidad comienza al minuto de la sumersión, sobreviniendo la muerte a los dos minutos. Vese, en efecto, que aún los buzos más experimentados no pueden permanecer bajo el agua más de minuto y medio.

En Navarino, donde se practica la pesca de esponjas por buscadores excelentes, no se ha dado jamás el caso de que ninguno de ellos esté sin respirar más allá de los 100 segundos como máximum. Los buzos del Mar Rojo, también famosos por sus pulmones, permanecen bajo el agua de 75 a 80 segundos, y los pescadores de perlas de Ceilán, 60 segundos a lo sumo. El "record" del buceo lo llevó a cabo hace algún tiempo un buzo de Falmouth, quien habiendo descendido a la profundidad de 25 metros, tardó dos minutos en volver a la superficie. Al ser extraído del agua arrojaba sangre en abundancia por boca y narices, muriendo a los pocos momentos.

La insensibilidad en que cae el ahogado no supone siempre la muerte irremisible, pues hoy se conocen muchos medios de volver a la vida a los que por accidente o suicidio cayeron al agua. Sin embargo, los recursos más enérgicos, entre los cuales debe contarse la tracción rítmica de la lengua, son completamente inútiles si la sumersión ha excedido de cinco minutos.

Tucumán en 1888



Plaza General Belgrano (Cindadela). Estación del Ferrocarril Central Norte. Hospital Mixto y boulevard Alberdi.

EL APETITO VIENE COMIENDO

por Tristan BERNARD

“Los naturales de Ouandsi, vasto territorio que se extiende entre el lago Rodolfo y el lago Victoria-Nyanza, son, entre los antropófagos del Africa central, los que mejor saben conciliar sus costumbres de canibalismo con los refinamientos de nuestra civilización. Una delegación de Ouandsi, después de permanecer durante algunas semanas en el Jardín de Aclimatación de París, trajo a su patria interesantes costumbres europeas.

“Es así que la realeza de Ouandsi se echa a suertes como la realeza de la Epifanía. La torta tradicional está reemplazada por una tierna mujercita fecundada de tres meses, que se sirve en salsa. El feliz ganador es proclamado rey por un año.

“Es él quien, según expresa la Constitución, está encargado tres meses antes del término de su mandato, de “preparar” la mujercita para el próximo día de reyes.

“Cada año se preparan tres o cuatro para más seguridad.”

Este extracto del “Monitor de exploraciones y descubrimientos” me había interesado siempre. En aquel tiempo mi alma juvenil, enamorada de lo desconocido, se entusiasmaba con los relatos de Livingstone y Stanley. Y mi mayor deseo era visitar tribus antropófagas.

Supe por aquel entonces que el doctor Pionner, el valiente conferenciante, tres veces premiado por la Academia de Ciencias, partía en misión para el Africa central, con propósitos a la vez geográficos y humanitarios. Se hacía un llamamiento a todos los jóvenes de buena voluntad, sanos, sólidos y con tres mil francos para subvenir a las necesidades de la expedición. El doctor Pionner reunió así siete jóvenes hijos de buenas familias que le trajeron en total veintiún millares de francos. Como era una persona honrada, se sirvió inmediatamente de los mismos para pagar sus deudas de juego.

Según el prospecto, una vez abonados los tres mil francos, nuestro viaje de Marsella a Zanzíbar quedaba pagado en primera clase. Pero el día de la partida, el doctor Pionner estuvo conferenciando largamente con el capitán del buque “Villa de Aubervilliers”. Luego vino a explicarnos que un viaje demasiado cómodo nos prepararía muy mal para las fatigas de la expedición. Nos acostaríamos por tal causa con los tripulantes, y prestaríamos al buque pequeños servicios, como maquinistas unos, y otros como ayudas de cocina.

El día 16 de abril llegamos a la vista de Zanzíbar. El doctor Pionner requirió entonces otra entrega de efectivo, y reunimos, vaciando nuestros bolsillos, la cantidad de siete mil setecientos francos, de los cuales se sirvió el doctor para pagar sus nuevas deudas de juego contraídas a bordo.

El sultán de Zanzíbar, muy orgulloso de nuestra visita, nos invitó a su mesa y regaló al doctor Pionner un barco desmontable que debía servirnos para atravesar los ríos. Luego nos dió una escolta de doce negros, rapé y espléndidos regalos, entre los que figuraban una docena de parrillas.

Con los hombres que habíamos traído de Europa éramos en total veinte blancos. Tomamos cada uno un pedazo de barco desmontable y contentos emprendimos nuestro camino hacia Bagamoyo.

La disentería, no obstante, hacía vacíos en nuestra pequeña tropa. Cuando uno de nosotros se quedaba en el camino, le tomábamos su tabaco y su pedazo de barco.

Desgraciadamente, varios pedazos se extraviaron, y cuando quisimos reconstruir nuestra débil embarcación, la mitad de la quilla faltaba. Por otra parte, es muy probable que no estuviera completo cuando el sultán nos lo regaló. Tiene el sultán de Zanzíbar en toda la costa oriental fama de bromista inconmovible.

Muy a propósito llegamos a Irantouni, pequeño reino situado entre Begamoyo y Mpouapoua (8° de latitud sur). Gobernaba aquel curioso país un negro curioso. Un hombrecillo de escasa estatura, mofletudo rostro, prominente barriga y piernas patizambas y cortas. Parecía mentira que aquellas piernas pudieran llegar hasta el suelo. Se llamaba Makaya y había habitado París durante largo tiempo. De la capital francesa había traído una docena de lanzas, de las que servían para alumbrar los faroles de gas, y con ellas armó su guardia real. También trajo una cantidad enorme de paisajes pintados en gris, de los que sirven a los fotógrafos para los fondos. Con tales pinturas había adornado paseos enteros y algunas plazas públicas.

Como todos los viernes la administración del Jardín de Aclimatación hace conducir los reyes negros a cierto establecimiento dudoso del barrio de la Bolsa, el rey de Irantouni, que estaba mal informado, había creído visitar una corte europea o alguna suntuosa embajada. Por tal razón, todas las damas de su corte vestían desde entonces batones de colores vivísimos.

Los habitantes de Irantouni no eran antropófagos y nos vimos obligados a internarnos, para poder ejercer nuestra misión civilizadora. A primeros de junio llegamos a Kakoma. Pero los habitantes de Kakoma se habían convertido recientemente al vegetarismo.

Kahouélé, el rey de aquel país, a quien preguntamos si era goloso de carne humana, nos repuso: “Dispasá tumferoté”, lo que quería decir: “Le ruego a usted que no siga hablándome en este tono. Me haría daño la comida, se lo aseguro.”

Llegamos por fin a la gran extensión de tierras que se extiende entre los lagos de Tanganyika y Victoria-Nyanza.

Los pueblos y lugares habitados se hacían raros. Recorrimos unas cincuenta millas sin encontrar un sólo ser viviente. Las provisiones del grupo expedicionario se agotaban.

Por fortuna no faltaba el agua. Pero ninguna planta comestible crecía en la pradera. Tampoco había caza.

El día 18 de julio por la noche no habíamos comido nada desde hacía treinta y seis horas. El doctor reunió a todos los blancos; se puso solemnemente en un sombrero el nombre de los negros.

El primer nombre que salió fué el de un guía viejo que prestaba grandes servicios a la expedición. Se recomenzó la prueba tanto en atención a su edad como a su probable coriacidad.

Por fin la suerte designó a un jovencito llamado Counou. Era vigoroso y grande. El doctor, excelente cocinero, se encargó de prepararlo.

Todos, servidos copiosamente, pidieron más. Tuvimos para tres comidas.

No obstante, comenzábamos ya a encontrar alguna caza. Pero la caza es difícil y resulta peligroso comerse animales a quienes no se conoce. Comenzamos un segundo negro el 20 de julio por la noche. Luego, con excepción del guía viejo, consumimos toda la escolta. Felizmente llegábamos a regiones habitadas donde podíamos conseguir otros negros.

Inspirábamos, debo confesarlo, horror a las poblaciones con semejantes costumbres. A Kibanga, un viejo jefe latoso vino y nos hizo un largo sermón reprendiéndonos de linda manera, diciéndonos que era vergonzoso que en el siglo XX hubiera quien se entregara a semejantes prácticas. Para que callara, nos comimos al jefe.

Por fin, después de varias semanas de camino, llegamos a Moussoumba, en el estado independiente del Congo. Jamás una expedición se había realizado en circunstancias tan favorables. Todos estábamos gordos y sanos. Habíamos sin duda descubierto el alimento más conveniente para soportar el clima duro del Africa central.

De regreso a Europa, nos colmaron de honores y distinciones, y el doctor Pionner, desde su primera conferencia, combatió la opinión estúpida que pretende que se hallan más antropófagos en el continente africano.

Galería parlamentaria



Doctor Alfredo Echagüe, descreido y falaz de rango, nuevo diputado por la provincia de Buenos Aires.

La verdad sobre la mujer japonesa

La mujer japonesa es casi desconocida fuera del Japón. Nos la imaginamos siempre voluble y coqueta, creemos que una ''musmée'' (literalmente, una muchacha) ha de ser forzosamente una mujer fácil, y que todas las ''geishas'' han de llevar una vida alegre. Y, sin embargo, existe una enorme diferencia entre una ''geisha'' y una cortesana.

Empezando por el aspecto intelectual, hay que reconocer que la japonesa no cede en nada a la europea. Entre ellas hay actualmente médicas, maestras, artistas y literatas de mérito indiscutible. Si no son sus talentos más generalmente conocidos, se debe a la vida especial de sumisión y obediencia que desde niña lleva la mujer nipona.

Desde que la niña tiene seis o siete años de edad su madre la enseña a llevar a cuestas a su hermanito o hermanita. El procedimiento es muy sencillo, se entreabre un poco, por detrás del cuello, el kimono, y se mete allí al pequeñuelo.

Las niñas japonesas son prometidas en matrimonio por sus padres desde muy pequeñas. Cuando llega el momento, la ceremonia nupcial se verifica con una sencillez que asombra. Redúcese, por lo general, a una comilona en familia, nada más. La religión no interviene para nada; el matrimonio no se considera en el Japón un acto religioso. Más aun; no sólo no se llama al sacerdote para que bendiga la unión, sino que la presencia accidental de un bonzo se considera como de mal agüero. Para el japonés el sitio del sacerdote está solamente en los funerales.

La joven que, antes de casarse, era propiedad de su padre, una vez casada es propiedad absoluta de su marido, que no ve en ella una persona, sino una cosa. Los casos de repudiación son numerosos; además de los innumerables motivos admitidos por las leyes de casi toda Europa, el japonés puede solicitar el divorcio por muchos otros: cuando la mujer es celosa, cuando falta al respeto a sus suegros, cuando disputa demasiado con las vecinas... El marido tiene, en fin, donde elegir razones abundantes cuando se cansa de su esposa. El código no autoriza explícitamente la poligamia, pero ésta existe en realidad, puesto que el marido, conforme a una costumbre que ha venido ya a ser ley puede introducir en el domicilio conyugal, a título de criadas, una o más mujeres que llevan en el país el nombre de ''mekakés''. Aparte de esto, que constituye evidentemente bastante desgracia, la mujer japonesa es mucho más afortunada que la de cualquier otro pueblo oriental. Se la trata con cierta galantería, sale a paseo con los suyos, visita a sus amigas, asiste a fiestas y espectáculos y dirige la casa, aunque sólo como podría dirigirla una ama de gobierno, es decir, como si no fuese cosa suya. Su situación social, aunque muy inferior a la de las europeas, es, por consiguiente, muy superior a la de las turcas, las chinas o las indostanas.

A excepción de algunas damas de la alta sociedad, y aun éstas en ciertas solemnidades, las japonesas han conservado su elegante traje nacional, el amplio kimono ceñido por una anchísima faja. Es muy raro ver una japonesa vestida a la europea. El vestido de más lujo, lo que en el Japón se llama ''sanmoi gasane'' (tres capas de trajes), se compone de una larga pieza de tela enrollada en torno de las caderas y que baja hasta las rodillas, a una manera de enagua, de una especie de camisón de mangas cuadradas, denominada ''jibán'', y, por último, del famoso ''kimono'', bata anchísima que se ciñe con el ''obi'' o faja, que las mujeres decentes se anudan siempre a la espalda, diferenciándose así de las cortesanas, que están obligadas a llevar el lazo del ''obi'' sobre el vientre. El calzado, que se deja siempre a la puerta de las habitaciones, consiste en una especie de sandalias con suela de madera, denominadas ''geta''. En otro tiempo, las japonesas se afeitaban las cejas y se pintaban los dientes, pero estas costumbres van desapareciendo; apenas se encuentran ya más que entre las ''geishas'' y las cortesanas.

Para dormir, la japonesa se tiende sobre una especie de colchoneta muy sutil y apoya la cabeza en la ''makura'', almohada de madera, pequeña y sumamente dura, pero que no descompone el peinado. Y esto es para la mujer japonesa un detalle importantísimo, porque el peinado nacional es obra que exige mucho tiempo y más paciencia

MOMENTO ESPIRITUAL

por NOVEMBRINO LOUREIRO

"Cuando se rompen las normas del tiempo, el instante más pequeño se rasga como un vientre preñado de eternidad. El éxtasis es goce de sentirse engendrado en el infinito de ese instante."

VALLE INCLÁN.

Peregrinando va la fantasía por los floridos caminitos del espíritu, y mientras que, como mariposilla leve, vuela y revuela en torno de las flores del recuerdo, entreteje con amor de artífice la maraña sutil y dorada de los sueños. Ora su vuelo es raudo y se aleja; ora se vuelve y vaga indisciplinadamente, como al capricho de sus alas multicolores y tenues; ora pósase con exquisita gracia sobre una corola perfumada en plena floración, que le brinda su aroma y su néctar—que son su vida misma—y ella los absorbe ávidamente, con fruición deleitosa, y cual si fuera al compás de los sorbos de su trompa sutil y finísima, une y separa, en armonioso ritmo, la seda y oro de sus alas.

Abandona luego su golosina y torna a volar, siempre inquieta, rutilante, revolviéndose sobre sí misma y libando siempre las mieles de otras corolas; y continúa luego en su afán inapaciguable su regocijado aleteo, hasta que éste se hace indeciso, se suaviza, se dulcifica, y despaciosamente se eleva y se va muy alto, camino del azul transparente y purísimo; y los colores y el oro de sus alados miembros irisan al Sol, hasta que siendo apenas un punto muy débil de luz, desaparece. Y entonces no somos nada ni nadie y somos el todo. Y habremos llegado, tal vez, por exáltación sublime del espíritu, a eso que han dado en llamar regiones superiores del alma, al filosófico estado de comprensión, estado beatífico por excelencia, en que, impregnado el espíritu de cierto místico sabor muy dulce, los límites de nuestra sensibilidad se ensanchan indefinidamente y todos los actos de crueldad y de injusticia, de perversidad y hasta de maligno refinamiento se contemplan con plácida sonrisa y encáuzanse siempre en la inefable senda del perdón y del olvido.

Y en esos instantes, en que, libre el alma de toda concupiscencia y de los mezquinos apetitos terrenales, exenta de las nocivas fermentaciones interiores, extiende sus alas impalpables y, piadosamente, quiere cubrir a la Humanidad y cobijarla al amparo de la tibieza de su irreal plumaje, el alma ya no es alma: acaso es Dios.

Bibliografía

Cabañas y Campos Argentinos. — Año I. Número I.

El salvaje, por Horacio Quiroga. Obra editada por la Cooperativa Editorial Limitada.

Institución Cultural Española. Memoria y balance general correspondiente al 6.° ejercicio. Marzo 1919-1920.

La Novela del Día.—Año II. Número 64.

Unión Ibero-Americana. — Año XXXIII. Número VIII.

Revista Harrods. — Año II. Números 8 y 9.

Tratado de paz entre las potencias aliadas y asociadas y Alemania.—Publicación del ministerio de relaciones exteriores de la República Oriental del Uruguay.

Boletín del ministerio de relaciones exteriores. —Año VIII. Número I. —República Oriental del Uruguay.

Cultura venezolana. — Año II. Número 9.—Caracas (Venezuela).

Multicolor.—Año V. Número 49.

The Economic Development of the Argentine Republic in the last fifty years. — Importante obra informativa editada por los señores Ernesto Tornquist & Co., Limited.

La Raza.—Año I. Número I.

Gente de pinceles llevar'



PIO COLLIVADINO, por LEOPOLDO GARCIA BELTRAN.

LA VENGANZA DE PAPÁ CLAUDIO

por Edmond SEE

Una nueva crisis de sofocación incorporó a Papá Claudio en el lecho donde, hacía ocho días, moría lentamente. Desorbitados los ojos, congestionado el rostro, aferrábase a su camastro, asustado ante la idea de la muerte próxima.

Y era que no quería morir, el viejo Claudio, o por lo menos no en esos momentos; preciso era que se pusiera en bien con Dios y... que arreglara cuentas con su mujer, la Victoria, quien, en vista de los progresos del mal, habíase ido a llamar al médico de la población, a una legua de la casucha.

Papá Claudio estaba solo, en la única pieza que compone las habitaciones de la Baja Normandía. Su lecho ocupa la izquierda de una enorme chimenea donde un tronco entero ardería cómodamente, pero que sólo mal alumbran algunos tizones parsimoniosos; al otro lado, el lecho de su mujer; contra el muro, frente a la chimenea, dos grandes armarios; al centro de la pieza, una gran masa de encina, flanqueada por dos bancos; y encima, el canasto que sirve de despensa, en el que penden trozos de tocino y rosarios de cebollas.

En esta decoración, siempre la misma en todas las alquerías del país, nació papá Claudio, ha vivido y va a morir.

Entretanto, el acceso se ha calmado, y el buen hombre tiende el oído para percibir el rodar del coche que debe conducir al médico. Pero nada aún. El atardecer es sereno y el sol poniente empurpura los vidrios de la puerta y los troncos de los manzanos. A lo lejos, los mugidos de las vacas responden a los monótonos llamados de los campesinos que juntan sus rebaños para la noche... Poco tiempo después, el solo ruido que rompe el silencio, es el tic-tac del pesado péndulo en la caja del reloj, junto a la puerta.

Para distraer la espera, el viejo repasa en su memoria, lenta para recordar, el proyecto que de tiempo atrás tiene formado: antes de morir, se vengará de la Victoria, de su mujer, que lo estaba robando.

En efecto, de años atrás, papá Claudio notaba errores, irregularidades en sus cuentas. Frecuentemente faltábale una pieza de plata, en ocasiones una de oro. Este oro por el que había vivido y que había sido su única pasión en este mundo de aquí abajo. Largo tiempo gastó el viejo inquiriendo quién podría ser el culpable, sin poder descubrirlo, a pesar de las emboscadas, las asechanzas que empleaba. Y, bruscamente, poco más de una semana antes de caer enfermo, el azar, la casualidad, vino en su ayuda y lo colocó en la pista. Era en su casa, en torno suyo, donde el ladrón se escondía, el ladrón, o mejor dicho la ladrona, ella, Victoria, a quien todo hubiera perdonado menos "eso".

Claudio tuvo tiempo para meditar su venganza. Lenta, paciente, hipócritamente, ha observado a su mujer y sorprendido el escondite donde ella ocultaba aquel pequeño tesoro, a costa suya. Era en la cabecera de su cama en un agujero en la pared oculto por un cromo que representaba a Jesucristo sonriente y teniendo en su mano derecha un corazón sangrante coronado de espinas, del que brotaban llamas. El día en que hizo este descubrimiento, los ojos de Claudio brillaron con un fulgor de triunfo; había hallado su venganza y, pensando en ella, una última sonrisa iluminaba su rostro arrugado.

El ruido del coche llegó a su oído, y pronto entró el médico, precedido por Victoria; tuvo que esperar que ella animara soplándolos, los tizones para encender la gastada bujía con que alumbró el lecho del enfermo.

—Y bien, papá Claudio — dijo el doctor tocándole en la espalda — ¿esto no camina?

Un sordo gemido le respondió. Entonces, sin perder tiempo en un interrogatorio, fatigante para el enfermo, el médico procedió a un examen atento y silencioso; tomó el pulso, auscultó, percutó.

—Ea — dijo — vamos a hacer una sangría y os sentiréis más descansado.

Y, en tanto que la mujer, por indicación suya, traía un pañuelo para hacer la ligadura, alcohol para lavar la piel, un plato para recoger la sangre, el médico le dijo en voz baja:

—Debísteis llamarme antes, ya es demasiado tarde; puedo tranquilizarlo, pero no tengo esperanzas de salvarlo.

Por muy bajo que hubiera hablado, papá Claudio oyó todo y no se conmovió. Sabíase perdido y aceptaba plácidamente la fatal sentencia. En cuanto a Victoria, arqueó las cejas, abrió los brazos como diciendo: ¡Sea por Dios!

Terminada la operación, hecha una pequeña punción de cafeína y prodigado al paciente algunas palabras de estímulo, el médico salió. Una vez fuera previno a la mujer que el fin estaba próximo y que el enfermo no viviría más de veinticuatro horas.

Papá Claudio permaneció largo rato inmóvil y mudo; al cabo de él, un profundo suspiro atrajo a Victoria, quien, sin pensar en nada, contemplaba atentamento el fuego.

—¿No te sientes mejor, Claudio? — dijo, inclinándose sobre el lecho.

—No estoy peor, pero tampoco mejor — respondió en voz débil el enfermo; — deberías ir a llamar al cura... ¡nunca sabe uno lo que puede venir!

¿El cura, a esta hora? La noche estaba tan obscura que no se veía donde se ponía el pie, y aparte de eso, había que cuidar las vacas. El médico había dicho que seguiría mejor; siempre habría algún tiempo para ir a llamarlo cuando terminara sus quehaceres.

Claudio nada dijo. Ciertamente se sentía mejor, pero quería aprovechar esta tregua en sus dolores para poner en práctica su plan.

Transcurrido un tiempo, una vez que Victoria hubo terminado sus labores afuera, púsose a quejar a intervalos regulares, luego a gemir.

—¡Ay, ay, esto se va! ¿me dejarás acabar sin la religión?

Victoria no vaciló más. Encendiendo el farol, dispúsose a salir. La llamó:

—Al notario no hay para qué avisarle. No tengo herederos, además, mis bienes son tan insignificantes!...

Ella nada respondió, pensó en su "guardado" y partió.

Lentamente, con mil precauciones, a medida que se apagaba el ruido de los zuecos en la tierra endurecida por las primeras heladas, Claudio se incorporó en su camastro. Cuando nada oyó ya, deslizóse fuera de él, y vacilante, sofocado, apoyándose en una silla a manera de bastón, atravesó la estancia, llegó al lecho de su mujer, y, deteniéndose muchas veces para tomar respiro, trepó y alcanzó el cuadro del Cristo sonriente. Santiguándose como si pidiera perdón, Claudio descolgó el cuadro, tomó el pañuelo que guardaba el tesoro de Victoria, puso al Cristo de nuevo en su sitio, y, tan de prisa como sus fuerzas permitiéronselo, retornó a su cama.

Pero a la mitad del camino, cayó de rodillas, y fué empujando delante de sí la silla a la que se aferraba ansioso, como llegó al fin al lecho. La sofocación le había vuelto. Tardó un cuarto de hora en meterse bajo las sábanas, y ahí tuvo que esperar que los latidos de su corazón se calmaran. Entonces, al resplandor del fuego de los tizones abrió el pañuelo, contó hasta cien luisos, los palpó, hundió en ellos sus dedos trémulos, riendo silenciosamente, y, finalmente, uno por uno, se los tragó.

Cuando desapareció el último, Claudio ocultó el pañuelo en su colchón, y, sin fuerzas ya, se tendió en su lecho: estaba vengado.

Cuando el cura, seguido de Victoria, llegó, halláronlo sin conocimiento.

Pero como el corazón latía aún, el sacerdote dió la extremaunción.



Comensal.—¡Oiga!, yo no pedí pan con mantequilla en ambos lados.
Sirvienta.—Pero no hay mantequilla en ambos lados.
Comensal.—Pues entonces, ¿en qué lado está la mantequilla?

De la vía pública

Protector de animales (al cochero). ¡A ver! ¡Párese! Usted lleva un caballo que apenas puede moverse.

El cochero (confidencialmente). — No diga nada. El caballo es bueno. Es que llevo un pasajero que quiere pagar por hora.

Cosas del cine, que no se ven en el cine

LO QUE LE GUSTA A DICK BARTHELMESS

Ciertamente los gustos de Dick Barthelmess no tienen nada de raro. Prueban por el contrario que un mozo joven puede ser actor cinematográfico y seguir siendo un muchacho jovial y amigo de diversiones como son casi todos los muchachos.

Según las observaciones de un íntimo amigo suyo que ha podido estudiar su vida íntima, lo que más entusiasma a Barthelmess son... las mujeres. Parece que le agradan con pasión. Cuando asiste a la representación de una revista musical casi nunca se interesa por el libreto, ni por la música (siempre superficiales y baladís), pero en cambio no se cansa de admirar las bellezas del coro.

Interrogado sobre cuál era su tipo ideal de mujer, su respuesta fué algo evasiva. No quería comprometerse, el pobrecito debe cambiar amenudo de gusto, y sólo indicó que no le agradan de una talla excesiva. Por lo que hace al color del pelo y de la tez, le importa poco, según dice, que sean rubias, castañas, o morenas, con tal de que sean lindas... Debe haber muchísimas damitas que pueden entrar en las preferencias de Barthelmess, pues sus palabras son tan amplias cuanto ambiguas.

También expresó que le agradaba que sus compañeras bailasen bien. Por lo visto el baile es otra de las pasiones del joven actor. Los cabarets neoyorkinos tienen en él un concurrente asiduo, y sus bailarinas un bastante menos asiduo admirador.

En definitiva, dirán muchos niños bien de los que en nuestra ciudad abundan:

—Sin ser artistas de cine nosotros tenemos gustos muy parecidos.

UN EMULO DE IRIGOYEN

No sabemos si a Irigoyen le agrada el cine. Pero sí es que acostumbra a deleitarse con las estupendas aventuras de Perla White y Antonio Moreno, es facilísimo adivinar cuál es su actor favorito.

Las preferencias de nuestro primer magistrado han de inclinarse, de ello no cabe duda, hacia John Bowers.

¿Por qué? ¿Es Bowers un coloso que viene a ofuscar la luz de los astros más esplendentes? La pregunta no podemos contestarla nosotros. A nuestro juicio Bowers es un actor discreto, pero no llega a la cúspide del arte ni mucho menos. ¿Entonces? La admiración de Irigoyen se basará probablemente en el hecho de que ambos son hermanos de causa. No política (el partido radical no ha intervenido todavía en los Estados Unidos) sino "psíquica".

Como nuestro primer magistrado Bowers es un profundo filósofo. Casi puede considerársele como un émulo del presidente. Y para probarlo citaremos una de sus frases profundas y etéreas que han culminado en el cerebro esplendente de Bowers.

—Sí,—se expresó Bowers—creo que en el mundo todo lo que es no es y todo lo que no es, es.

Es decir que todo lo que ha sido, será, y todo lo que será ha sido, porque todo se renueva y forma ciclos en los cuales los individuos y las cosas vuelven y vuelven, cada vez en un plano más elevado, hasta conseguir la inexpugnable perfección.

¿Verdad que la frasecita parece plagiada a nuestro inconmensurable Irigoyen?

LA PLEGARIA DE DOROTHY GREEN

Dorothy Green es una encantadora intérprete de cine, en cuyo cuerpecillo bulle la alegría retozona y picaresca.

Aunque afortunadamente la muchacha nada tiene de beata, ha compuesto una oración que, según ella misma dice, repite a Dios todos los días.

Para que sirva de edificación a las almas la reproducimos. La plegaria compuesta por Dorothy Green dice así:

"De las ingenuas con el pelo suelto y rizos dorados, faldas cortas, y miradas de cordero enfermo; de las vampiresas de ojazos lánguidos, labios pintados, poses cursis y quincallería oriental, libradnos, oh dioses del cinematógrafo."

Nos parece muy bien la plegaria de Dorothy. ¡Es maliciosa la chiquilla!

LA BIBLIA EN VERSO

Hasta ahora cuando se ha dicho de alguien que era capaz de realizar cosas imposibles, se ha empleado una frasecita metafórica. "Es capaz de poner la Biblia en verso". Desde hoy la frasecita no tendrá objeto. Hay quien es capaz de mucho más.

En la actualidad se ha formado una compañía en Los Angeles con el propósito de filmar la Biblia. De manera que ahora será la Biblia en cine.

Parece que el propósito es dividirla en 204 series. Veremos cómo se arreglan para filmar algunos de los episodios.

LAS MUCHACHAS BAÑISTAS

En algunas comedias americanas aparecen lindas mujeres en trajes de baño... que tienen muy poco de traje. Algunos empresarios ingleses han protestado por creer la exhibición de las aludidas escenas poco convenientes.

Los productores se defienden sosteniendo que el papel que representan las bañistas en el cine equivale al que representan las coristas en los teatros de variedades y revistas.

Tal vez tengan razón. El mejor día sorprenderemos algún viejo verde que aguarda a las bañistas a la puerta del escenario. Y las esperará hasta que se canse.

ESTADISTICAS EMOCIONANTES

Hay estadísticas que causan verdadera maravilla. Por ejemplo el registro de Mary Pickford establece que la popular actriz impresionará durante el año en curso alrededor de quince kilómetros de película. Asistirán a presenciar su proyección una cantidad no inferior a la respetable suma de cien millones de espectadores. Los subtítulos de sus películas serán traducidos a la mayoría de idiomas, incluso el chino y el japonés.



Priscilla Dean saca la lengua

HA COMENZADO LA LUCHA

Durante la guerra las casas americanas han acaparado casi por completo los mercados cinematográficos. ¿Persistirá ahora la misma situación?

Es necesario dudar. Las grandes empresas inglesas, francesas, italianas y alemanas se aprestan a la lucha, que en realidad ha comenzado ya.

Algunos intérpretes americanos de nombre han sido incluso contratados por casas europeas con el fin de contar con su experiencia.

En Alemania no sólo se activa la producción de cintas sino que también parece que renacerá en breve la industria para la fabricación de máquinas proyectoras.

En Italia se ha fundado la Unión Cinematográfica Italiana que también dará que hablar.

Actualmente impresiona una obra titulada "La princesa misteriosa" en la cual intervendrá el célebre Mario Doro.

LAS MODAS CAMBIAN

También en el cinematógrafo varían las modas. Hace dos años eran reinas indiscutibles de la pantalla las vampiresas y las ingenuas de vestuario. En la actualidad parece que los gustos del público han cambiado, y las que fueron reinas absolutas han quedado reducidas a figurar en segundo plano.

En la actualidad no son las heroínas, son los héroes los que gobiernan el mercado. La mujer ha sido vencida por el hombre.

Y entre los actores que aparecen en el horizonte con probabilidades de ofuscar a todos los demás astros merecen citarse, entre otros, Eugene O'Brien, Owen Moore, Lew Cody y David Powell.

Tal es por lo menos la opinión de una revista importante. Nosotros creemos que las mujeres lindas seguirán contando siempre con partidarios decididos. En este asunto creemos que jamás se pondrán de acuerdo los espectadores y las espectadoras. Probablemente cada uno tendrá sus justificadas preferencias.

LA PANTALLA CONCAVA ES PROBADA EN NUEVA YORK

La industria cinematográfica tiene una nueva sorpresa: la pantalla cóncava, invención del doctor J. Louis Pech, de la Universidad de Montpellier, en Francia, y que fué ensayada en el "Rivoli" de Nueva York ante un grupo de peritos. El resultado fué que las imágenes, en esa superficie, no se deforman como ocurre con los lienzos planos y que se reduce, al mismo tiempo, el esfuerzo del nervio visual.

Los expertos declaran que la forma cóncava es la indicada para la reproducción de cintas de cine, ya que la proyección de las máquinas no es plana, y que, además, se corrigen los desfocamientos de las orillas. La deformación, que es la que produce fatiga visual, queda eliminada, según parece, con el nuevo sistema.

También hay la ventaja de que la pantalla cóncava da la idea de una tercera dimensión, con efectos estereoscópicos. Todavía no se ensaya en público esta revolucionaria innovación en las exhibiciones cinematográficas.

EL FORJADOR DE QUIMERAS

por José María SALAVERRÍA

De todos los pasajeros del barco, el que más curiosidad me produjo y mayor simpatía dejó en mi memoria fué un caballero inglés, rigurosamente afeitado y revestido siempre de la corrección que es peculiar en las gentes de aquella raza.

El inglés, desde que embarcó en Buenos Aires, se mantuvo en una inaccesible soledad. Huía de los salones, no se mezclaba en los chismes amatorios del buque, no jugaba las lentas partidas de naipes, y ni siquiera, raro ejemplo entre las personas de su nación, frecuentaba el bar, tan incitante con su "whisky and soda" y su cerveza helada.

Permanecía taciturno, solitario, en un entrante de la cubierta, sentado obstinadamente en su larga silla de mimbre. Parecía huir de la gente y de la tediosa frivolidad trasatlántica. También sugería la idea de querer eliminarse, como esos señores tímidos y contemplativos que aspiran a poseer la virtud que sólo concedían las hadas: el don de esfumarse y desaparecer, de desincorporizarse.

Después de la escala de Río Janeiro, cuando terminaron los ajetreos de los embarcos y recalados, el "Zeelandia" tomó rumbo hacia la línea del Ecuador. Navegábamos por un mar de añil, blanco y rumoroso, sereno y dulce como una fantasía de reposo, las tardes de oro y las tibias noches estrelladas predisponían a las confidencias.

Una de esas inefables noches me senté por casualidad junto al inglés, y con sorpresa de mi parte vi que el hombre se fijaba en mi persona, abandonando por un momento su reconcentrado e infatigable ensimismamiento. Hasta tuve el honor de que me dirigiese la palabra. Creo que fué la primera voz que sus labios pronunciaban desde la salida de Buenos Aires.

Pero mi agrado por tan raro suceso quedó pronto deslucido. Sentí en seguida que me habló, una impresión extraña y penosa. Desde luego comprendí que me las había con un hombre extraordinario, en cuya vida palpitaba una tragedia.

Hablaba una jerga entre española, portuguesa y británica. Me contó negligentemente sus andanzas. Había rodado por gran parte de la América del Sur, ensayándose varios años en negocios de minas y de especulación. Le debieron ir mal los negocios, porque volvía arruinado. Lo que es peor, y esto pronto lo pude observar, volvía loco de remate.

Era rubio de color, dulce de expresión, manso de gestos. A veces, como un buzo que sube a la superficie, sonreía intensamente; luego volvía a sumirse en su habitual y profunda abstracción. En aquel enigmático silencio suyo, el inglés debía asistir al desdoblamiento prodigioso de una máquina fantástica. Yo no he visto nunca acaso una manera más intensa, diríase sensual, de vivir la vida fantástica. Y a todo esto, ni un pestañeo, ni un tic impaciente, ni un ademán más nervioso que los otros. Era como un espectador bien hallado que contempla con gusto, pero sin sorpresa, el escenario donde platican los ensueños.

La particularidad de su locura consistía en ver imágenes por todas partes; la atmósfera no era muda e indescifrable como para los demás seres, sino que estaba llena de apariciones y de formas. Pero, con súbito miedo, observé que su locura tenía el privilegio de comunicarse. Sentí que se me traspasaba su delirio...

El bueno del inglés veía figuras y personajes por dondequiera, en una estrella, en una nube, en un copo de espuma, en el pez volador que pasaba, en la ondulante superficie del mar. Lo extraño del caso es que todo lo veía tranquilamente sin asombro, como la cosa más natural. Si se tardaba en asentir a sus aspiraciones, si se dudaba de la realidad de la visión, el hombre volvíase con un gesto de sorpresa, como quien se compadece de un ciego o de un corto de vista. Su mundo fantástico no le producía asombro; al contrario, parecía haberse resignado a aquella complicación de la visualidad interior no sé si con pena o con regocijo. Lo probable es que hubiera aceptado estrictamente la inmensa irrupción de fantasmas que le habían perturbado para siempre.

—Vea usted—me decía de pronto—aquel caballo que corre... ¡Se va a desbocar!

Yo miraba, irresistiblemente, guiado por su dedo, y sólo veía como es lógico, el correr de una ola. Pero él se quedaba tan feliz y convencido, no sólo de su vista, sino de mi amable confirmación. Lo cierto es que me convertí en su compañero inveterado, y desde la mañana corría a sentarme junto a él.

Yo no sé qué acre gusto me causaban sus visiones. Primero empecé por broma y por complacencia; pero, después, como todo vicioso, sentía una creciente inclinación a mezclarme en sus fantasías. Más de una noche, al recluirme en mí prometí no volver donde el loco. Pero lo probable es que aquel juego de "ver visiones en el aire" estaba dentro de mi psicología, porque a pesar de mis propósitos nocturnos, a la mañana siguiente corría a sentarme junto al inglés.

A los pocos días era yo casi tan diestro como él en imaginar fantasmas. Le mostraba una nube, por ejemplo y decíale con aire de triunfo:

—Mire qué soberbio elefante!...

Sólo que el inglés tenía una visualidad diferente acaso más complicada, y siempre encontraba oportunidad de corregirme.

—No es un elefante. ¡De ningún modo!... ¿No está usted viendo que es Ofelia, trenzándose su pelo rubio?

Daba formas extrañas, a veces cómicas, otras veces trágicas, a todo cuanto se movía en el aire. En algunas pausas suspiraba, con una íntima y dulce pesadumbre.

—¿Qué le sucede?... —me apresuraba yo entonces a decirle.

—¡Es que me había equivocado!—contestaba.—No era ella...

Esta "ella" permanecía inescrutable para mí, como un misterio del dogma para un neófito. No me atrevía a interrogarle sobre el asunto, por miedo a una indiscreción.

Cierta noche de luna nos entregábamos anchamente a nuestras habituales imaginaciones. Durante la tarde, a la hora del ocaso, había estado yo sobre la borda imaginando fantasmas, y quedé muy satisfecho de mi ensayo. Dibujé efectivamente, sin ayuda de mi maestro, una porción de figuras en las nubes, todas encarnadas, brillantes, magníficas, en la pompa tropical de la puesta del sol. Cuando a la noche me reuní con el inglés lo encontré un poco más taciturno, menos expresivo, hondamente triste.

—¡No pasa nunca "ella"!—exclamó como única explicación a su pesadumbre.

Luego nos lanzamos, como siempre, a imaginar. Brillaba una luna espléndida en el cielo, y el mar y el espacio adquirían una fastuosa teatralidad.

De pronto, el inglés, contra su costumbre, tomó un aire nervioso, inquieto. Se levantó varias veces de su silla, lo que en él casi era una profanación. Sus palabras adoptaron, por otra parte un tono lírico.

—¡Mire, mire qué soberbia carroza, tirada por tres caballos blancos!...

No quise observarle la arbitrariedad de los tres caballos; serían dos o serían cuatro, pero nunca tres... Mi amigo no me dió tiempo a la objeción, y exclamó misteriosamente, con los ojos muy abiertos:

—¿Oye usted la orquesta?... Fíjese en los violines sobre todo. Estan tocando la "Pastoral", de Beethoven...

La orquesta del barco se había ido a dormir; los violines descansaban en sus cajones. Pero yo, irresistiblemente alucinado, presté oído y creí, lo confieso, atender las inspiradas frases de la "Pastoral". Probablemente fueron las olas tan solo.

Luego el inglés volvió a su habitual serenidad, y durante algunos minutos estuvo indicándome con el dedo, sencillamente, un desfile numeroso de fantasmas sobre el mar, bajo la prodigiosa luna.

—Vea usted aquel perro... Ahora todos aquellos tigres... ¡No sé por qué traen tantas flores esas niñas!

Yo estaba alucinado, queriéndome alejar por miedo a enloquecer, y atraído, sin embargo, por la sugestión de aquella fantasía.

De pronto el semblante de mi amigo se transfiguró. Quedó pálido, asombrado, con los ojos extrañamente abiertos.

—¿No ve usted aquella mujer que pasa? ¡Allí, hombre!... Es mi esposa... ¡Al fin!

Y se levantó gritando:

—¡Ya voy!

Cuando quise detenerle, el inglés había saltado sobre la baranda de la obra muerta; se tiró de un brinco al mar. Grité, acudieron marineros con salvavidas, el barco detuvo su marcha. Pero no se pudo encontrar al inglés por ninguna parte.

Entonces comprendí en toda su intensidad la antigua y secreta clave de su locura, la catástrofe amatoria que ocasionó tan rara manía. Mi amigo fué a reunirse con sus fantasmas al seno del mar. "Ella", por fin, acudía a la ansiada cita... En lugar de llorarle, pensé que, en efecto, la muerte lo había sido piadosa.

La química de la miel

Hasta ahora no se sabía a fondo, desde el punto de vista fisiológico y químico, cómo podían las abejas transformar en miel los elementos del néctar que liban en las flores, pero un químico, Herr Kuestenmacher, ha llevado a cabo una serie de investigaciones metódicas para determinar este interesante punto.

De los trabajos del citado químico resulta que cuando las abejas han absorbido el jugo de las flores y ha pasado éste al tubo digestivo, se concentra en él por pérdida de agua; la sacarosa o azúcar de caña que contiene se transforma en una mezcla de glucosa y de levulosa y el almidón, que igualmente encierra, se transforma por hidratación en dextrina. Los taninos del néctar se oxidan y se depositan; el ácido oxálico desaparece y, por último, se transforman las esencias y las substancias olorosas. Los constituyentes minerales los utiliza en parte la abeja para la constitución de sus tejidos; de las materias colorantes sólo se encuentra una pequeña cantidad en la miel. Aparte de las substancias que provienen del néctar, la miel contiene diversos fermentos solubles, ácidos, grasas libres, ácido fórmico y diversos cuerpos aromáticos.

UNA NOVELA CRIOLLA
DE JAVIER DE VIANA

Tiros de bolas perdidos

I

Desde chiquilín, don Macario Bengochea había hecho maletas con sus actividades, distribuyendo por peso igual, de un lado el trabajo y del otro las diversiones. A un hombre que es hombre, y más aun si ese hombre es un gaucho, no le debe asquear ninguna labor, así fuese más pesada que un toro padre y más peligrosa que galopar por el campo en una de esas noches en que el cielo se entretiene en plantar rayos sobre la tierra.

Si el deber ordena pasar cuarenta y ocho horas sin apearse del caballo, sin comer y sin dormir, calado por la lluvia, amoratado por el frío, se aguanta; y a cada vez que el hambre, el sueño, el cansancio, se presentan con ánimo de interrumpir la tarea, se les pega un chirlazón como a perro importuno, diciéndole:

—Ladiate, che, que pa pintar una rodada, sobra con los tacuruses del campo y los ahujeros del camino...

Mas cuando los clarines tocan rancho, hay que llenar la panza, con lo mucho y lo mejor, empujando hasta donde quepa, como quien hace chorizos, apretando hasta que no quede gota de suero, como quien amasa queso.

Y cuando tocan a divertirse, en el armonioso bullicio del baile o de las carreras, o en el silencio de las carpetas o de los velorios, sin preocuparse de aflojarle las chinchas a los pingos de la imaginación y el sentimiento...

A galope tendido por el amplio y liso camino real de los placeres, con absoluta despreocupación de cuanto va quedando detrás de las ancas del caballo. El lo exponía en su parla gráfica:

—La vida, pa ser linda, y debe ser como debe ser, ha de tener comparancia con las yapas de las riendas: entre argolla y argolla un corredor.

Así fué en el transcurso de muchos años, manteniendo siempre el equilibrio prudente las dos alas de la alforja.

Mas, al trasponer la frontera de los cincuenta, empezó a romperse la armonía. Del nacimiento hasta los veinte, los años marchan al tranco; de ahí hasta los cuarenta trotan; y más p'adelante le meten galope tendido.

Hacía ya tiempo que don Macario vivía a galope a toda rienda. La sección trabajos quedó reducida al mínimum, y a medida que iba decreciendo, iba inflando la otra. En su casa las fiestas se sucedían sin interrupción, no faltando nunca un pretexto para justificar el jolgorio. Todas las fiestas del calendario, eran puestas a contribución, lo mismo que todos los aniversarios familiares y una multitud de acontecimientos como la terminación de la esquila o de las hierras, la doma del potro firmado en una penca, el triunfo del potro, cuando triunfaba, y el desagravio al potro por haber perdido injustamente...

El caso es que, como mínimum, una vez por semana, el gran horno se tragaba una carrada de espinillo, para dorar en sus entrañas el copioso amasijo, las tortas, los bizcochos y los lechones; en tanto al frente, otra carrada de coronillas fabricaba montañas de brasas para la larga y difícil operación de asarlos "con cuero", y mientras en los fogones de la cocina, bramaban las ollas con los vientres llenos de gallinas, destinadas al indispensable guisado de arroz.

Con semejante banqueteo continuo, todo el mundo estaba gordo en la estancia del Pedernal, y de ahí que todos, siguiendo el ejemplo del patrón, consagraran al trabajo el menor tiempo posible. Después de un copioso almuerzo, sería una iniquidad privarle a un hombre de la larga siesta reparadora; y tras una noche de baile, juego y chupandina, inícuo sería obligar a la peonada a montar a caballo e ir a recorrer el campo.

Doña Tolentina, quién, contagiada con la glotonería de su esposo se había convertido en pesado ballenáceo, abandonaba la cama para desparramarse sobre su amplia y sólida mecedora, en la cual permanecía tomando mate hasta que llegara la hora de sentarse a la mesa.

Jovita, hija única del ventripotente matrimonio, sin poseer el caudal adiposo de sus genitores era, sin embargo, tan perezosa como ellos. Para bailar y charlar con los mozos, era incansable; pero, natural consecuencia de ese derroche de energías, encontrábase durante todo el resto de la semana sin ánimo de hacer nada, ni siquiera del aseo y compostura de su persona.

¿Para qué lavarse, ni peinarse, ni engalanarse cuando en las pocas horas que permanecía fuera del lecho, sólo la veían los "viejos" y el personal de la casa? Hasta los peones y los gatos estaban gordos y siempre ahitos. Por eso los perros, despreocupándose de sus deberes policíacos, cuando no comían, dormían, y a cualquier hora del día o de la noche podían acercarse al guarda-patio, no ya un forastero silencioso y prudente, sino una banda numerosa y barullenta, sin que ellos llevaran el esfuerzo más allá de abrir un ojo y lanzar un gruñido. Los gatos, por su parte, no interrumpían el plácido ronroreo ni aun cuando los ratones pasaran por sus narices y gritaran sobre sus lomos. Como los ratones también estaban gordos, mostrábanse igualmente alegres.

Los bueyes, que rara vez se uncían, y que cuando lo uncían era para exigirles corta y liviana labor, competían en gordura y gallardía con los caballos de la tropilla del servicio, tan deshabituados al trabajo, que cada vez que los ensillaban todos, hasta los matungos de carretilla mora y dientes en horqueta sentíanse potros y nunca fallaban en hinchar el lomo y tirar unos corcovos inofensivos al iniciar la marcha.

II

En la amplia sala, donde cuatro lámparas a querosen compiten con veinte velas de sebo, no a quién da más luz, pero sí a quién produce más y más apestoso tufo, la alegría crepita como un paquete de cohetes chinescos. Ríen las primas, lloran las bordonas, acompañadas por el ruido acompasado de los pasos giros de los danzantes; y hay murmullos que semejan al pintado aletear del picaflor, y hay risas trinadas que recuerdan la salutación de las calandrias, en la umbría de la selva al sol que nace.

El baile está en su apogeo y Don Macario no cabe en sí de satisfacción.

—Ansina me gusta ver retozar la mozada; y si no juese porque me pesa mucho el mondongo, ya me le habría prendido hasta a este chotis que me está haciendo cosquillas en las tabas.

—Ricuerdo que un tiempo usté era más bailarín que un trompo,—notició un viejo gaucho adulador.

Como un trompo silbador que desparramaba las parejas, abriendo cancha pa sí solo... A ver, mulata... alcansale la limeta a mi compadre Ramón... ¿Quiere pitar compadre?

En el más solitario y obscuro rincón de la sala, Gorgonio permanecía de pie, con el hombro apoyado al muro, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, inclinada sobre el pecho la cabeza y con visible expresión de amargura y de tristeza en el semblante.

Entre aquella apiñada muchedumbre sólo había una persona que le interesara, su prima Jovita; y Jovita, ora en brazo de un galán, ora en los de otro, pasaba y repasaba junto a él, empujándolo a veces en los giros de la danza, sin mirarlo, sin advertirlo... y era su novia...

Cinco o seis veces había ido a "sacarla" y en todas recibió idéntica respuesta:

—Pa esta estoy comprometida.

—¿Y pa la que viene?

—Creo que también... dejame cumplir con los forasteros, que a vos te sobra tiempo... Además ya sabés que no conviene que tata malisée nuestras relaciones... Pa mí gusto que la vieja ha olido algo... Hasta luego...

Fué entonces cuando Gorgonio optó por irse a refugiar en el más obscuro rincón de la sala, para poder, sin mostrar a los demás la miseria de su sufrimiento, seguir contemplando a la ingrata adorada...

Extraño novio era él. Novio de entre semana, clandestino, considerado por Jovita como un vicio inconfesable, algo así como la camaradería de la niña de la casa con la sirvienta, camaradería que debe desaparecer en absoluto ante la presencia de las visitas; amistad igualitaria en la chismografía del fogón de la cocina, pero que no podía trasponer las puertas de la sala, dentro la cual era forzoso poner ambiente entre las dos distancia das categorías: la "niña" y la "piona".

Cruelmente herido en su cariño y en su orgullo, luchaba el mozo entre el deseo de marcharse indicado por el amor propio ofendido, y la orden de

UN IDILIO PEDESTRE



Una escena del teatro mudo

Edilicia

El plano de ciudad más antiguo que se conoce es uno de Babilonia que existe en el Museo Británico.

Está muy detallado y revela bien cómo debía estar aquella gran ciudad bajo el fastuoso reinado de Semíramis; vense en él claramente las cuatro murallas de 120 estadios cada una; las 250 torrecillas, aisladas por los anchos fosos anegados con las aguas del Eufrates; el gran baluarte, de 60 metros de anchura, rodeando la población; las 25 calles paralelas al Eufrates, las 25 perpendiculares y las 100 puertas de bronce adonde salían estas calles. Vense en él precisados igualmente los grandes monumentos; el famoso templo de Baal o Torre de Babel, el Palacio Occidental, el Oriental y los jardines colgantes de Semíramis o Nabucodonosor. Este plano, que parece remontarse al siglo IX (a. de J. C.), está llamado a resolver puntos dudosos y contradicciones que se observan en las obras de Plinio, Ctesias, Strabón y Herodoto.

Víctor SPOTA.

permanecer allí, dada por el torcedor de los celos.

Estaba a punto de triunfar el primer impulso en el instante que Jovita fué a pasar junto a él, dirigiéndose a las habitaciones interiores.

Tanta tristeza notó expresada en el rostro de Gorgonio que se sintió conmovida y se detuvo para decirle afectuosamente:

—Te reservo la primera polca que venga.

—¿Pa qué?—replicó él con amargura; pa qué, si ya veo que la plantita e mi cariño se ha secao en tu corazón...

Irritóse ella:

—Siempre has de hablar cosas bobas, siempre has de andar con ese aire triste de lechuzón y siempre has de andar llorando achaques y miserias como una vieja pedigüeña...

—Porque te quiero...

—También te quiero yo, y estoy contenta y me río y me divierto.

—Porque no sentís el verdadero querer.

—Si el verdadero querer obliga a estar siempre con cara de sepulturero y a pegarse la vista con cáscara e cebolla pa que s'enllenen de agua cuando una no tiene denguna ganas de llorar, renunceo al querer. Yo soy así.

—Yo desearía que jueses de otra laya.

—Vos me querés porque m'encontrás bonita, sempática, alegre, pero pretendés que sea bonita, sempática y alegre, sólo pa vos; pretendés que sea pa vos un silguero cantor, de linda pluma y saltarín y pa los demás una lechuza cebruna empacada, muda... Pensar ansina y querer ordeñar una mosca son locuras tocayas...

Gorgorio no encontró réplica. Todo lo dicho por su prima parecióle falso, sofístico, malo, pero en la cartuchera de su ingenio faltaba la munición para contestar con eficacia al ataque.

—Hasta luego,—dijo ella; vení a sacarme en la primera polca.

Y se fué.

El esperó.

Los guitarreros tocaron una mazurca, después un vals, a continuación una habanera, y, por último, un pericón, cuyas variadas figuras prolongaron la fiesta hasta que la luz del nuevo día entró por puertas y ventanas, avergonzando a lámparas y velas... Fatigados los "musiqueros" y los bailarines, terminó la jarana, sin haber dejado sitio para la polca que Gorgonio esperaba bailar con su novia.

Durante toda la noche, nadie, y su novia menos que nadie, se habían preocupado en lo mínimo de Gorgonio.

Y sin embargo, Don Macario había tomado como pretexto de la "comilona" y la "tertulia", el onomástico de su sobrino Gorgonio...

III

Cuando el mozo regresó a su casa, ya el sol iba trepando la cuchilla del cielo. Aunque no había pegado los ojos en toda la noche, no hizo más que cambiarse las prendas domingueras por las habituales del trabajo, y echándose al hombro la azada, se encaminó a la huerta y se puso a continuar la carpida del extenso sembrado de papas.

Sabía perfectamente que su padre no le reprocharía unas cuantas horas robadas al trabajo para satisfacer la necesidad juvenil de divertirse; pero ni su concepto del deber, ni el estado de su espíritu le permitían ir en busca de reposo.

Siempre había tenido por su austero padre el más respetuoso cariño y se esforzaba siempre y en todo en emularlo.

Eran dos camaradas. Don Filemón, cuantas veces tenía que referirse a su hijo lo designaba afectuosamente:

—Mi amigo Gorgonio...

Esa vez Don Filemón prolongó más que de costumbre la "recorrida" del campito, entreteniéndose en curar las ovejas "abichadas", numerosas en aquella época. Llegó a la casa pasado el medio día. Se sentó a la mesa y ordenó a la vieja negra que acababa de llevar la fuente de puchero:

—Andá ver si Gorgonio se va levantar, o si quiere que le lleven la comida al cuarto...

—El niño Gorgonio está trabajando en la chacra.

—¿Ya se levantó?

—No se acostó. Ansina que llegó del baile no hizo más que cambiars'e ropa y dir a carpir las papas... Ni mate quiso tomar. Yo le oferté: ¿Querés que te cebe unos amargos?... Y el me respondió de esta laya "Gracias tía Juana; dimasiaos he tomado anoche"... Y se jué a trabajar. Ansina es, pué...

—Güeno... Andá llamarlo, que la comida s' enfría; y no te metás en lo que no te importa...

Asustada por aquella insólita violencia del patrón, la viejecita corrió hasta la puerta, pero antes de salir exclamó:

—Yo no me meto patrón, porque yo soy una pobre negra vieja más redonda que argolla e' lazo... Pero pa mí que al niño Gorgonio le pasa algo y que usté debería meterse...

Pocos minutos después entró Gorgonio.

—Güenos días, tata.

—Güenos, amigo Gorgonio.

El "amigo Gorgonio" mostróse singularmente triste y silencioso durante el almuerzo, a cuyo término Don Filemón hablóle en esta forma:

—Amigo Gorgonio, hace tiempo que usté anda con un entripao muy grande al cual es preciso aplicarle una güena medecina; y usté no debió olvidar que los amigos son pa las ocasiones, y que mejor amigo que su padre, no ha'e tener en el mundo...

—Nada me pasa, tata, tartamudeó el mozo.

—Tan grande es el pedazo e' pulpa que lo tiene atorao, que hasta l' obligao a mentir, a usté que siempre supo decir verdad.

—Hay cosas, tata, que no se deben decir.

—Hay cosas, hijo, que no se deben hacer, pero una vez hechas carece aguantarlas como varón: esconder una lacra no es curarla... Pero no perdamos tiempo al ñudo. ¿Vos estás enamorao de tu prima Jovita?

—Hasta los caracuces, tata...

—¿Y ella te cabretea?

—Parece que sí, pero siempre me dice que hay que desimular, porque los viejos no serían conformes.

—¿Y se hace el amor a escondidas? Lo desconozco, amigo Gorgonio. Yo le enseñé que un hombre honrao debe viajar siempre por el camino real y a la luz del día. Sólo quien tiene delito marcha escondido en el poncho negro e' la noche, cortando campos y maniando alambraos. Y hay que tener vergüenza para hacer una mala acción, no pa empezarla.

Luego, suavizando el tono, el viejo prosiguió:

—Yo creo que mi sobrina no es la mujer que te conviene; pero como sé que lo que el corazón elige la riflesión no lo cambea, hoy mesmo viá ver a mi hermano y le hablaré derecho viejo, como deben hablar los hombres.

Don Filemón era la antítesis, física y moral, de su hermano Don Macario.

Era alto y flaco, serio, parco en todo. No fumaba, no bebía alcoholes, no frecuentaba las pulperías, no tuvo jamás un "parejero", y no conoció otras caricias femeninas que las de su esposa, muerta al dar a luz su único hijo, Gorgonio.

Su padre le dejó al morir muy reducida herencia: quinientas hectáreas de campo y unos pocos animalitos correspondieron a cada uno de los hermanos.

Don Macario, con más inclinaciones al placer, a la vida alegre, que al trabajo rudo y metódico, despilfarró en poco tiempo las tres cuartas partes de su modesto patrimonio.

Empero, su casamiento con Tolentina, una jamona poco agraciada pero poseedora de una hijuela respetable, lo convirtió, del sábado al domingo en acaudalado estanciero mientras su hermano mayor proseguía en su vida laboriosa, cultivando por sí solo su escasa heredad sin ningún progreso visible.

Tal era la situación respectiva de los dos hermanos, cuyas relaciones, dicho sea de paso, si siempre fueron cordiales nunca fueron íntimas, en virtud de la desigualdad de fortuna —cuando Don Filemón fué a la estancia del Pedernal en misión casamentera.

Llegó en mal momento. Don Macario era un hombre generalmente alegre y bondadoso; pero no convenía abordarle al siguiente día de una fiesta, pues el exceso de comidas y de alcoholes, poníanlo de un humor de perros. En la juerga de la víspera había injerido, entre otras frioleras, medio lechón que "entuavía" l' estaba pateando en la barriga", y una tal cantidad de vino y caña, que ya había concluído un barril de agua sin lograr extinguir el incendio que le devoraba las entrañas.

—A las primeras palabras de Don Filemón trató de evadirse proponiendo postergar la discusión del asunto; pero el otro con su terquedad de hombre metódico, habituado a hacer las cosas en su debido tiempo, insistió.

—Yo propongo. Vos decidís. Pa responder si o no, no carece consulta de abogado.

—Güeno ¡pues no!—fué la categórica contestación de Don Macario, expresada con una violencia poco común en él.

Luego, intentando dulcificar la brutalidad de la negativa explicó:

—No puedo ser, Filemón. Escuchame y verás que me asiste razón. Pa cuasi todos yo soy un hombre rico;

"CHEZ" FEIMANN



—¿No ha probado usted nunca escuchar la música con los ojos cerrados?
—¿Y usted no ha probado nunca escuchar callándose la boca?

pero la verdad es que tengo más deudas que capital, y no abrigo más esperanza'e salvarme como me salvé antes: haciéndole un güen casamiento a Jovita antes de que el pago se entere de qu' estoy partido pu'el eje... ¿Es razón?

—Mirá que yo tengo algo que dejarle al muchacho... Algo que no es tan poco...

—Pa vos, hermano... Pero no pa mí.

—Todo lo que vos podás dejarle,—agregó—me lo fundo en dos comilonas!...

—¿Ultima palabra?

—Yo no tengo más que una.

—¿Y no te parece que sería justo consultar a Jovita?

—No me parece; ella hará lo que yo mande.

—Respeto tu parecer; respondió don Filemón; y sin demostrarse agraviado se despidió de su hermano para ir a transmitir a Gorgonio el fracaso de su misión, que por otra parte él preveía.

El mozo escuchó con seréna entereza el relato de la entrevista; y cuando el padre interrogóle:

—¿Qué piensas hacer?—él contestó:

—Necesito hablar con ella. Si ella me quiere como yo la quiero, consentirá en ser mi compañera pobres o ricos, pese a quien pese. Si alega las mismas razones de tío Macario, tendré la asiguranza de que he colocao mal mi cariño y trataré de salvar aunque más no sean las ganas.

—¡Así hablan los hombres!—dijo el viejo poniendo su callosa mano sobre la cabeza del hijo; y en seguida, con augusta solemnidad, sentenció:

—Pero no olvides que los hombres, los verdaderos hombres, están obligaos más que a decir lo que sienten, a cumplir lo que han dicho!...

La entrevista de Gorgonio con su novia fué breve y decisiva.

—¿Sabés lo que conversaron tata y Mario?

—Sí; mamá me contó todo, ordenándome que rompa las mis relaciones con vos inmediatamente, porque nosotros, con juntar nuestras pobrezas lo vamo a pasar pescando sapos en el arroyo, e la vida.

—¿Vos decís eso?

—Jué mamá que dijo que había dicho tata.

—Entonces vos pensás lo mesmo... Sin embargo tata dijo que él tenía su capitalito, y que a su muerte...

Sonriendo con cierta expresión despectiva, Jovita interrumpió:

—¡La herencia del tío Filemón!... Una chacra, unos matungos viejos, una majadita que no habría de alcanzarnos para el consumo de tres meses... y algunos vocos pesos que tenga ahorraos!... Convencete Gorgonio; yo te quiero bien, pero la vida es la vida, y los cuatro vintenes que pueda dejar tío Filemón serán mucho pa ustedes, pero nada pa nosotros, acostumbraos a ser ricos.

Gorgonio, que se había puesto densamente pálido, inquirió con voz breve y seca:

—De modo... ¿hemos rompido?...

—Tiene que ser... Seguiremos siendo amiguitos;—y le tendió la mano que el mozo no se dignó tomar.

—Güeno, adiós,—dijo; que la suerte te dé el marido que merecés.

—Quién sabe más adelante...—insinuó ella; y él respondió con tranquila firmeza:

—Un vale que se rompe ya no se paga jamás.

VI

Tres años transcurrieron y Don Macario había ido a media rienda por el camino de la ruina. Apremiados por los acreedores, conocida su verdadera situación,—que había intentado ocultar multiplicando la frecuencia y la esplendidez de sus fiestas,—se encontraba ya al borde del abismo, cuando ocurrió el fallecimiento del tío Filemón. Jovita, agriada, herida en su amor propio, por el sucesivo abandono de parte de sus múltiples galanes de la época en que la creían un buen partido, empezó a juzgar menos despreciable la herencia del tío Filemón.

Sus padres compartían ese modo de pensar y los tres rivalizaron en esfuerzos para exteriorizar ante Gorgonio la pena que les causaba el infausto acontecimiento y las simpatías, el sincero cariño que le profesaban.

—Mi hermano Filemón no puede haber dejao gran cosa... pero quien anda con el freno en la mano no desprecea el caballo que le regalan porque no le guste el pelo.

Misia Tolentina asintió. Para ella cualquiera solución era aceptable con tal que le permitiese proseguir su vida holgazana de perro gordo, sin otro ideal que comer y dormir.

Jovita, que en su alma sensible al amor, sentía, si no cariño, tampoco repulsión por su primo, se resignó también al remate modesto de su brillante ensueño matrimonial.

En suma, la sentencia del tío Filemón era misérrima, pero las circunstancias imponían la obligación de aceptarla; y en esto estuvieron perfectamente concordes los tres miembros de la familia.

No consultaron a Gorgonio, dando por sentado que había de aceptar jubilosamente el honor y la satisfacción de casarse con su adorada prima.

Y se esperó el desarrollo de los acontecimientos, guardando discreta compostura.

Poco antes de fenecer, Don Filemón había dicho a su hijo:

—En la caja de latón qu'está en el fondo el baúl, encontrarás tuito lo que te dejo: La propiedad del pedazo e tierra que me dejó mi padre, y lo que hemos ido ahorrando con mi trabajo y el tuyo, amigo Gorgonio.

La familia de Don Macario, que había escuchado esas palabras, no se movió de la casa.

Durante el velorio no abandonaron un momento la sala, y en la casa quedaron instalados hasta el segundo día de la inhumación de los restos.

—¡Hay que atender al pobre muchacho, canejo!... ¡P'algo semos los parientes!...

Al tercer día, tras un almuerzo silencioso, casi lúgubre, Don Macario llamó aparte a Gorgonio y le dijo paternalmente:

—Mirá, muchacho... Yo compriendo qu' estés abatatao... Pero es mi deber aconsejarte, que pa eso soy tu tío y tengo esperiensa... El pobre Filemón ya se jué; aura hay que pensar en los vivos, porque por perra que sea la vida estamos condenados a vivirla... Es tiempo que abrás la caja'e latón pa ver lo que te manda hacer tu finao padre, con respecto a sus bienes.

—Tiene razón, tío,—respondió Gorgonio y extrajo del baúl la caja de latón, poco pesaba. La abrieron. Sólo contenía papeles: los títulos de propiedades del campito; los certificados de los diversos animales adquiridos; los boletos de señal y marca, y, finalmente, un sobre grande, dentro del cual había un documento prolijamente doblado y un papel garabateado por el viejo.

El papel decía así:

"Amigo Gorgonio: Con nuestro trabajo hemos vivido, pobremente pero sin pasar necesidades. Vos nunca me pedistes y yo nunca te rendí cuentas. Aura te las presiento! El papel qu' está abajo esta esquela es el comprobante de un seguro de vida que yo hice hace veinte años. Cuando yo muera tendrás cincuenta mil pesos oro, con la presentación de ese papel. Te dejo una fortuna, amigo Gorgonio y sólo te pido que sepás emplearla bien, siendo siempre honrado y trabajador..."

—¡Cincuenta mil pesos! —exclamó entusiasmado Don Macario.—Con esa suma podemos levantar las hipotecas del Pedernal, vos te ponés al frente del establecimiento y...

—Y una vez casada...—dijo misia Tolentina.

—¡Eso será lo primero!... ¿No te parece, Jovita?

—Me parece... es decir... según le parezca a Gorgonio,—respondió la chica con fingida emoción.

El mozo secóse las lágrimas que habían inundado sus ojos, y luego, con voz firme, enérgica, respondió:

—Si lo primero ha' e ser casarme, formar un nido, pa no estar solo, sin un poste en que rascarme, sin una cría pa lamber, y pa probarle al viejo querido que no me olvido de lo que me dijo cuando me dijo: "Los verdaderos hombres están obligaos más que a decir lo que piensan, a cumplir lo que han dicho".

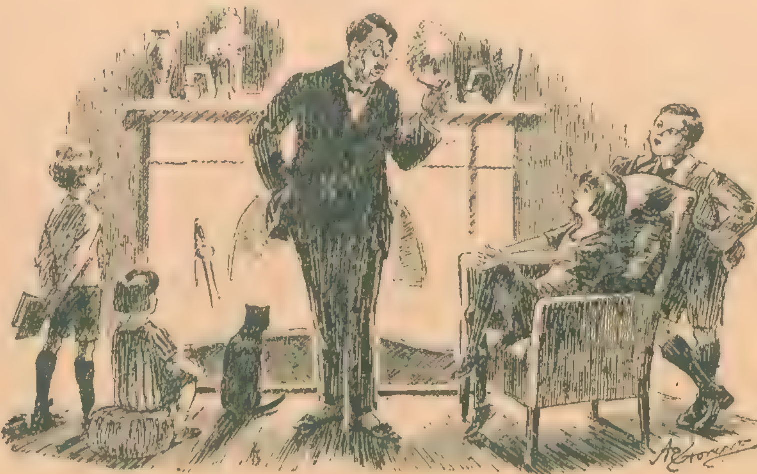
—Está bien eso... Y como vos habías prometido casarte...

—Con la hija del chacarero Gervasi, dispués que usted me negó la mano e' Jovita y Jovita se me ladió también, me caso, con Juana, la hija el chacarero Gervasi, que me quiso sin saber que yo iba a recibir cincuenta mil pesos de herencia del finao mi padre... Espero, tío Macario y tía Tolentina que ustedes sean mis padrinos de casamiento.

Doña Tolentina y su hija quedaron mudas. Don Macario, venciendo la amargura causada por aquella decepción tan imprevista, dijo:

—¡Cómo no, sobrino!... ¡Cómo no!... ¡Y habrá que hacer una comilona y una fiesta machaza!... ¡Yo m' encargo de eso!...

LA HISTORIA SE REPITE



El padre.—Sí, hijos míos; Lloyd George salvó a su país exactamente igual como Juana de Arco salvó la Francia!
Un niño.—¿Sí, papá? Y, decime, a Lloyd George ¿cuándo lo queman?

Definiciones femeninas

Un escritor americano da las siguientes definiciones de la mujer:

"Geográficamente considerada la mujer, es una catarata como la del Niágara; nos asusta o nos atrae al contemplarla.

Astronómicamente es un astro encantador, rodeado como Saturno de un anillo de oro, que gira en una órbita muy limitada.

Físicamente es un término metálico, que se dilata al calor del orgullo y de la vanidad.

Políticamente, es el poder legislativo que se impone al ejecutivo; y el partido constante de la oposición.

Magnéticamente, es una brújula que sirve de guía al hombre en su peregrinación por el mundo.

Botánicamente, es una hermosísima planta que produce a la vez flores y espinas, frutos dulces y amargos dando aroma de vida o jugo venenoso.

Zoológicamente, es un hermoso bípedo, feroz e indomable.

Teológicamente, es un misterio incomprensible, ante el cual hay que doblegarse sin razonar, cerrando los ojos y prestando fe a lo que nos dice, porque de lo contrario se incurre en su indignación.

Espiritualmente, es ángel o demonio, consuelo o desesperación del alma.

Memorialmente, es el ser más precioso de la creación, sin el cual es difícil vivir en el mundo!"

Claro que no todas estas definiciones pueden aplicarse en la generalidad de las mujeres, pues quizás en pocas materias tendrá tanta aplicación como en ésta el principio de que no hay regla sin excepción.

Alberto MEYER ARANA.

Una de las cosas que más interés despiertan al turista que recorre la isla de Ceilán, son las minas de Anuradhapura, donde hay restos de templos budistas de los más antiguos del mundo.

En uno de éstos se ve el "pokuna", o sea un estanque sagrado donde se bañaban las serpientes veneradas. El estanque tiene cuarenta metros de longitud y está al abrigo de grandes rocas cortadas a pico y negras como la tinta. Su antigüedad es muy remota. En el centro de una roca se ve, esculpida, la cobra de cinco cabezas que aparece en muchas esculturas budistas. Figura que sale del agua y trepa por el muro.

Conceptos de un literato

El notable crítico yanqui Garret Undeshill ha dicho con respecto a la literatura hispana:

"Creo que la literatura española es la más grande, la más humana, la de mayor sentimiento de la realidad y la que encarna más genuinamente la civilización actual. En mi opinión es tan inmensa como la del siglo XVII y la más llena de sentimientos e ideas. Se ha popularizado más la francesa, por ser más objetiva, más frívola, más ligera.

Los españoles tienen de la vida un concepto más humano: a veces más pesimista: van a lo sentimental, no por lo frívolo, como los franceses, sino por todo lo que es base y esencia de la vida.

El español no está contaminado del mercantilismo del mundo. Lo repele su abolengo nobiliario y sin embargo tiene asimilada toda la civilización. Se modificó sin transformarse y guarda la esencia más pura del pasado con todos los caracteres culturales del presente."

Remedios contra el alcoholismo

Entre los remedios más enérgicos para curar el alcoholismo, están las inyecciones hipodérmicas de atropina, un alcaloide vegetal extraído de la yerbamora, administrada tres veces diarias durante un mes. El tratamiento se completa con un tónico poderoso cada dos horas, con el fin de moderar los nervios y restaurar el organismo viciado. El más consumado borracho, al tercero o cuarto día de este tratamiento, aborrece la bebida, a pesar de que ésta no se le prohibe, lo cual constituye una de las más singulares características del sistema. El sujeto puesto en cura puede beberse una botella de aguardiente diaria si tal es su gusto; pero no hay cuidado, pues él mismo renuncia a ella voluntariamente.

También es un buen remedio obligar al borracho a comerse una manzana todas las mañanas, y media docena más durante el día. Aparte de sus muchas otras propiedades medicinales, las manzanas tienen la de atenuar sensiblemente la pasión por el alcohol. El ácido málico que contienen ejercen una infuencia tónica sobre el cerebro, purifica la sangre y tonifica el organismo en general.

No puede negarse que la costumbre de fumar demasiado induce al alcoholismo; los que teman ser víctimas de este triste vicio, podrán evitarlo moderando un tanto su afición al tabaco.

Los ejercicios atléticos son los mayores enemigos del alcoholismo. La falta de salud es una de las causas que inducen a beber. El hombre que se aficiona de veras a la gimnasia o a cualquier deporte, difícilmente será borracho; estos ejercicios, por consiguiente, pueden constituir también un sistema curativo.

Un baño de agua marina fría todas las mañanas, seguido de un rudo frotamiento con la toalla, fortifica mucho el sistema nervioso y evita la tendencia a buscar un fortificante en las bebidas espirituosas.

Por poco precio puede obtenerse la sal marina suficiente para una docena de baños; pero hay que tener presente que el que quiera tomar un baño de agua fría por la mañana, no debe beber demasiado la noche antes.

También es un remedio, y de los más baratos y sencillos, la cebolla común. Comiendo una cebolla grande sola o con un poco de pan, se advierte cierta disminución en el deseo de beber; si se comen dos al día, la curación es casi segura.

Es un hecho singular, y bastante triste, que muchos antiguos borrachos que han logrado curarse por cualquier medio, tienen luego períodos de reincidencia. Al fin y al cabo, el alcoholismo es una enfermedad, y como todas las enfermedades, puede reaparecer por breves períodos. Lo mejor, por consiguiente, es ponerse en cura cada vez que el vicio hace una nueva aparición; no debe considerarse incurable un caso de alcoholismo, ni siquiera darlo por crónico, por estas reincidencias periódicas.

Buenos Aires en 1888



La plaza Retiro

PUCHITOS

Una lechera suiza que sepa cantar y tenga una voz agradable obtiene beneficios mayores que otra no poseedora de dotes semejantes. En Suiza, durante el recorrido para la venta callejera de la leche, las mujeres que se dedican a la citada profesión acostumbran entonar cantos melodiosos de su patria.

La mecánica lo invade todo. Según noticias recientemente recibidas se ha inventado un aparato para pintar diversos objetos. Según parece ha sido utilizado por la fábrica de omnibus "Celedodonian Road" de Londres para pintar sus coches. Ha realizado dicho aparato en dos minutos y medio el trabajo que requiere dos horas y media de trabajo ordinario.

El primer salvavidas construído se fabricó en Yorkshire el año 1802, con objeto de que sirviera "para salvar las vidas en las tempestades y otros peligros del mar". Lo inventó un pobre navegante y el parlamento británico consideró tan meritoria su obra que votó la suma de 1.200 libras esterlinas como recompensa.

Antes de la guerra los alemanes exportaban alrededor de 60.000 canarios. La cría de tales pájaros cantores era una de las pequeñas industrias más provechosas.

El misterio no sólo existe en la novela policial. También se presenta en la vida.

Entre los hechos famosos de robos y desapariciones pueden citarse los siguientes:

En diciembre de 1913, una de las más poderosas compañías de ferrocarriles ingleses, notó la desaparición de sus dos mejores ingenieros. A pesar de las activísimas indagaciones que se realizaron no ha sido posible descubrir rastro alguno hasta la fecha.

Un buque torpedo fué robado de la playa de Hyères en 1914 y nunca pudo recobrarse.

En un hospital de Chicago a un enfermo le hicieron una incisión en el brazo para introducirle una cápsula que contenía una pequeña cantidad de radium. Como el remedio no produjera ningún efecto, la cápsula fué nuevamente extraída y resultó que el radium había desaparecido. La pérdida se calculó en un millón de libras esterlinas.

En Bulgaria causó sensación enorme el robo de la Constitución Nacional que se guardaba en una caja fuerte de acero. Se trataba del ejemplar original firmado en 1878 por el príncipe Alejandro de Battenberg, y por los ministros y diputados. Lo más curioso es que el robo tardó diez años en ser descubierto.

Pero lo que parece imposible, lo que supera a cuanto pudiera imaginarse es lo que sucedió no hace mucho en Rusia. En Petrogrado robaron ¡un palacio! que había sido regalado a la emperatriz Catalina II. Contenía muebles y riquezas antiguas y había sido descuidado por completo por el gobierno. Cuando éste se acordó y quiso utilizar el palacio, el edificio había desaparecido con todo lo que contenía dentro.

El gobierno japonés ha equipado sus líneas férreas con campanas de alarma automáticas para substituir a todas las demás señales que fallaban en algunos casos, particularmente durante las tempestades.

La industria del hielo, que durante la guerra había sufrido una gran decadencia volvió a recobrar ahora su importancia.

Cierta planta mejicana cambia tres veces al día de color. Por la mañana es blanca, roja por la tarde y azul por la noche. De perfume exquisito durante algunas horas en los demás es inodora por completo.

Tres millares de hombres, la mayoría ex soldados, trabajan día y noche en la fábrica de Woodwichs produciendo exclusivamente medallas de plata para los combatientes de la gran guerra. En la actualidad se fabrican 67 mil por semana, pero se espera que la producción se elevará a 120 mil.

En Inglaterra las doctrinas humanitarias han sufrido una lamentable reacción. El castigo corporal que había sido abolido del derecho moderno ha vuelto a entrar en vigor, y hoy se castiga con azotes a los reos de crímenes cometidos por medio de la violencia.

En Inglaterra se construye, en la actualidad, el aeroplano que será el más grande del mundo... hasta la fecha. Lo fabrican los señores Vickers y se le destina a los viajes transatlánticos. Podrá conducir cómodamente más de cien pasajeros.

La última ejecución pública realizada en las Islas Británicas fué la de Miguel Barret, culpable del atentado terrorista de Clerkenwell, y se realizó el 26 de mayo de 1868 en Newgate. La primera ejecución privada se realizó el 13 de agosto del mismo año en la persona de Tomás Wells, culpable del asesinato del jefe de estación de Dover, señor Walsh.

En algunos países la policía no puede intervenir en una querella producida en su presencia mientras los actores se limitan a insultarse. Sólo cuando uno de ellos ejecuta alguna violencia material puede detener al culpable.

Algunas tribus de beduinos de las que pueden considerarse como tribus ricas, despliegan gran lujo en los arreos de sus camellos, cosa natural si se tiene en cuenta que para estos nómadas el camello es el principal elemento de vida.

Para montar en camello las mujeres emplean el "haudag", especie de parihuelas, donde se sientan. El "haudag" va cubierto con un dosel sostenido por estacas curvas y adornadas con vistosas telas y grandes cordones con borlas.

Cuando los beduinos establecen sus tiendas en alguna parte, ponen el "haudag" en el centro de la vivienda como principal adorno. El aspecto del camello, cargado con el "haudag", no puede ser más fantástico.

Todas las fórmulas de la coronación de los reyes contienen algo curioso; pero las que se usan en Oriente superan a todas en esto. El emperador del Japón, al ser coronado, jura que dará buen tiempo a su país siempre que sea preciso, y el cha de Persia se compromete, en tan solemne ocasión, a no perdonar ningún delito que merezca la última pena.

Es curioso las edades avanzadas a que llegaron algunos de los pintores italianos famosos. Spinello murió a los 100 años; Miguel Angel, a los 90; Leonardo da Vinci, a los 75; Claudio Lorena, a los 82; Carlos Maratti, a los 88. Esta lista pudiera incluir aún más de treinta nombres.

En la costa meridional de Sicilia, se produce un fenómeno que recibe el nombre de Marobia, derivación sin duda de las palabras latinas "mare ubbriaco", mar borracho, y el cual consiste en una violentísima agitación del agua, especialmente al sur de la isla, y que efectuándose en tiempo de calma se considera como signo precursor de un temporal.

Donde con mayor fuerza se siente es cerca de Mazzara, debido sin duda a la configuración de la costa. Tras de una calma chicha y un cielo de color lívido se eleva el nivel del mar unos 0,06 metros de su nivel ordinario, y con espantable celeridad invade las orillas y se retira removiendo profundamente el fango, destrozando las plantas marinas y exhalando un pestilente olor.

Este fenómeno, que dura de media hora a dos y a veces más, se deja después sentir por rachas violentas.

Se cree que la causa de la "Marobia" es el encuentro o choque del viento O. que reina hacia la costa N. de Sicilia y los del S. E. que se sienten en el Canal de Malta.

La popularidad del cine ha creado una nueva profesión: la de autor de asuntos para películas. Algunas casas los pagan bien. En América se publica un periódico titulado "The Photoplay Author", dedicado a esta especialidad de la que podríamos llamar paradójicamente literatura muda.

Un autor que ha escrito ya más de doscientas obras para la película, asegura que la empresa no es tan fácil como parece. Un hombre puede ser excelente novelista o eximio dramaturgo y sin embargo fracasar al tratar de escribir un drama para el aparato cinematográfico.

A los que deseen dedicarse a este nuevo género de trabajo les conviene tener en cuenta los consejos del autor más arriba citado. Cada escena debe escribirse detalladamente, describiendo con minuciosidad el carácter y los movimientos de los personajes que toman parte en ella. Además, en cada escena debe ocurrir "algo" importante, porque de lo contrario el interés decae si se trata de una película dramática.

En las películas cómicas es preciso que ocurran varias cosas en cada escena, y en la comedia lo esencial para el éxito es la rapidez de sucesión de las escenas.

El número de escenas debe limitarse a veinticinco en las películas dramáticas, pero lo más corriente es que tengan quince o veinte. Las obras cinematográficas cómicas no deben tener menos de ocho escenas, ni más de doce. Una comedia ligera puede llegar a veinte.

Lo principal es la novedad. Las casas productoras de películas andan cada vez más escasas de novedades, sobre todo en el género de comedia, porque es más difícil. El drama abunda bastante.

Un drama cinematográfico debidamente desarrollado, consta de ochocientas a mil palabras, número suficiente para dar idea del desarrollo de las escenas. Una comedia se desarrolla en quinientas palabras. Algunas casas aceptan y pagan las buenas ideas para que las desarrolle y ponga en escena una persona práctica, que generalmente está a sueldo.

Un artista holandés, coronel al servicio del landgrave alemán de Hesse-Cassel, fué el inventor de la media tinta aplicada al grabado.

La invención del coronel Von Siegen data del año 1611, y según la historia, le fué sugerida por la vista de un arma mohosa que estaba limpiando un soldado.

Las primeras muestras del nuevo procedimiento fueron un retrato de la madre del landgrave y otro de la hija, retratos que Siegen presentó en la corte y ningún grabador en cobre pudo explicar ni imaginarse como estaba hecho el trabajo.

Evelyn en su "Scultura", publicada en 1662, atribuye la invención al príncipe Ruperto; pero una carta original de Siegen, que todavía se conserva, demuestra que esto es un error. Siegen encontró al citado príncipe en Bruselas en 1654, y sabiendo que había practicado el grabado, le dió cuenta de su nuevo procedimiento.

SIRVIENTA MODERNA



—Ya veremos si la señora encontrará una sirvienta que le robe menos que yo.



CINE







Lucille Lee Stewart en traje de novia... de veras, pues se ha casado con su director, Ralh Ince.

Un favorito de las damas.—Eugenio O'Brien, cuya sonrisa seductora, según opinión de varias niñas, es capaz de eclipsar la clásica sonrisa de la Gioconda.

Las soberanas del cine.—Esta hermosa mujer, que parece la princesa de un cuento de hadas, es Perla White, la rubia heroína escapada del último drama que está impresionando.



NOTAS ROSARINAS



Parte de la concurrencia que asistió a la asamblea efectuada en el teatro Olimpo, con objeto de aprobar los estatutos del Círculo de la Prensa, recientemente fundado. — Nuestro colaborador, señor Alejandro Berrutti (x), presidente de dicha institución, acompañado de otros periodistas.



Acto inaugural del alumbrado eléctrico instalado en el barrio Godoy. Asistieron el intendente municipal de Rosario, el director de la empresa de tranvías, el ingeniero señor Berger y el fundador del mencionado barrio, señor Arrillaga.



Las nuevas maestras de corte y confección, reciente mente egresadas de la Escuela Industrial de Señoritas.



El gobernador, doctor Enrique Mosca, y el vice don Clorindo Mendieta, en la estancia Arnold, donde pasaron una semana de cacería. Acompañan a los mandatarios provinciales los señores doctor Antille, Relamán y Arnold.



Los excursionistas cinegéticos en la estación Kilómetro 36, del F. C. A. M., en viaje de regreso.

Fot. Gaspary.

Cordial demostración a uno de los nuestros

Una amable iniciativa surgida al calor del vínculo que crea el compañerismo, y a la que no se pretendió dar más alcance que el que pudiera ofrecer una íntima reunión familiar, culminó por sí sola en una hermosa exteriorización de afectuosa confraternidad periodística. Nos referimos al caluroso homenaje de que fué objeto, el lunes de la semana anterior, nuestro compañero de tareas Félix Lima, con motivo de cumplirse el 19.º aniversario desde que iniciara su profesión en las columnas de la prensa nacional. Cuatro lustros de constante labor mental, es decir, de sudar fósforo para solaz o regocijo del público lector, bien merece, por único premio, gustar la íntima y suprema satisfacción de aquella hora inolvidable, como indudablemente lo será para nuestro camarada.

El brillante éxito que alcanzó la fiesta no fué ''entrenado'': floreció así, de manera espontánea, por el ambiente de sincera adhesión y simpatía que la idea del homenaje halló en los círculos del gremio.

Dentro de la profesión, Félix Lima no se siente eminencia ni se considera hombre-cumbre: harto efectivas son su sencillez y su modestia para permitirle semejantes vahidos; apenas si se sabe forjador tesonero, condenado al yunque, pero encaminado por honestos rumbos. Tales circunstancias, unidas a su carácter franco y servicial en todo momento, bastan ya para proclamar la ''legitimidad'' del homenaje tributado.

Pero aunque Lima sea miope para el propio valer, hay quienes reconocen sus méritos y quienes los descubren a la distancia: la cohorte de imitadores que abrazaron su escuela y que, invariablemente, quedáronse en mitad del camino, testimonian nuestro aserto.

El estilo original que ha dado relieve a la personalidad literaria de Félix Lima, ni puede adquirirse por mucha fidelidad que empleen sus émulos, ni aprenderse estudiando cánones de retórica o ajustándose a normas consagradas: necesítase tamizar las ideas a través de un temperamento como el suyo, cuyas principales características son agudeza de ingenio, espíritu observador y gracejo natural; en una palabra, poseer su misma idiosincracia, y ya en este caso no habría lugar a imitación.

No se nos reproche que nos expresemos así respecto a uno de los de nuestra casa. Si alguna vez la pluma ha encontrado cortapisas en el elogio, es, precisamente, en la actual ocasión; pero antes que adoptar una falsa modestia o guardar un hipócrita silencio, preferimos trazar estas palabras que pueden hallar legítima excusa en la justicia con que se emiten.

En cuanto a la fiesta en sí, constituyó para nuestro compañero una elocuente demostración de verdadera afectuosidad por parte de los camaradas de varios colegas y por la de algunos amigos. Fueron comensales, además del obsequiado, los señores Carlos M. Muape, José Luis Fernández de la Puente, Ricardo Vergara, A. Abalos, Enrique Banchs, A. E. Barbagelata, Tito Livio Foppa, Gustavo Caraballo, Alberto Salís, Eduardo Héctor Dufaur, Julio Barbetti, Juan José de Soiza Reilly, Roberto Martínez Cuitiño, Enrique Villarreal, Francisco García Beltrán, Eloy A. Escobar Bavio, Ernesto Escobar Bavio, Juan Emiliano Carulla, Alfonso Tomada, C. G. Gelby, Arturo Gavazzo, Gregorio Tenutti, L. Saint Laurent, Pedro de Rojas, Francisco J. de Villamil, Germán Fernández de Villasante, Tomás Ruiz, Félix F. Storni, Carlos María Pacheco, Teodoro Fernández, Jorge Olivero, Baldomero Maquieyra, Aleardo Parodi, Natalio Botana, Juan Baraldi, Alfredo Horton Fernández, Enrique Loncan, Pedro Colombo, Feliciano Centurión, Cecil Cebby, Raúl de los Santos, Oscar A. Lanatti, A. Gutiérrez Milán, M. Loureiro Gómez, Alberto Beghino, Francisco di Palma, Horacio Tiscornia, Carmelo Eonemi, Carlos Nicora, Cayetano Ganghi, Luis Tagliano, Carmelo Martínez Paiva, José Centurión, Eusebio Gómez, Jorge Gallo del Carril, Carlos Romeu, Marcos F. Arredondo, José de Robledo, Diógenes Taborda, Aniceto Sánchez, F. de Filippi Novoa, Juan Baralle, Hipólito Muruseta, Vicente Blay y otros.

También se adhirieron a la demostración, enviando sus felicitaciones por escrito, las siguientes personas, que por diversas circunstancias, no pudieron asistir al acto: señores doctor José A. Cortejarena, director de ''La Razón''; Constancio C. Vigil, director de ''Atlántida''; doctor Francisco Uriburu, director de ''La Fronda''; Angel M. Méndez, director de ''La Noche'', de Montevideo; Enrique Agesta, subdirector de ''La Epoca''; doctor Rafael Manzanares, subdirector de ''El Diario Español''; doctor Arturo Giménez Pastor, doctor Alberto Julián Martínez, Alejandro Castiñeiras, Eustaquio Pellicer, Manuel Gálvez, doctor Alfredo L. Palacios, Leopoldo Lugones (hijo), Enrique Diosdado, José María Neyra, doctor Juan G. Beltrán, Josué Quesada, Juan Cruz Ocampo, Ricardo Diosdado, Ramón Columba, Juan Antonio Argerich, Florencio E. Fernández, H. Lartigau Lespada, Emiliano Ferreira, Manuel Otamendi, C. Lauría, director de ''La Scena Illustrata''; Guillermo Estrella, Dardo Pérez Colman, Rodolfo Olivera, Antonio Palacios Zino, Marcos Ghilanzoni, Julio Quesada, Bartolomé Zambonini, Juana María Begino, Lorenzo Fernández Duque, G. Cañada, Eugenio Richard, Alberto F. Pezzi, Raúl Leví, The Chancleting Club, Armando Chimenti, Setimio Vianello y Dalmiro Corti. Los señores J. L. Fernández de la Puente y Felipe H. Fernández (Yacaré), lo hicieron en las composiciones poéticas que reproducimos a continuación:



La cabecera del banquete. Nuestro compañero Félix Lima entre los señores Natalio Botana, director de ''Crítica'' y Carlos M. Muape, secretario de ''La Nación''. Ocupando el flanco izquierdo del martillo presidencial, aparece la figura del eminente Taborda, autor de la feliz iniciativa, que halló en el doctor Juan Emiliano Carulla, un eficacísimo colaborador.

D'aprés boire

Don Félix Lima a secas, como cuadra a un buen criollo,
tiene, según el tiempo de amistad que le llevo,
un corazón bien puesto y un robusto meollo
que piensa a la francesa aunque él hable en malevo.

A poco que le apuren se transforma en un pollo
de puón algo viejo pero de ímpetu nuevo;
mas no las va de pollas, y su mayor escollo
es el que no le dejen poner en paz su huevo.

Pero él lo pone a diario en páginas sin tacha,
en las que nos enseña diariamente la hilacha
de un humorismo agudo, sin represas ni lindes.

Y así vive su vida — periferia sin centro, —
con la risa en los labios y el horror hacia adentro
del amor alevoso de Jesusa Galíndez.

J. L. FERNANDEZ DE LA PUENTE.

Abril 5 de 1920.

A Félix Lima

(En su día — 5 IV-920.)

Amigo Lima, es su día...
¡Lo felicito, compadre!
¡Hoy no hay "perro" que no ladre
en toda la "perrería"!...
Todo mi gusto sería
estar con ustedes hoy;
pero, viejo, si no voy
es porque... el "vento" no "abarca",
debiendo "tirarme a carpa"
de puro "pato" que estoy.

No haga de esto cosa rara
ni me trate de "chingolo",
"Yacaré con el Nebiolo
hasta Talleres no para..."
Es por eso que "dispara"
del "Firenze" en la ocasión,
...¡que la "escabie" el "anfitrión"
como "baten" los "manates",
mientras yo "pillo" unos mates
y... me "agenceo" el "bullón"...

Haga su juego, "che", Lima,
no "recule" al "antipasto",
porque al fin y al cabo el gasto
cuando es de "ley" no lastima...
A ver, "che", Félix, si arrima
con el "pesto" y el "bocato"
mientras "cala" el tiempo al "gato"
(que no ha de faltar por ahí)
y que ha de ser "pa" su "Fray"
materia de... patronato.

Bueno, viejo, prendasé,
métale duro y parejo,
que no al... ñudo llega a viejo
el que es viejo como "usté";
"haga chistes", riasé
y "paselá" de mi flor
mientras le "pecho" el favor
de que no me "forme" "estrilo"
por la forma y el estilo
de éste suyo y servidor.

YACARÉ



Una de las mesas del banquete durante el cual los señores Taborda, Pacheco, Loncan, Soiza Reilly, Carulla y Villarreal dedicaron elogiosos conceptos al obsequiado.

UNA EXCURSION A LA QUEBRADA DE LOS CONDORES



El personal superior del departamento Tracción del F. C. Pacífico, organizó un paseo a la Quebrada de los Cóndores, que se realizó durante las pasadas fiestas de Semana Santa.—Varios excursionistas asaltando la locomotora número 1, que les condujo al lugar del pic nic.







De taba corrida...



Rumbo a la "Quebrada de los Cóndores" sita en San Luis.



El lago situado en la Quebrada a sesenta metros de altura.



El señor P. Rodríguez quien, con sus cómicas ocurrencias, se encargó de mantener viva la hilaridad entre los concurrentes a la fiesta.

Grupo de excursionistas al pie del monumento, erigido en Villa Mercedes, a la memoria del malogrado teniente del ejército argentino, Manuel Félix Origone.

El "tangueo" de rigor, en plena quebrada.



Despedida en J. C. Paz de los invitados de la sección local. A la derecha, el mariscal P. Wynne, jefe del estado mayor de toda la línea.



Señor G. Howe y señoritas de Sodor, Monserrat y Guy, dispuestos a recorrer la importante ciudad de Villa Mercedes.



Parte posterior del coche oficial 1417, durante el viaje de regreso.



Un detalle de la farra.



La despedida del payador Rodríguez y demás invitados procedentes de Junín.



Señoritas de Monserrat, Sodor y Guy, y señores Fernández D'Oliveira, Monge y Gahan, rindiendo honores a los suculentos cabritos y lechones al asador.

EL ENTIERRO DEL DESCUBRIDOR DEL POLO NORTE



Interesante fotografía del almirante Edwin Peary, fallecido en su casa de Wáshington el 20 de febrero próximo pasado, a los 64 años de edad.

CURIOSO ACCIDENTE DE AVIACIÓN



En algunos casos la realidad superó a cuanto la fantasía pueda imaginar. De este incidente aéreo, sucedido cerca de Swarthmore (Estados Unidos), no resultó ni un solo herido de gravedad.



El ataúd conteniendo los restos del célebre explorador, fué envuelto con la misma bandera norteamericana que Peary clavó en los hielos del polo, por él descubierto.

ACTUALIDAD ITALIANA

REAPERTURA DEL MUSEO MILITAR DE CASTEL SANT'ANGELO, EN ROMA



El rey con los generales Díaz, Badoglio y Abricci, durante el acto de la reapertura del museo.



Vista panorámica del museo, tomada desde lo alto del Castel Sant'Angelo.



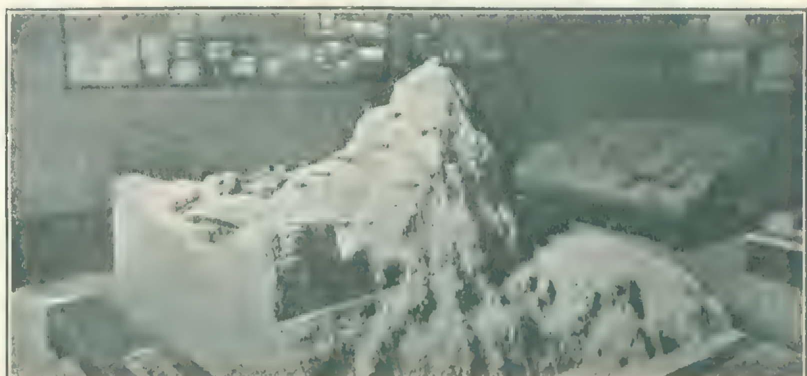
Entrada de la galería destinada a la industria militar.—Un legionario romano y un soldado del cuerpo de ingenieros, del ejército italiano.



La sala de aeronáutica, ostentando el grado de desarrollo que ofrecía la aviación a fines de 1915.



Galería donde se exhibe el botín de guerra.



Pabellón de la guerra moderna. Un plano en relieve con las obras defensivas ejecutadas en varias zonas.



Los montes Grappa, Pasubio, Montello y Piave, plásticamente representados.

D'ANNUNZIO EN LA ACTUALIDAD



Gabriel D'Annunzio tal como es en la actualidad. Esta fotografía con autógrafo fué enviada por aeroplano a Milán, vendiéndose en 5.000 francos.



Un caso evidente.



—Vea, joven, diga usted lo que quiera; lo cierto es que los hombres de ahora no tratan a las mujeres con el respeto y consideración que para con ellas guardaban sus padres.

VIDA SOCIAL



¡Si ella se detuviera a pensar!



Delicias de la vida de ciudad.



Cuando nos presentan la señorita a quien hemos intentado afilar en el tranvía.

SECCIÓN VERMOUTH

FRASE DE MUJER

—Me ha dicho que soy una monada, un sueño, una visión de belleza y de encanto.

—¿Y usted—objeta el rival—es capaz de confiar su vida a un hombre que ve visiones?

NO VACILE

Una señora de cierta edad sirve de testigo ante el juez. Este no logra hacerle decir sus años.

—¡Pero, señora—exclama por fin—hable usted ya! Piense, que cuanto más tarde en responder será tanto más vieja.

BUENAS PALABRAS

—Deseo pagarle a usted lo que le debo...

—Muchas gracias.

—...pero no puedo...

TODAS CALLARON

—¿Vió usted jamás un grupo de mujeres que permanecieran calladas dos segundos?

—¡Sí, señor!

—¿Lo dice de veras?

—Sí. Uno preguntó cuál era la más vieja... ¡y todas callaron!

ENRIQUECIDO

Llega al horno la mucama de una familia enriquecida e inculta. Trae un cuadro.

—¿Qué quiere que hagamos con él? —pregunta el panadero.

—Pónganlo ustedes al horno. El patrón se queja porque todo el mundo dice que es una pintura cruda.

PARA COMPONERLO

—¡Qué estúpido es el joven aquél!

—¡Es mi hermano, señor!

—¿Su hermano? ¡He sido muy tonto, perdóneme! Debía haberme fijado en el parecido.

MATRIMONIO AVENIDO

—Mi mujer y yo sólo nos hemos peleado una vez en la vida... ¡Claro está que interrumpimos la pelea algunos momentos!

¡ES IMPOSIBLE!

—¡Hoy viajé media hora en el tranvía con su mujer!

—¿Con mi mujer?

—Sí.

—¿Y no le dijo algo?

—Ni una palabra.

—Entonces no podía ser mi mujer. Jamás estuvo media hora callada.

¡ALGUNAS!

El marido ha regresado más tarde de los bailes de carnaval, y para explicarle a su mujer la razón de su tardanza le explica cuentos tártaros.

—No creo una palabra de todo lo que dices—exclama la esposa enojada.

—¡Pues haces mal! ¡Algunas palabras hay que son verdad!



PARA QUE LE VEAS

El patrón le dice al empleado:

—¡Vendrá Jorge y no quiero recibirle! Dile que no estoy... ¡Ah!, ¡y mientras él te vea, estate sin hacer nada, o, de lo contrario, conocería que mentías!

TENGALO EN CUENTA

Cierto corredor estaba empeñado en venderle una casita, situada en una ciudad del interior, a un hombre anciano.

—A usted le conviene comprarla e ir a vivir allí. Tenga en cuenta que en aquella ciudad los entierros resultan muy baratos.

SU VALOR

—¡Oh, cuánta envidia le tengo a este tenor!

—¿Por qué? Yo creo que su voz no puede ser peor.

—Yo creo lo mismo, pero ¡qué me dices de su valor?

SORPRESAS QUE CAUSAN SORPRESA

—¡Guillermo!—gritó la madre azorada, al ver que su visitante era nada menos que su pariente más rico y más distinguido—besa a tu tío Juan y vete a lavar la cara inmediatamente.

LA MENTIRA

—¡Por qué mentiste?

—¡Fué para evitar que castigaran a una muchacha!

—¡Menos mal! Veo que tienes buen corazón. Y, dime, ¿la muchacha quién era?

—¡Yo!

JUSTIPRECIANDO

Comparecen ante el juzgado dos individuos, uno de ellos convicto de haberle robado al otro un sobretodo hecho jirones.

—¿En cuánto aprecia la prenda robada?—interroga el juez.

—La prenda me costó, hace 10 años, 50 pesos; después me la reformaron por 8; luego la mandé al tinte y pagué 3, y últimamente 2, por unos remiendos. Estimo, pues, que mi sobretodo vale 63 pesos que es lo que he pagado por él.

CUESTIÓN DE TOPOGRAFÍA

—Sostuviste tu posición valientemente—dijo el coronel al soldadito heroico.

—Tenía que hacerlo así,—respondió el recluta.— El lodo era tan espeso que uno no podía retroceder.

EL VALOR DE LA INFORMACIÓN

—¿Qué diferencia hay entre un médico ordinario y un especialista?

—La de que el médico ordinario es el profesional a quien usted debe pagar honorarios, para que le indique a qué especialista debe recurrir.

LA ÚNICA MANERA

Señora A.—Usted dice que tuvo a una cocinera durante todo un mes a su servicio. ¿Cómo pudo lograrlo?

Señora B.—Vivíamos en un yate. No tocábamos puerto. Ella no sabía nadar.



Un consejo

Las diversas enfermedades propias del sexo femenino se revelan por un pequeño número de síntomas, que suelen ser siempre los mismos: hemorragias, dolores, leucorrea, etc., acompañados o no de trastornos de la salud general.

Estos síntomas coexisten generalmente, pero pueden presentarse aislados en el comienzo de toda enfermedad, anunciando ésta e indicando a la enferma la conveniencia de hacerse atender por el médico; pero la mayoría de las pacientes desechan esta solución porque les cuesta un gran esfuerzo someterse al examen ginecológico, acto que procuran evitar en lo posible.

Felizmente, la gran mayoría de las señoras y las jóvenes se han convencido de la importancia de la toilette íntima, bajo la forma de lavajes diarios, los cuales, bien efectuados, realizan una verdadera profilaxis de las enfermedades propias de la mujer.

Pero generalmente ocurre que los tales lavajes son mal preparados: unas veces porque se emplean substancias olorosas de tocador, y otras porque se utilizan desinfectantes de dudosa preparación y procedencia.

Aunque no se puede recomendar una norma precisa en todos los casos, la mayoría de los médicos aconsejan que la higiene íntima femenina se efectúe con lavajes cotidianos empleando una solución tibia de Lysoform, al uno o dos por ciento.

El Lysoform, notable antiséptico de uso indispensable en todos los partos, posee un intenso poder bactericida, y además ofrece la gran ventaja de ser inodoro y completamente inofensivo, lo cual no ocurre con la mayor parte de los productos destinados a este objeto.

El Lysoform puede adquirirse en cualquier farmacia.

Las hemorroides no le permiten a usted una vida tranquila

No sólo por los dolores y molestias que ocasionan por sí mismas, sino por sus complicaciones, entre las cuales las más comunes son las úlceras y las fístulas de ano.

Usted sabe, por experiencia personal, que en cada crisis de sus hemorroides, no sólo se altera su salud general, sino que su carácter varía: a veces, sin motivo alguno, tiene usted grandes disgustos y no conoce la causa.

Y se concibe; un dolor intenso y continuo, con exacerbaciones a cada momento, y picazón que no se calma, ¿no cree usted que es suficiente para modificar su carácter, haciéndolo irritable?

Y bien, cure usted sus hemorroides y verá volver la calma a su espíritu. Recuerde usted que corre el peligro de una infección capaz de traer en pos de sí una fístula de ano, de la cual no curará sin una operación que podrá tenerlo a usted por mucho tiempo imposibilitado para atender sus asuntos.

Las fístulas no operadas son una pesadilla, pues no se puede obtener su cicatrización sin la extirpación del trayecto.

Evite, pues, la formación de ellas, curando las hemorroides en cuanto note su aparición.

Noridal es una preparación que permite obtener ese resultado en poco tiempo. Es de sencilla aplicación y nunca falla, pues descongestiona inmediatamente la zona inflamada.

Cada pomo termina en una cánula con orificios laterales para distribuir el medicamento eficazmente en todos sentidos.

Con Noridal, notable específico que puede adquirirse en cualquier farmacia, puede usted extirpar radicalmente sus hemorroides.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

La cocina

PURÉ DE MANZANAS AL HORNO

Se prepara un puré de manzanas bien seco y se coloca en una fuente. Se prepara una masa con 70 gramos de azúcar molida, bien batida con 4 yemas de huevo, se agregan 70 gramos de almendras molidas, la cáscara rallada de un limón y las 4 claras batidas a nieve. Se esparce bien sobre el puré y se cuece al horno o baño maría. Debe tener más calor de arriba.

PASTEL DE HÍGADO DE GANSO

Dos hígados de ganso se lavan y se pelan, se pasan por la máquina de picar carne dos veces junto con dos terceras partes de su peso de tocino gordo bien fresco. Luego se agrega orégano picado o en polvo, un poquito de pimienta fina, sal y si se quiere, cebolla rallada. Se cuece en forma de porcelana a baño maría por 20 minutos, teniendo cuidado de removerlo de vez en cuando. Se deja enfriar en el mismo molde.

SALSA DE ANCHOAS

Se prepara desmenuzando muy bien pequeñas anchoas, que luego se cuecen en una salmuera regular, y al fin se agrega vinagre de vino y perejil picado. Bien tapado se conserva largo tiempo.

CEBOLLAS RELLENAS

Seis cebollas de regular tamaño se parten y se sancochan; se ahuecan y se rellenan con la pasta siguiente: se fríen dos cucharadas de cebollas picadas en dos cucharadas de aceite, se agregan 6 cucharadas de setas cortadas en pedacitos, sal, pimienta, un poco de vino blanco; se deja reducir un poco, se agrega jugo de carne, puré de tomates, un poco de miga de pan; un huevo y perejil picado. Se colocan en una fuente, se polvorean con pan y queso rallado mezclados, se rocían con aceite y se doran en horno bien caliente.

ANCHOA GRANDE

Se prepara hirviéndola en agua con sal y un atadito de puerros, perejil, orégano, laurel; luego se coloca en una fuente; se rocía con manteca, jugo de limón y perejil picado y se dora ligeramente en un horno bien caliente. Se sirve con papas hervidas.

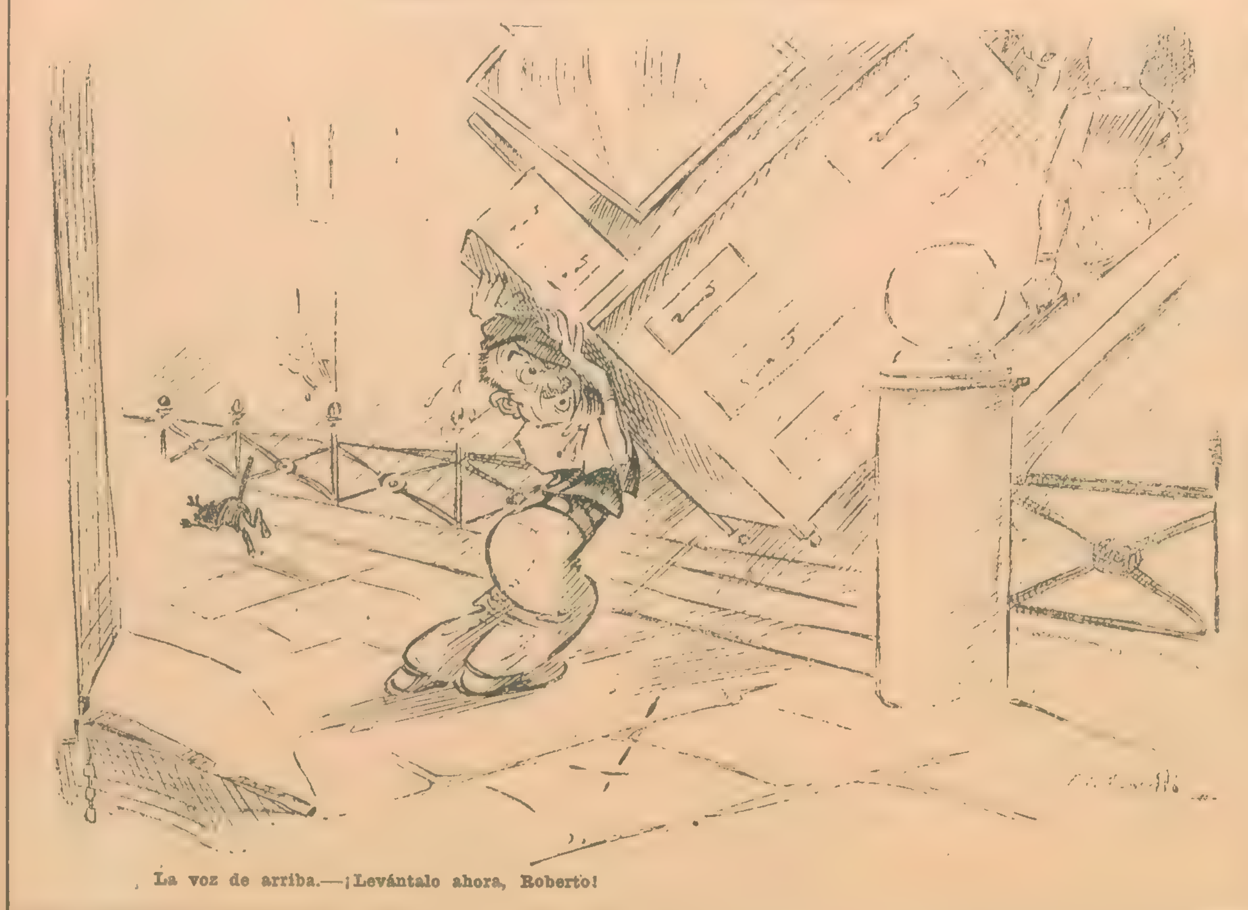
MANZANAS EN LA FUENTE

Se preparan rebanadas de pan mojadas en leche, se fríen en grasa o manteca, se espolvorean con azúcar y se reviste con ellas el interior de una fuente untada de manteca. Entre tanto se hacen cocer manzanas cortadas en cuartos, en vino blanco y bastante azúcar, se sacan con la espumadera y se van echando en la fuente, se les agregan algunas sultanas y almendras peladas y cortadas a lo largo.

SARDINAS FRESCAS CON ESPINACAS

La sardina fresca es muy apreciada en el Mediterráneo; se prepara de varios modos, principalmente asada o frita. Se vacían sin romperlas 24 sardinas y se repasan sin lavarlas, se pasan en aceite, se salan y se les echa pimienta, colocándolas en una fuente de loza que vaya al horno; se rodean con espinacas previamente cocidas, bien escurridas y saltadas en manteca. Se rocían las sardinas con aceite; se espolvorean con bastante pan rallado fino, mezclado con perejil y un diente de ajo bien picado. Se cuecen a horno muy caliente por 15 minutos.

MOMENTOS TRAGICOS, EN UN DIA DE MUDANZAS



La voz de arriba.—¡Levántalo ahora, Roberto!

UNA RAZON



—Vea, el alquiler no es caro, porque el punto es magnífico. Todos los domingos podrá ver desde aquí cuatro o cinco accidentes de automóviles. ¡Resulta muy entretenido!

Conocimientos útiles

EL CLOROFORMO COMO DESMANCHADOR

Se necesitan por lo menos tres aplicaciones de cloroformo para quitar las manchas en las telas de seda o lana, pero pueden siempre desvanecerse por grandes e intensas que sean. Las manchas pueden quitarse del todo impregnándolas con trementina, excepto en el caso de que la tela sea excesivamente delicada; así que esa substancia se ha evaporado, se desvanecen sus huellas con magnesia seca, aplicándola en polvo por ambos lados del vestido y dejándola así por varias horas. Si necesario fuere, se repetirá la misma operación frotando la magnesia con la yema de los dedos. Este sistema es también aplicable a las manchas de grasa.

Las manchas de tinta en las prendas blancas pueden quitarse con el desvanecedor de tinta usado ordinariamente por los contabilistas, pero esto no debe hacerse cuando la tela tenga pintas de cualquier color, porque estas se desvanecerán también. Las manchas de tinta fresca pueden limpiarse cubriéndolas con sal, y repitiendo esta operación hasta que la sal absorba completamente la tinta. Las manchas secas de tinta se quitan con leche fresca, frotando el sitio manchado hasta que la tinta desaparezca. La mancha de grasa de la leche puede quitarse a su vez con agua de amoníaco, magnesia o cloroformo.

Las manchas de té y de café que parecen irremovibles, pueden quitarse hasta de las más delicadas telas de lana y seda con sólo frotar suavemente sobre la mancha un poquito de glicerina. Debajo debe ponerse una capa de algodón absorbente para impedir que se expanda la humedad y para suavizar el frote sobre la tela. Una vez borrada la mancha, debe lavarse con agua caliente el sitio que ocupaba, por medio de un algodón absorbente a manera de esponja, y plancharlo después.

Luego que se han quitado todas las manchas de la prenda y se han despercudido los encajes, cuello, puños y demás adornos, se da principio a la verdadera limpieza.

Si el traje es de lana lo mejor es limpiarlo con sal o arroz molido. Si es de seda, con gasolina. Si es de piel, con harina de maíz o salvado.

Para limpiar un traje, cualquiera que sea la delicadeza del color, debe extendérsele a lo largo y lo ancho sobre una mesa previamente cubierta con varias capas de sábanas viejas, de manera que el frote no alcance a tener un dureza que dañe la suavidad de la superficie en la tela.

Tritúrese una taza de sal de comer con un cilindro de púas, y pásesela luego a través de un cedazo de manera que quede casi en polvo. En seguida se riega un poco sobre el traje y se esparce con una almohadilla de manera que penetre bien todos los tejidos de la tela. No debe frotarse para arriba y abajo ni en círculos, sino siempre en dirección hacia abajo, larga y suavemente. La mejor almohadilla en este caso puede ser un pañuelo de lino de tamaño regular. Una vez realizada esta operación en todo el traje, repitiéndola en las partes más percudidas, se le cuelga en un ropero contra un muro o cualquier otro objeto sólido y vertical y se sacude toda la sal con un cepillo duro. En el suelo se coloca un papel con el objeto de que caiga ahí la sal que se cepilla, y cuando se vea el color negro de esta podrán apreciarse sus cualidades para limpiar.

UNA VICTIMA



—No compres nada más, querida. Me es imposible llevar un paquetito más.
—¡Ya te conozco! ¡Lo que pasa es que sos un reverendo amarrete y no quieres gastar más plata!

EL REGRESO

por Amado NERVO

Cuando Jorge dejó la aldea natal, la naturaleza, en plenitud de vida, hacía ostentación de su pompa y esplendidez; inundación de luz en el espacio; plétora de perfumes en el ambiente; el boscaje poblado de trinos y rumores de alas; el arroyo rozando con voluptuosidad sus linfas; el césped lacio estremeciéndose a las caricias del aura; el coleóptero luciendo sus bruñidas alas a los rayos del sol; el chupamirtos, inquieto, agitando su plumaje de colores en rededor de los cálices entreabiertos, y la mariposa desplegando sus pétalos de seda, como una flor alada en medio del vergel.

Juan, sintiendo aún sobre sus labios el calor bendito del último beso de su madre, emprendió su camino por el campo mullido y fresco, y al trasponer los lindes de la heredad paterna, volviéndose por vez postrera a aquellos sitios donde gozó de niño y amó y esperó ya joven, extendió los brazos como para bendecirlos y les dijo ¡adiós! Iba al mundo, a la lucha, al bullicio; crisálida vigorosa, rompía el capullo, y sintiéndose dotada de alas, emprendió el vuelo hacia el porvenir, arcano luminoso y tentador.

¡Génesis halagador de una vida nueva, llegaba para él!

Había mucha savia en su alma, muchos perfumes en su corazón; sentía dentro de sí arrullos divinos, y la esperanza, la eterna mentirosa, decía a su oído: ¡ya verás!.

¡Veinte años pasados como el fulgor de un lampo de julio, como el esplendor de un meteoro de las noches otoñales!

Y Juan volvía en plena primavera, también, a la gentil aldea.

¡El mismo campo salpicado de maravillas y girasoles dorados! ¡El mismo frondaje espeso, poblado de rumores, de trinos, de corriente y de alas!

¡La misma serranía perfilando en el horizonte sus crestas azules! ¡El mismo cielo empapado de luz!... Primero, la aurora abriendo su urna de nácar, luego el sol, áurea fuente celeste, desbordándose en torrentes de fuego; después, el crepúsculo volcando sobre montes y oteros su caudal de rojo vino!

¡Y él, triste; él, lloroso; él, suspirando!

—¿Por qué?

—¡Ah!—dijo al divisar al apiñado y blanco caserío coronado de humo y la vega llena de calma infinita. ¡Ah, naturaleza, te dejé alegre y radiosa como mi espíritu; te encuentro sombría y desolada como mi corazón!

¿Dónde están tus fulgores? ¿Dónde tus perfumes? ¿Dónde tus murmullos, tu frescura, tus panoramas espléndidos, tus lujuriosas frondas, rubio sol?

Y un pajarillo que coqueteaba desde una rama con unos lirios que parecían flores de nieve, cantó así:

—¡Necio! el sol fulgura como siempre; en el frondaje espeso hay arrullos de amor, temblorosos, y plumajes que pasan zumbando de una a otra rama como saetas de colores; el arroyo riza aún sus linfas, se encabrita y salta sobre los troncos, mascullando una canción o una queja; el perfume flota todavía y se eleva como invisible incienso de la tierra al cielo; la brisa no ha olvidado sus trémolos suaves... Todo ama y es feliz como antes; todo está alegre...

¡El triste eres tú!...

...Ojos cercados de azul por el insomnio, no os quejéis si en vuestro alrededor todo aparece yermo y desolado: el cristal que lleváis, la tristeza, el gris opaco! Almas heladas por el desengaño, ¿qué culpa tiene la primavera cuando no ostenta para vosotros radiaciones espléndidas, frescura suave y colores de iris, si lleváis por donde quiera vuestro invierno?

La naturaleza es bella cuando la juventud la mira a través de su cristal rosado; la naturaleza es triste, aparece muerta, cuando el tedio la ve a través de su cristal opaco.

El rey Luis XV de Francia era un menos que mediano tirador. Cierto día, hallándose de caza en los bosques de Fontainebleau, mató de un tiro a un aldeano, en vez de matar la liebre à que había apuntado. Apenadísimo el monarca, ordenó que desde aquel momento se pagase a la viuda y descendientes del muerto una pensión anual de 12.000 francos.

La mencionada suma ha venido satisfaciéndose con regularidad hasta hace poco en que falleció el último descendiente directo del campesino muerto por el rey, lo que hace en verdad honor a la seriedad del Estado francés. En efecto, ninguno de los gobiernos republicanos de Francia ha suprimido esa partida de 12.000 francos, no obstante llevarle ya costado a la nación la mala puntería de un rey, 1.872.000 francos. La pensión ha sido pagada durante 156 años.

UN VIRREY RELÁMPAGO

por Alfonso PÉREZ NIEVA

I

Todos los días a prima mañana, cuando los primeros rayos de fuego del sol napolitano convertían en un cinturón de oro infinito los dos brazos de la bahía inmensa que se extiende desde el cabo de Miseno hasta el promontorio de la Campanella, veíase en el puerto aquella gentil pareja esperando el arribo de los grandes barcos, que, empujados por una enorme vela latina, traían a la ciudad ya los dulces higos chumbos de Sorrento, ya los frescos pescados de las ensenadas de Capri. Ella era una muchacha en sus veinte abriles, de tez trigueña y grandes ojos negros, con el garbo en la persona y el atrevimiento en la mirada de las buenas mozas del barrio de Santa Lucía, vestida con falda de color claro, y él un apuesto mancebo en sus veintisiete años, pequeño de cuerpo, de pupilas prontas y ardientes y cubierta su cabeza con un puntiagudo gorro marinero de lana roja. Juntos venían al muelle desde un casón de la plaza del Mercado, frontero a la iglesia del Cármine, la joven con un gran cesto vacío al brazo y el mozo con una banasta descansando sobre la cadera, y en la animación del sostenido diálogo y en la felicidad que resplandecía en sus rostros, adivinábase el mutuo amor traducido en el relampaguear de sus miradas al cruzarse y en la ternura del acento al dirigirse la palabra.

Todo el viejo Nápoles, el Nápoles mirado a la continua con el receloso rabillo del ojo por los arcabuceros de los señores virreyes españoles, el levantisco de Santa Lucía y el indomable del Mercado, había asistido a la boda y hecho suya la felicidad de los novios. Se adoraba a la fruterilla por su belleza y su donaire; se le quería al pescadero por su llaneza y su desinterés, pero semejante culto iba más allá de la simple devoción personal, escondía una protesta latente contra los vejámenes de la dominación extranjera, y el día de las nupcias se habían oído gritos nada agradables a los oídos de las autoridades delegadas del señor don Felipe IV.

* * *

El muelle parecía animarse al alborear la mañana con la aparición de la gentil pareja, rodeada en seguida de todos sus colegas, de la turba colorinesca y locuaz que aguardaba, como ellos, el arribo de las gabarras, cargadas de naranjas encendidas o de pescados de plata. Una vez entregada la mercancía, íbase cada cual de los cónyuges por su lado, llenando las calles con los ecos musicales de sus pregones, que repercutían en el aire, tibio y sereno, como un canto de salutación del golfo de luz a la ciudad luminosa.

II

En el rostro sombrío y en los ojos iracundos del pescadero, comprendieron los vendedores aquella mañana que algo grave le ocurría. Era la hora de ir a esperar la llegada de las barcas, y el mozo aparecía en la plaza sin su banasta y, lo que era más insólito, sin su mujer. Según discurría por entre las tendaleras, le interpelaban al paso ansiosamente. Eran días de intranquilidad, de zozobras; el duque de Arcos acababa de gravar con nuevos tributos los productos del campo; allá en las esquinas, propalaban la exacción los edictos implacables, y los ánimos andaban excitadísimos y prontos a la revuelta, que no había estallado aún por falta de un alguien que aplicara la mecha a la pólvora.

—¿Qué hay, Masaniello?

—Hay que ya no tenemos corazón en Nápoles cuando consentimos esos papeles pegados en los muros y, lo que es peor, cuando acatamos y cumplimos lo que ordenan. ¿Sabéis dónde se halla a estas horas mi mujer?

—¿Dónde?

—Presa...

—¿Presa?

—Por no haber querido pagar ayer el tributo y alentado a otras compañeras para que no lo pagaran...

Se había formado un gran corro a su alrededor. Todo el mundo dejaba en tierra sus capachos o sus cestos y oía con ceño adusto. Hasta los freidores de pescados al aire libre, daban de mano al pestífero aceite y a las renegridas marmitas. Aquella voz que resonaba amenazadora ante la iglesia del Cármine, reflejando el pensar universal, era por fin el anhelado acento que se atrevía a levantarse valientemente en medio de la plaza pública.

—¿Es que encima de habernos sojuzgado, de habernos quitado nuestra libertad, de habernos hecho esclavos, se quiere concluir con nosotros matándonos de hambre? ¿Hasta cuándo vamos a soportar nuestras cadenas? ¿No corre ya por nuestras venas esa antigua sangre caldeada por el Vesubio?

Una vuelta más de torniquete y estallaba el motín, que abortó por el momento una ronda de arcabuceros viniendo de hacia la Marinella, a la vista de los cuales se disolvió el corro, yéndose cada cual a su avío, no sin dirigir, al pasar, iracundas miradas de soslayo a la tropa, las que el viejo sargento que la mandaba, prudente y ladino como buen veterano, juzgó de suma cordura no advertir.

III

Aquel día del bochornoso julio caía en domingo y en el Mercado apenas si se veía una canasta de fruta para un remedio, cerniéndose por modo tal un verdadero conflicto sobre la ciudad napolitana, que era capaz de encogerse filosóficamente de hombros a falta de carne, pero que dejaba atrás en violencia al volcán en cuanto atañera a sus tres vehementes cultos: su San Jenaro, sus pescados y sus higos. Sabíase, sin embargo, que la gente de Pozzuoli estaba en la puerta de la muralla con abundancia de repletos serones, y los vendedores de la plaza, mientras llegaban a ella los aldeanos, entretenían su impaciencia presenciando las maniobras militares que realizaban por última vez las dos huestes de cristianos y moros, preparatorias del asalto y defensa del castillete de Tabernes, que allí mismo se alzaba, en competencia con la gallardísima torre del Cármine, y cuya función de guerra se realizaría, Dios mediante, en la fiesta de Nuestra Señora del Carmelo, comentando a su sabor, a pesar del conflicto, el buen pueblo siempre locuaz y picaresco, los calzones rugosos de los soldados de la Cruz y los enormes turbantes de los sectarios de Mahoma, que hacían pensar en todos los pañuelos de Santa Lucía liados a la cabeza.

De pronto hiende la plaza, más que corre por ella, una noticia terrible. Ha surgido una disputa, entre un vendedor de Pozzuoli y un comprador de Nápoles, sobre quién ha de pagar el nuevo impuesto, y decidiendo la autoridad contra el primero, todos sus compañeros han tirado la fruta por el suelo, lanzando mucha parte a las propias narices de los recaudadores, que han tenido que apelar a la tropa. La ocasión esperada. Masaniello, que mandaba el ejército cristiano, arenga a sus huestes, únensele los descomunales turbantes, constituyéndose así un núcleo de cerca de un millar de hombres, del que destaca algunos centenares con orden de esparcirse por la ciudad y quemar cuantos cajones de recaudación existan, y al frente de los restantes vuela en auxilio de los de Pozzuoli, llegando a punto en que los corchetes comienzan a prender a algunos campesinos.

El propio Masaniello da la señal de ataque, haciendo rodar por el suelo de una pedrada al jefe de los recaudadores, sobre los que cae a continuación una lluvia de cantos y otra de higos, disparados por cristianomoros y campesinos. Roto el dique, la inundación es irremediable. "¡Al palacio de Arcos". Así grita el pescadero caudillo, y la muchedumbre, bramando de coraje y anhelante de venganza, se lanza en pos de él, excitándose con sus mismos gritos e impulsada hasta la locura por las campanas que tocan a rebato en una iglesia, sacudidas por frenéticas manos.

Las bien talladas puertas, cerradas herméticamente, saltan como si fueran de débiles tablas ante el empuje de la multitud, que extrañada un momento de no ser repelida por las armas, de no oír un solo tiro ni atisbar un solo arcabuz, se detiene un instante temerosa, en el regio zaguán. La suntuosa mansión parece abandonada; unos cuantos asustados servidores que el pueblo respeta, descargando su ira, con esa innata enemiga de todas las plebes contra lo limpio y lo brillante, en los inofensivos espejos que saltan en mil pedazos y en los muebles que que se estrellan en la calle, arrojados por los balcones. Y llegada la ola de "lazzaroni" al salón del trono, con Masaniello a la cabeza, pisando con sus pies desnudos en las mullidas alfombras, sucede inopinadamente una cosa extraña y singular en aquellos momentos de delirio: el pescador se para en seco, detiénese a su ejemplo, en firme, la exasperada turba, y con unánime impulso quítase todo el mundo el gorro ante el retrato, de negra ropilla, de Don Felipe IV, izado sobre el áureo solio, como para indicar que aquel tumulto, ocasionado por unos higos, nada tiene que ver con la católica majestad.

IV

El jardín del palacio de Arcos, en el que se celebra la gran comida de reconciliación entre el duque y el pescadero, sellándose así con el chocar de las copas el tratado de paz, que por la mañana ha sido leído en la Iglesia de Santa Clara, con asistencia del virrey español, el cardenal Filomarina y el propio Masaniello, que espada en mano ha ido explicando al pueblo cada uno de los artículos del pacto. La mesa, cubierta de níveos manteles y cabrilleante de fina vajilla de plata y diáfana cristalería, se ampara en la sombra de una frondosa alameda de gigantescos sicomoros, del sol de lumbre que llueve a raudales de un cielo bruñido y purísimo; el calor es asfixiante y la calma canicular abrumadora.

A no ser por el atezado rostro, curtido por la intemperie, nadie recono

EL PRECIO DE LA MANO DE OBRA



—¿Que no sirvo para nada? Acabo de ganar cinco pesos...
—¿Cómo?
—¡Clavando un clavo!

cería al pescadero Masaniello en aquella deslumbradora figura de apuesto noble, vestido de tisú de plata y aprisionado por la risada gola que ahoga su cuello, no acostumbrado siquiera al suave yugo de la camisa. Como virrey copartícipe se halla sentado entre el duque de Arcos y la duquesa, y frente a él, ocupa el otro lugar de preferencia su esposa, la desenvuelta fruterilla, al lado del cardenal Filomarina, bella y radiante dentro de su traje bordado de oro, un poco encogida en aquel concurso para ella inusitado de personajes, pero gozando de su encumbramiento y feliz de comer en los argentados platos los higos sorrentinos, que cinco días atrás pregonaba a grito pelado, cesto al brazo, por las calles de Nápoles.

En el rostro de Masaniello se pinta un abrumador cansancio. En cinco días que ya lleva de virreinato no ha parado un solo instante, no ha dormido un minuto, no ha probado alimento, no ha hecho más que beber limonada fresca. La tarea ha sido ímproba: ha revisado uno por uno todos los procesos de los presos existentes en las cárceles, antes de ponerlos en libertad; ha conferenciado varias veces con el duque de Arcos y con el cardenal Filomarina; ha improvisado un ejército, derrotando con sus milicianos a las tropas españolas llamadas a la población para combatirla; ha revisado y puesto en vigor la pragmática de Carlos V, suprimiendo los impuestos, y ha tenido hasta tiempo de salir ileso de un intento de asesinato, de una descarga de arcabucería, disparada a quemarropa por gente pagada por sus enemigos.

Su primer descanso era aquel festín regio, del que apenas pudo disfrutar. Llegada la hora de los brindis alzó su copa, puesto de pie, pero apenas la llevó a los labios cayó desplomado sin conocimiento. Un médico, llamado a toda prisa, diagnosticó un síncope producido por exceso de fatiga, con trastornos cerebrales. —¡La grandeza le ha hecho perder el juicio!—exclamó el virrey, con una intención más aguda que el filo de una daga.

Masaniello, en efecto, huyó del festín, sin sombrero, arrancándose la ropilla de tisú, vistióse en su zaquizamí de la plaza del Mercado sus rotos calzones de pescador y montando a caballo dióse a correr a galope, sin rumbo fijo, por toda la ciudad.

La voz fué unánime entre los comensales, atónitos al verle escapar de tal guisa: —¡Se ha vuelto loco! — El virrey no necesitaba matarle materialmente; moralmente, ya le había matado con semejante fallo, después de presentarle a los ojos del pueblo, claudicando aparentemente de su austeridad espartana ante los oropeles del poderío y las lisonjas de los cortesanos.

V

Aquel gobierno tempestad de Masaniello tenía que acabar forzosamente por un rayo. Con la misma velocidad de tromba que impuso su dominación, se desarrolló su epílogo.

Tres arcabuzazos certeros, disparados por sus mismos lugartenientes al salir de la iglesia del Cármine; su cadáver arrastrado, sin cabeza, por las calles de Nápoles, ante la indiferencia del pueblo que la víspera le aclamaba con entusiasmo; los restos arrojados a un foso y abandonados; los "lazzaroni" reaccionando, recogiéndolo arrepentidos, vistiéndole con un manto real y exigiendo que se le hicieran suntuosas exequias; el virrey accediendo, ante el temor de nuevas algaradas, y una vez enterrado como un monarca en la iglesia de Santa Clara, poco después de realizada la fúnebre ceremonia, una mujer vestida de negras ropas, una pobre joven que llora desolada, retorciéndose las manos de dolor, sin atender a las frases de consuelo del hermano del muerto y de los mercaderes, que se la llevan a puñados a su zaquizamí de la plaza balbuceando estas palabras desesperadoras, que brotan entre sollozos de aquellos labios rojos como un clavel del Vomero que una semana atrás besaba con pasión el virrey popular, al ver ahora a su paso las pilas de frutas de las puertas:

—¡Ah, mis cestos de higos sorrentinos, que ya no me traeréis la felicidad perdida!

Don Alfonso



Así lo ve García Cabral.

El frío artificial y los niños

En el Congreso del frío artificial celebrado en Tolouse, se propuso una interesante aplicación de la refrigeración.

Partiendo del hecho de que la mayor mortalidad de los recién nacidos se produce en las épocas de calor y teniendo en cuenta que el calor no sólo favorece las alteraciones de la leche y la reproducción de los microbios, sino que ejerce una influencia directa sobre el organismo, el doctor E. Apert, médico de los hospitales, opina que las habitaciones ocupadas por los niños de pecho, propensos o atacados de gastroenteritis, debe ser enfriada artificialmente, porque tan lógico es en patología como en fisiología enfriar las habitaciones en verano, como caldearlas en invierno. Por lo tanto, M. E. Apert recomienda que durante el verano se mantengan a baja temperatura los aposentos o las salas de hospital donde haya niños propensos a la gastroenteritis.

¿Acaso militó Lutero en las filas del "régimen"?

Es un hecho singular, pero perfectamente auténtico, que los animales salvajes profesan extraordinaria antipatía por la música del himno de Lutero. Un naturalista, queriendo convencerse de la veracidad de este fenómeno, dedicóse a cantar con voz tonante en un bosque el susodicho himno; los animales de aquel bosque eran sumamente dóciles, pues nunca habían sido alarmados por la detonación de una escopeta de caza.

Mientras el naturalista entonó otros cantares, las ardillas y los pájaros se acercaban a él, y sobre las ramas de los árboles escuchaban con deleite, moviendo sus lindas cabecitas; pero apenas comenzó el himno de Lutero, huyeron todos, cual a su nido, cual a su madriguera, para no reaparecer hasta que el observador cambió de música.

El experimento fué repetido en distintos sitios y en diferentes ocasiones, siempre con el mismo resultado.

Angel SORDELLI.

Colaboración espontánea

El beso de "una" boca

No he pedido a Fortuna la riqueza,
ni a Minerva pedí sabiduría,
que mi anhelo es más grande todavía
que el ansia de saber y de grandeza.

No pretendo de Venus la belleza,
ni de las Musas quiero la poesía,
ni a Adonis tampoco pediría
la eterna juventud y la guapeza.

Pues belleza y dinero no deseo.
¿Qué es lo que quieres pues, dirá algun feo,
si belleza y dinero es cosa poca?

Y le he de responder al majadero:
aquello que tú ignoras y yo quiero,
es el beso infinito de "una" boca.

Juan Carlos ZULOAGA.

El puñal

Para "Fray Mocho".

Es su hoja afilada de elegante silueta,
es su cabo de plata del labrado mejor,
un conjunto admirable forma el arma completa
magno como el amor.

Cuántos, cuántos, secretos esa hoja diría
si de carne tuviera el sagrado color;
tal vez con quieto gesto "ella" revelaría
que defendió al honor.

Es su vaina de cuero con contera de plata,
ella como el acero desconoce el temor.
Tengo escondida el arma en un cofre escarlata,
arca de mi dolor.

J. BALACH.

Tríptico del amor

Tu nombre

Románticamente te nominas Elsa.
Tan sólo tu nombre (y tu vida) riman con excelsa.

Tus ojos

Glaucos, hondos y serenos.
Almíbares y venenos.

Misterio del más allá,
en tus ojos se presiente.
Mi loca vida, quizá,
en ellos está pendiente.

Tu boca

Tu boca monopoliza
áureo tesoro sin par,
de canto, gorjeo y risa
cuando dice su parlar.

Anhelo ser millonario
de tu boca sin igual.

Oscar Bernardo MOYANO.

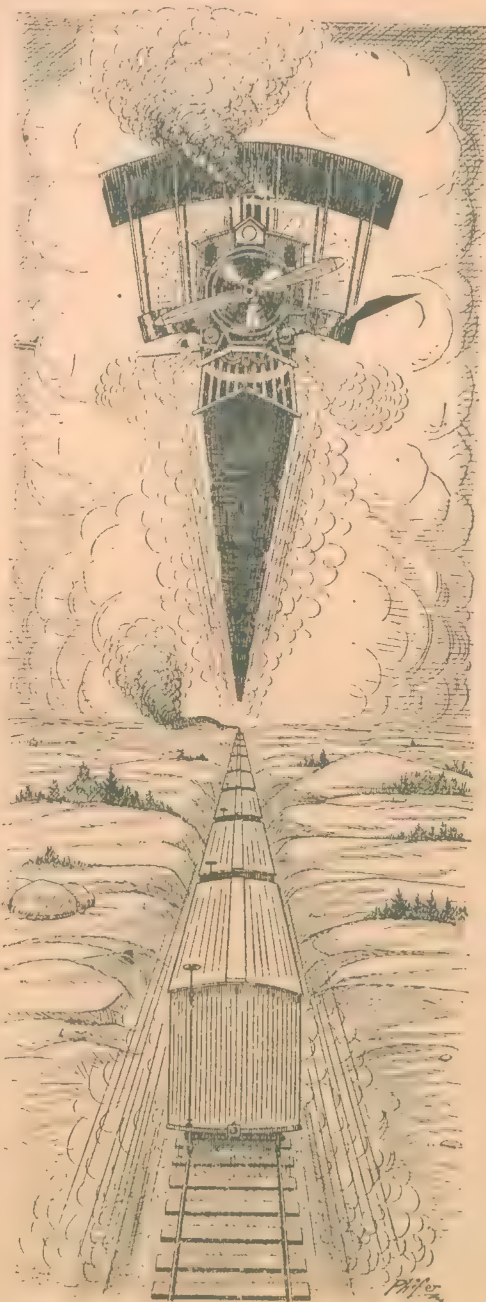
De mi tierra

(A Raúl Aphalo, afectuosamente).

Cuando tiende sobre el llano
la noche su manta bruna
¡lindo es ver brillar la luna
en la azulada región...
y ver a las blancas nubes
que impulsadas por el viento
bogan por el firmamento
como copos de algodón!

¡Lindo es ver de la laguna
cómo la linfa tranquila
bajo los astros rutila
cual una chapa de plata...
y escuchar, del pajonal,
el murmullo lastimero
que en las alas del Pampero
por los campos se dilata!

LA CIENCIA PROGRESA



Cómo se evitarán los choques en el porvenir

¡Lindo es aspirar los vahos
de perfumes naturales
que exhalan los pastizales
verdes, tiernos y tupidos...
y ver cómo se contemplan
los llorones sauces viejos
en los límpidos espejos
de los arroyos dormidos!

¡Y ver un gaucho que al par
de una guitarra vibrante
con honda cadencia cante
alguna canción nativa
en cuyos versos sencillos
se evoquen tiempos mejores
y palpiten los vigores
de la raza primitiva!...

Domingo F. ARIETTI.

Naufragio

Náufrago soy; que mi inexperta barca
impelida por recias tempestades,
fué a estrellarse en los fieros arrecifes
de turbulentos procelosos mares.

Sólo un milagro me sostiene a flote
sobre insegura rechinante tabla...
Fueron las tempestades, mis pasiones;
la débil barca naufragante, mi alma.

Teófilo C. CHIESA.

A mi hermano Hugo

(Soneto)

Si buscas como yo la gloria, acaso,
no te importe el furor ni el griterío
de la proterva turba que a tu paso
haga alarde de necio poderío.

Persiste, como yo, sin que se agote
la fe en el rudo batallar, hermano;
no porque el recio vendaval azote
ha de cambiar de rumbo el oceano.

Cuando al pasar, burlando tu derecho,
los necios quieran profanar tu idea,
deja que lleguen hasta ti. Tu pecho,

transformado en broquel, en la pelea,
será el enorme granital que ha hecho
reventar en espuma la marea.

Pedro RODRÍGUEZ ZUNINO.

¿Dónde vas?

Corazón, ¿dónde me llevas?
¿dónde vas que no me escuchas?
¿por qué con afán no luchas
y en libertarte no pruebas?
Yo no quiero que te atrevas
a soñar con la ventura...
Esa luz ya no fulgura
en la noche de mi vida;
es una estrella perdida
que encontró ya sepultura.

No pienses, no, corazón,
en obtener su cariño;
ella piensa como un niño
y no has de hallar compasión.
No escuches el suave son
con que pretende engañar,
si hoy dicha te quiere dar
mañana querrá intereses;
¡olvídala una y mil veces
si no quieres sollozar!

A vivir no me condenes
en un continuo martirio,
haz que cese tu delirio
y me colmarás de bienes.
Prevé sus fieros desdenes,
y olvídala, corazón...
tu humilde actitud depón,
álzate valiente y fuerte,
que sólo pueda la muerte
acabar tu rebelión.

Corazón, corazón mío,
desvíate del camino,
sé cual ígneo torbellino
o cual torrentoso río.
Avasalla con el brío
tu pretérita esperanza,
hacia nueva ruta avanza,
no pienses en el amor,
que sólo hallarás dolor
en donde su influjo alcanza!

Pascual A. DE VITA.

Media tinta

A don Martín Reibel. Médico.

Los montes azulean en las cumbres lejanas;
Las alondras regresan con sus vuelos planeados;
Y los recuerdos huyen—Pegasos alocados—
Al toque somnoliento de lúgubres campanas.

De la perdida sierra, regresan las aldeanas
Trayendo en sus espaldas, aduncas, doloridas,
Las nobles herramientas, en tanto las ancianas—
En el viejo rosario de las cuentas perdidas—

Deshojan oraciones, que van subiendo al cielo
Entre largos suspiros; mariposas de duelo,
Tristes reminiscencias que dan al corazón...

Vuelan las blancas brujas... se obscurece el ramaje...
Tras los lánguidos pinos, que ensucian el paisaje
Surge, eréctil, la luna, como una Anunciación.

Francisco ALEMAN.

CON SUS COSAS, BARRIGUETE, LA FAMILIA COMPROMETE













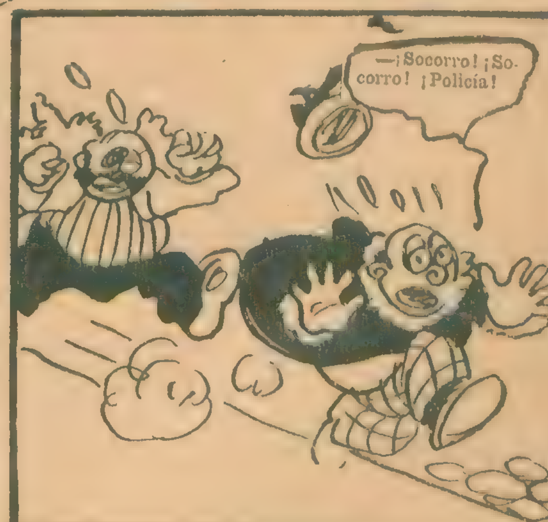












PARA LA GENTE DE CAMPO

Avicultura

ENFERMEDADES MAS COMUNES

Difteria.—Extraer las placas con una pequeña cureta o una pinza anatómica, tratando de no lesionar la mucosa bucal.

"Si las placas están en pequeño número circunscriptas", cauterizar la superficie en descubierto con los lápices de nitrato de plata, sulfato de cobre o sulfato de cinc o también con:

Nitrato de plata. . . 1 gramo
Agua destilada. . . 10 a 20 gramos

Tintura de yodo. . . . . . 20 gramos
Glicerina. . . . . 10 „

Acido crómico. . . . . . . 2 gramos
Agua destilada. . . . . . 10 c. c.

"Si las placas son muy numerosas y confluentes" la cauterización es contraindicada, en este caso es preferible usar los tópicos débiles:

Yodo metálico. . . . . . . 1 gramo
Yoduro de potasio. . . . . 2 „

Agua. . . . . }
Glicerina. . . . . } 20 c. c.

Cloruro de cinc. . . 1 a 3 gramos
Agua destilada. . 100 c. c.

Borato de soda. . . . . 6 gramos
Glicerina neutra. . . . . 100 „

Clorato de potasa. . . . . 10 gramos
Agua destilada. . . . . 100 c. c.

Separar los enfermos de los sanos, en paraje abrigado. Purgarlos con aceite de ricino (10 a 20 gramos por animal). Alimentos blandos y cocidos. Agua hervida.

Cólera.—El tratamiento curativo es incierto, no da resultados. Es indispensable atenerse al tratamiento profiláctico.

Medidas sanitarias

1.° En caso de epidemia, las aves no deben ser introducidas en un gallinero no infectado, sin antes haber sufrido una observación de varios días (5 a 10). Mejor sería suspender la introducción hasta tanto desaparezca la enfermedad.

2.° Si el cólera se ha declarado ya en el establecimiento, los animales deben agruparse en lugares cerrados ocupando el menor espacio posible. Se aislarán en lugares apartados los enfermos de los sanos. Los primeros se dividen en dos lotes; los muy graves que se sacrifican inmediatamente y los otros se agruparán en pequeños lotes a fin de que las medidas higiénicas tengan más eficacia.

3.° Desinfección del gallinero (paredes, techos, pisos, perchas, nidos, etcétera), con agua que contenga 50 gramos de ácido sulfúrico o sulfato de cobre por litro o acaroína al 5 por ciento. El suelo donde han permanecido los animales enfermos debe removerse y se desparramará una lechada de cal (5 kilos de cal viva por 100 litros agua) o regarlo con cualquier desinfectante de los indicados.

4.° La alimentación a todas las aves en general debe darse en recipientes limpios, debidamente desinfectados; agregar al agua que deben beber los animales 2 gramos de ácido sulfúrico, fénico o clorhídrico, por litro.

5.° Los animales muertos deben ser incinerados o enterrados profundamente, en el mismo sitio en que han muerto, si es posible. El hoyo que se practica para enterrar el cadáver se rellenará con cal viva. Es preferible la incineración por ser un procedimiento infalible para destruir el germen.

Vacunación. — Consiste en inyectar vacuna anticolérica a las aves con el fin de prevenirlas contra la enfermedad. Parece que ha dado buenos resultados en buenas regiones; conviene por lo tanto su ensayo. Se utiliza por lo general cuando la epidemia se ha declarado en la comarca, pero que en el gallinero cuyas aves se desean vacunar, no haya hecho su aparición todavía. Se practica en dos veces con la jeringa de Pravast. La primera vacuna se inocula debajo la piel del ala y la segunda se inyecta doce días después en el ala opuesta. La cantidad de vacuna que se emplea cada vez, es de 1|8 de centímetro cúbico.

Enteritis microbiana.—También llamada gastroenteritis colérica de las aves—curso amarillo—curso verde.

Algunos suelen confundirla con el cólera; sin embargo, su evolución es mucho más lenta y los caracteres de la diarrea son distintos. Además de la diarrea, esta enfermedad presenta un síntoma muy característico: la inmovilidad y el estado de estupor. Los afectados duermen constantemente.

En esta enfermedad es necesario aplicar estrictamente las medidas sanitarias aconsejadas para el cólera.

CLIENTE DIFICIL



—¿Lenguas? Jamás. No como nada que salga de la boca de un animal.
—Entonces tome usted un huevo.

Aislamiento de los enfermos y desinfección prolija de las instalaciones.

Los enfermos curan con relativa facilidad cuando se toma el mal en un comienzo y antes de que las lesiones sean irreparables.

Los enemas emolientes y desinfectantes dan buenos resultados: de lino, de almidón, de trigo, de tanino 1 por ciento, resorcina 1 por ciento, etc.

Desinfectantes en general del intestino y antidiarreicos: tanino, subnitrato de bismuto, salicilato de bismuto, benzonaftol, salol de 1 a 3 gramos por día.

Para combatir el abatimiento, administrar excitantes: alcohol, café, etc.

Agua hervida acidulada con ácido sulfúrico o clorhídrico (2 por mil). Alimentos blandos y cocidos.

Catarro contagioso.—(Coriza contagioso, moquillo).

Aislamiento inmediato de los enfermos en lugares abrigados. Desinfección de los gallineros (ver cólera). Alimentos cocidos, calientes si es posible. Excitantes: café, alcohol. Fumigaciones prolongadas (15 a 20 minutos) de:

Esencia de trementina } a. a. 50 gramos
Alquitrán vegetal . . }

Una cucharada de esta preparación en un litro de agua hirviendo.

Lavajes nasales por la hendidura del paladar, cada tres horas, con una jeringa a pico recurvado, utilizando las siguientes soluciones:

Gomenol. . . . . . . 1 gramo
Agua destilada . . . 500 c. c.

Yodo metálico. . . . . . 1 gramo
Yoduro de potasio. . . . 2 gramos
Agua. . . . . 50 c. c.

Tintura de yodo. . . . 10 gramos
Glicerina. . . . . . . 50 „

Si hay colección purulenta de los senos orbitarios, abrir con el bisturí y desinfectar con las soluciones arriba indicadas.

Si el ojo es atacado a su vez, usar los colirios indicados para las oftalmías.

Oftalmías.—Si es simple, es decir, que no hay formación de pus, lavar el ojo con una solución de ácido bórico al 5 por ciento o de biborato de soda al 1 por ciento.

Si es grave, usar cualquiera de los colirios siguientes:

Sulfato de cinc. . . 50 centigramos
Láudano de Zydenham. . . . . . . X gotas
Agua destilada. . . 30 c. c.

Sulfato de cobre . . 50 centigramos
Clorhidrato de cocaína. . . . . . . 10 „
Agua destilada. . . 100 c. c.

y lavar en seguida con:

Cloruro de sodio. . . . 7 gramos
Agua destilada. . . . . 1000 „

Oxido rojo o amarillo de mercurio. . . . . . . 2 gramos
Vaselina o lanolina. . . 40 „

Dr. C. Natalio LOGIUDICE.

LAS PLAGAS DE LOS OLIVARES

El olivo tiene muchos enemigos naturales entre los insectos y hongos. Entre los hongos que ocasionan más perjuicios tenemos el "Demotophora necatrix", el que ataca las raíces causando grandes perjuicios y hasta la muerte de los árboles. Los árboles atacados, al principio se muestran lozanos y dan una producción excepcional, pero luego empiezan las ramas a languidecer, se debilitan y finalmente se secan del todo. Es común en tierras húmedas. Se han buscado varios remedios, pero aún no se ha dado con nada que sea verdaderamente eficaz. El disulfuro de carbono es el que ha dado mejor resultado. El "Cycloronium oleaginum" ataca la parte exterior del olivo, manifestándose por manchas circulares grisáceas. También atacan al olivo "la negrura" ("Fumago vagare"), ("Fumago salicina"), ("Turala oleæ"), ("Capnodium elaephila"), berrugas ("Bacillus oleæ"), etc., que causan mucho daño.

Es del caso recordar que en las plantas no ocurre lo que en el reino animal. En el reino animal es posible curar enfermedades administrando los medicamentos del caso; pero en el reino vegetal no es posible hacer la curación una vez atacado el organismo por hongos o bacilos; lo único que es factible, es aplicar remedios preventivos, es decir, aplicar medidas profilácticas que alejen de las plantas los gérmenes nocivos.

Es siempre conveniente estar preparados contra estas enfermedades, pulverizando anualmente y a medida que lo requieran las necesidades todas las plantaciones, con cualquier fungicida, como el caldo bordelés, que se prepara de la siguiente manera:

Sulfato de cobre. . . . . 1 kilo
Cal viva. . . . . 1 ½ „
Agua. . . . . 100 „

Esta fórmula da espléndidos resultados cuando no hay fruta o está muy chica; pero cuando está ya grande y madura no puede empleársela porque la descolora. En tal caso, podrían emplearse pulverizaciones con carbonato de cobre amoniacal que es un fungicida activísimo y tiene la ventaja de no descolorar el fruto. Se le prepara de la siguiente manera:

Carbonato de cobre. . . 150 gramos
Amoníaco. . . . . 2 litros
Agua. . . . . 200 „

También atacan al olivo algunas variedades de insectos y cochinillas, como el "Lecanium oleæ", "Aspidiotus villosus", "Psylla oleæ", "Dacus oleæ", etc., que atacan las flores, los frutos, los retoños, las hojas, etcétera. Por regla general, puede decirse que aquellos insectos que chupan la savia del árbol pueden ser atacados eficazmente con substancias corrosivas que los ahoguen, tales como emulsiones de kerosene, acaroína neutra, polisulfuro de calcio, etc.

Algunas fórmulas usuales

Acaroína.
Acaroína neutra. . . . 15 litros
Agua. . . . . 100 „

Kerosene.
Kerosene. . . . . 10 litros
Jabón blando cal. . 1 o 2 kilos
Agua. . . . . 100 litros

Engrudo oleoso.
Harina común. . . . . 6 kilos
Kerosene. . . . . 3 litros
Agua. . . . . 100 „

Cal viva.
Cal viva . . . . 10 kilos
Azufre en polvo. . . . 20 „
Agua. . . . . 100 litros

Para los insectos que comen las hojas deben emplearse substancias que les sean tóxicas:

Arsénico de plomo . . 1 kilo
Cal viva. . . . . . . 1 ½ kilos
Agua . . . . 100 litros

Otra.
Verde de París. . . . . ½ kilo
Cal viva. . . . . 1 „
Agua. . . . . 100 litros

EN LUCHA CON EL OLVIDO...

EL MENSAJERO DE LA BUENA NUEVA

por Gontrán ELLAURI OBLIGADO



"...Si ha pasado a la historia el nombre meritorio del conductor de la noticia de "Chacabuco", bien merece una página de oro el que condujo la de la independencia del país..."
General Ignacio H. Fotheringham. (1)

¡La fecha ha pasado completamente olvidada! Cúmplese hoy el cuadragésimonoveno aniversario de la muerte del coronel don Cayetano Grimau y Gálvez, defensor de Buenos Aires, en 1806 y 1807, contra los invasores ingleses y guerrero de la emancipación americana, a quien entre otros méritos, cábele en gloria, cual el "heraldo de la buena nueva", el de haber conducido, desde Tucumán a Buenos Aires, los pliegos conteniendo la noticia de la sublime declaratoria de nuestra independencia, proclamada—como todos sabemos—por el histórico Congreso reunido en aquella ciudad, en la memorable sesión del 9 de julio de 1816 y jurada solemnemente el 21 del mismo mes, ante Dios y la Patria.

Cumpliendo un deber de justicia histórica, hemos creído oportuno publicar los breves apuntes que van a leerse, sobre la vida del ilustre guerrero, tanto como un tributo de cariño y de respeto a su augusta memoria, cuanto por levantar su nombre de entre las negras nebulosidades del olvido, en que por causas injustificables, yace sumido sin el homenaje a que, por sus servicios y virtudes, es acreedor de parte de las actuales generaciones.

He aquí, pues, aunque sucintamente, la talla moral de este prócer preclaro, digno de su patria y de su raza.

* * *

Nació en Buenos Aires, el 4 de marzo de 1795, siendo sus padres don Cayetano Grimau y Almirón y doña Esperanza Gálvez y Balbastro, de pura cepa española, y descendientes ambos de antiguas e ilustres familias de la Península, tronco de heroicos paladines.

Apenas terminados sus primeros estudios, muy niño aún,—pues contaba 11 años,—agredida y tomada nuestra capital por las armas británicas, en lucha entonces con la madre patria, sentó plaza como subteniente de artillería en el "Batallón de Jóvenes" que formó el benemérito don Santiago Liniers, asistiendo, en tal carácter, a



El coronel Grimau, según un cuadro al óleo antiguo, existente en el Museo Histórico Nacional.

las homéricas luchas a que dieron lugar la "Reconquista" y "Defensa" de la ciudad y expulsión del invasor, donde, por su comportamiento y arrojo, mereció las felicitaciones de su jefe y del excelentísimo virrey.

Disuelto su batallón, pasó en calidad de cadete al regimiento "Fijo de Infantería", que mandaba el coronel Durán, permaneciendo en él hasta que, por los acontecimientos motivados por la conspiración peninsular del 1.° de enero de 1809, su cuerpo fué extinguido, pasando en su misma clase, el 21 de julio de ese año, al regimiento número 3 de infantería "América".

Producido el movimiento emancipador de mayo de 1810, y animado, cual otros y no pocos jóvenes de su tiempo, del sagrado fuego del patriotismo, coadyuvó valientemente a sus ideales, reclutando un batallón de morenos de la parroquia de Montserrat, con cuyo cuerpo engrosó las filas de la primera cruzada libertadora al Alto Perú (Bolivia), en la que hubo de marchar al mando del brigadier general don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo; pero, acontecimientos imprevistos hicieron que quedara en Buenos Aires, para partir al poco tiempo con el cuerpo a que pertenecía, a reforzar las filas de los valientes sitiadores de la plaza fuerte de Montevideo, bajo las órdenes del general José Rondeau.

Allí, su actuación fué corta, aunque ocasión tuvo de mostrar su valor y cualidades de mando en las diversas comisiones que se le confiaran, lo que le valió ser promovido con fecha 1.° de diciembre de 1813, al empleo de subteniente de bandera del batallón número 7 y poco después, 9 de febrero de 1814, a teniente 2.° del regimiento número 8 de infantería, destinándosele a la campaña que, al mando del jefe de la división, coronel don Manuel Dorrego, se abrió contra Artigas, que por ese tiempo iniciaba sus prestigios de caudillo y valido de ellos convulsionaba algunas provincias del litoral. Por este motivo no le cupo la gloria de asistir al asalto y toma de la plaza de Montevideo por el general Carlos de Alvear, el 23 de junio de 1814, aunque mereció la medalla de plata que, con el lema: "La pátria reconocida a los libertadores de Montevideo, 1814", se acordó a los expedicionarios y el título de "Benemérito de la patria en alto grado", con que la Soberana Asamblea General Constituyente aclamó en su sesión de fecha 27 de agosto, "a los valerosos vencedores en Oriente".

Regresado de aquella expedición, pasó al poco tiempo a la campaña sobre Santa Fe, en clase de ayudante mayor del regimiento número 8, del que era jefe el mismo coronel Dorrego, tomando parte en todas las escaramuzas y combates que se libraron en aquélla, hasta el año 1815, en que Artigas, deshecho, traspuso la frontera del Brasil, abandonando el campo de operaciones, lo que importaba su dominación.

Más tarde, y desde el mismo campamento, se le comisionó para conducir importantes pliegos cerca del comandante en jefe del ejército expedicionario en el norte, brigadier general don Manuel Belgrano, y a su regreso, de esta larga y penosa travesía por el desierto, el Soberano Congreso que existía en la ciudad de Tucumán, se sirvió distinguirlo con la honrosa, cuanto delicada misión, de conducir ante el gobierno interino de Buenos Aires, ejercido por ausencia del director Pueyrredón, por la "Excma. Comisión Gubernativa", compuesta por don Miguel de Irigoyen, don Francisco Antonio de Escalada y don Manuel Alejandro de Obligado, los pliegos que contenían la sublime noticia de la declaratoria de nuestra independencia; comisiones, ambas, que, cumplidas con entereza y patriotismo, le valieron ser recomendado en la "orden del día", por decreto del entonces director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata brigadier general don Juan Martín de Pueyrredón.

Posteriormente, cuando el peligro de la anunciada venida al Plata de la formidable expedición de Morillo, fué comisionado por el directorio, junto con el teniente coronel don José Olaguer, para reclutar y disciplinar 4000 morenos, que entregados que hubo listos a los tres meses, le valió ser felicitado por la superioridad y promovido al empleo de capitán graduado, con fecha 18 de febrero de 1818.

Ocupó luego diversos cargos, entre ellos, el de ayudante del jefe de la "Brigada Patricia", brigadier general don Juan José de Viamonte, en cuyo desempeño fué herido gravemente en una pierna, cuando los sucesos anárquicos del año xx, con motivo de la entrada del gobernador de Buenos Aires, general Martín Rodríguez, a sangre y fuego, a la plaza de la Victoria, circunstancia por la que hubo de alejarse del servicio.

Restablecida, empero, al poco tiempo, su salud, volvió a las filas, siendo destinado a la disciplina del "Cuerpo del Orden" de la capital.

En 1826, declarada la guerra con el imperio del Brasil, ya capitán de granaderos, con grado de sargento mayor, a que fuera promovido por sus remarcables servicios, con fecha 10 de junio de ese año, fué designado para el cargo de jefe de todas las fuerzas de infantería de línea a bordo de la escuadra al mando del almirante don Guillermo Brown.

Del honor y bizarría con que se desempeñó en los combates navales que se trabaron con el enemigo entonces, prueba fehaciente son, los certificados que, por su propia voluntad, le expidió el almirante Brown, como así los generales Lamadrid y Martínez, y los coroneles Arenas y Garmendia (2).

Poco tiempo después, el 18 de noviembre del mismo año, resentida seriamente su salud, por lesiones recibidas en la guerra de la Independencia, solicitó y obtuvo su separación del servicio, retirándose a su hogar, para dedicarse a la educación de su numerosa familia (3), y a la administración de su patrimonio, ya casi consumido por donaciones patrióticas,

(1) Fragmento de la carta dirigida al autor de esta reseña, con motivo de la publicación de su obra: "Descubrimiento Histórico: Quien condujo la noticia de la Independencia Argentina". — (Bibliotecas Nacional y del Museo Mitre).

(2) Estos documentos se encuentran archivados con el petitorio de pensión presentado hace algunos años por sus deudos, al honorable congreso de la nación.

(3) El coronel Grimau era casado con doña Agustina Gamboa y Piñero, de ilustre y rancio abolengo. De esta unión nacieron los siguientes hijos: Cayetana Grimau de Molina, Aurora, Mercedes, Agus[illegible] Leandro, Carolina, Máxima Grimau de R[illegible] [illegible] una raza que se va. [illegible] mento, se va!...

y por el abandono a que su carrera y deberes le obligaron.

En 1827, y en premio a los meritorios servicios prestados a la patria, mereció que el coronel Dorrego, a la sazón gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, le enviara, a su propia casa, los despachos de teniente coronel efectivo y coronel graduado del ejército.

Permaneció alejado, en su retiro, de todas las luchas partidistas que dividieron a la familia argentina en dos bandos, cuyos antagonismos serían desgraciadamente funestos para el país.

Mas, su espíritu inquieto y aventurero, no podía resignarse a la inacción, y es por ello que, cuando la exaltación del flamante "Héroe del Desierto" al poder con "facultades extraordinarias", y su conducta despótica e ignominiosa, alistóse, como otros tantos esclarecidos ciudadanos, en las filas del "partido unitario"; y, dispuesto a prestarle el concurso de su modesto auxilio, tomó parte en la conjuración del año 1839, cuyo propósito era poner una valla al absolutismo y la sucesión en el gobierno, después de diez años, a don Juan Manuel de Rozas.

Con ocasión de esa conjuración, que fracasó, y a la que se sacrificaron las vidas del doctor don Manuel Vicente Maza, presidente, entonces, de la Honorable Sala de Representantes; de su hijo, el coronel don Ramón Maza y de los jefes del alzamiento del sur de la provincia de Buenos Aires: Rico, Castelli, Zelarrayán. Crámer, Ramos Mejía y otros, se capturó la parte muy principal de los patriotas que abrazaron con entusiasmo la noble causa.

Entre éstos, cúpole esa suerte, siéndole confiscados sus bienes, al coronel Grimau, quien fué conducido preso a la cárcel de Buenos Aires.

Recuperada, no obstante, la libertad, por uno de aquellos rasgos incomprensibles del tirano, y a pesar de las "seguridades" que se le prometió, consiguió burlar la vigilancia severa de los esbirros de Rozas, y se embarcó, a bordo de un buque francés, para Montevideo, de cuya ciudad pasó al Brasil, donde fijó su residencia.

Antes de emigrar había enajenado una finca, para con su producto coadyuvar al armamento y sostén de los ejércitos unitarios libertadores.

Derrocado el tirano por el glorioso y transcendental triunfo de Caseros, el 3 de febrero de 1852, regresó al país, dedicándose de lleno a la administración de sus bienes.

Falleció este leal servidor y benemérito de la patria, víctima del terrible flagelo de la fiebre amarilla, del que fué una de sus primeras y más sensibles víctimas, el 7 de abril de 1871, a los 76 años, 1 mes y 3 días de edad.

En la inhumación de sus restos, verificada en el cementerio de la Recoleta, donde se hallan sus cenizas, el superior gobierno, haciendo obra de justicia y deseando rendir su tributo al benemérito adalid de las cruzadas libertadoras de la patria, decretóle honores correspondientes a la jerarquía de coronel efectivo, con mando de fuerzas.

Como queda visto, bien merece este modesto tributo—que digno de mayor homenaje es, por cierto, el invicto "mensajero de la buena nueva",—al cumplirse este nuevo aniversario de su deplorada desaparición. Y ya que no para otra cosa (4), sirvan estas mal pergeñadas líneas, siquiera, al menos, para que las frígidas aguas de Leteo, no crucen, hoy, silenciosas sobre su tumba olvidada.

(4) Hace pocos años, en mi carácter de presidente de la comisión de homenaje a la memoria del prócer, y con motivo de poner de resalto, por primera vez, (véase mi obra ya citada y "La Razón" de fecha 8 de julio de 1912), los servicios y méritos del coronel Grimau y Gálvez, solicité del a la sazón ministro de guerra, general Angel P. Allaria, la donación de una placa de bronce para ser colocada en el sepulcro que guarda sus restos; pero, el ministerio me contestó, en nota oficial que tengo a la vista, que ello no era posible por falta de fondos, circunstancia ésta que hizo malograr el patriótico propósito, como se malogran la mayor parte de las veces, desgraciadamente, todas las iniciativas nobles en nuestra patria.

La memoria de las gallinas

Con el fin de averiguar si las gallinas tienen memoria, un naturalista ha realizado largas investigaciones. Es indiscutible que las gallinas poseen cierto sentido de la costumbre que puede pasar por una memoria embrionaria. Estos volátiles, como todas las aves de corral, saben irse a dormir todas las tardes al mismo sitio del gallinero y acudir a la hora de la comida al sitio donde se acostumbra a darles su pitanza, pero hasta ahora podía dudarse de que fuesen capaces de un esfuerzo intelectual más intenso.

Para aclarar esta duda, el naturalista a que hemos hecho referencia ha empleado un medio bastante ingenioso. Para llevar a cabo la experiencia, el experimentador pegó con goma en un cartón unos cuantos granos de arroz diseminados y echó por encima unos cuantos granos de trigo, éstos sin goma. Luego presentó el improvisado plato a una gallina, la cual comenzó a picar inmediatamente, pero como es natural, sólo podía coger los granos de trigo, porque los de arroz estaban muy bien pegados al carton. Al cabo de cierto tiempo la gallina se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos y renunció a los granos inexpugnables, para atacar sólo a los de trigo.

Al día siguiente se le presentó el mismo plato de comida y la gallina, acordándose de lo ocurrido el día anterior, ni siquiera intentó tocar los granos de arroz. Esta es una primera prueba de memoria, a la cual siguieron otras. Se colocó el trigo en líneas regulares sobre un cartón pegando un grano sí y otro no, y después de nuevas tentativas infructuosas de la gallina para coger los granos pegados, se acostumbró a tomar uno sí y otro no, sin equivocarse.

Iguales resultados se obtuvieron con otras combinaciones más complicadas, y la gallina calculadora aprendió a tomar un grano de cada tres, y luego un grano de cada cuatro.

Un hecho característico es el que la gallina recordaba mejor la lección cuando se dejaban transcurrir varias horas entre cada ejercicio, como si el ave necesitase tiempo para reflexionar antes de comprender.

El cerebro cuya capacidad de comprensión se ha tratado de determinar no es absolutamente indispensable para la vida del ave, puesto que se ha podido quitar a una gallina su masa cerebral sin que muriese. Con la extracción del cerebro quedaron abolidos todos los sentidos que la ponían en comunicación con el mundo exterior; la gallina no oía, no veía, no podía comer ni moverse, pero a pesar de todo vivía.

De tierra adentro



Paisaje en el Chaco Austral.



En la cocina de los peones de la estancia, esperando que aclarara un poco la madrugada obscura y fría, mateaba la peonada, sentada sobre rústicos banquitos de ceibo y cabezas de vaca, alrededor del fogón que ardía en el suelo.

Eramos hasta nueve: el capataz, el peón casero, un negrito—el cebador del clásico mate—un viejo ''puestero'' y su hijo, tres peones, simpáticos tipos de criollos, y yo, que por curiosidad había madrugado y formaba en la rueda.

Con la puerta cerrada, el ambiente se hacía pesado entre el humo del tabaco, del chicharrón que chillaba entre las brasas y de algún mataojo un poco verde. Al negrito cebador de mate le alumbraba un candil de aceite de potro, cuya luz nacaraba la blancura de sus dientes cuando reía sonoramente de los chistes que se narraban.

El viejo puestero que tenía fama de decidor y jaranista, había callado, como si hubiese terminado su repertorio. Casi todos habían hecho desfilar las figuras caricaturescas de gallegos y cocoliches a través de sus cuentos risueños.

Un paisanito bajo y desmedrado que había estado silencioso y muy serio, como en una preocupación profunda, le dijo al capataz:

—Cuente, don Bauche, lo que le pasó en la picada ''el muerto''.—Todos callaron. A la sola evocación misteriosa pareció que había corrido un escalofrío de terror entre aquellos hombres fuertes y rudos, que hacía un momento reían alegremente.

En la negrura de la cocina ahumada, rodeando el fuego que les recortaba en perfiles violentos y precisos, dando como pinceladas rojas en uno u otro lado de los rostros bronceados, parecía aquello un extraño conciliábulo.

Todos mudos aguardaban con esa ansiedad mezclada de temor que se experimenta cuando se va a oir una narración casi inverosímil, pero a la que la convicción del paisano le da visos de verdad.

Afuera graznó una lechuza con su graznido agorero. Alguno se santiguó. En la supersticiosa costumbre tradicional, el negro cebador de mate masculló un ''cruz diablo''.

El capataz era un hombre hercúleo, de negros ojos vivos, de miradas penetrantes y de cara simpática, a pesar de la rigidez cerdosa de sus bigotes y su barba, que le delataban la procedencia indígena. Tosió mi hombre, luego su voz, que tenía inflexiones rudas, se dejó oir sonora en la mudez de la negra cocina, ante el auditorio mudo.

Aquella gente había oído muchas veces quizá el mismo cuento, pero guardaba un religioso silencio, como en la solemnidad de un rito tradicional; y algo de eso hay, porque el paisano sencillo y franco y un poco soñador y romántico, salpica siempre sus veladas con cuentos fantásticos o con las leyendas populares de las ''ánimas'' o los ''bobisones''.

El capataz decía:—Ustedes me conocen; sabrán si tengo miedo.

Le interrumpió el paisanito que le había pedido el cuento, haciendo una especie de saludo militar:

—Mi sargento, yo que lo vide en una carga como la de Tupambué, puedo decir que el miedo cambia e rumbo cuando lo ve venir a usted.

El capataz sonrió satisfecho y halagado, y prosiguió:

—Güeno, jué cuando se enfermó el hijo del patrón; había que dir hasta lo del médico; era caso de apuro; pa cortar camino ahí estaba la picada, como ofreciéndose; había oído decir muchas cosas de la picada, pero ¡bah! iba bien montao y no se me caiba el facón de la cintura. Me dieron el encargue de boca y galopié en la noche, que estaba negra como alma e malevo. Ustedes saben que la picada tiene ese nombre, porque en ella mataron aquel turco pa robarle las baratijas. Jué en una noche de invierno como la de mi cuento y como ésta. Decían que salía el gringo sin cabeza, y hablaban de una mujer de blanco que se les enancaba a los que pasaban... Cuando me iba arrimando, de lejos, vide unas lucecitas que corrían po el suelo; esó hay siempre donde hay dijuntos enterraos. No tenía miedo, pero empecé a pensar en lo que se decía e la picada. El ruido e las patas del caballo en las piedras aquellas antes de llegar a la isleta e los ceibos, me parecían quejidos y voces; sereno todavía refrené de golpe el caballo q'era el lobunito cruzao; escuché... y nada, el caballo se espantó y quería recular. Yo debía e tener los ojos como los de lechuzón de abiertos, sentí un frío en la nuca que me bajaba po el espinaso y donde el sombrero me apretaba la frente. Me parecía oir quejidos otra vez, y dije: el viento. Espolié el caballo y mañereaba pa entrar, después vide una sombra que no se distinguía bien, que lo agarró e la rienda. Yo quise hablar y tenía las carretillas duras. Pensé ponerme el cuchillo entre los dientes y no pude, se me paró el pelo, me zumbaban los oídos, sentí que el caballo bufó y tembló todo, cerré los ojos, y asina vide como una mujer de blanco se sentaba en l'anca del animal, aquella mujer era fría como la muerte, creo que me abrazó, y sentí el frío de la escarcha cuando ha helao, que se me metía por los güesos, se me acabaron las fuerzas... Cuando me encontraron al otro día, una legua pa bajo e la picada, dentro del agua, tenía un pedazo e género blanco en la mano. Cuando el dotor supo lo que me había pasao se rió, como se ríen todos los puebleros.

(Al decir esto, me miraban con manifiesta agresividad.)

''Dijo que el caballo, después de la espantada, habría entrao en l'agua, que la mujer que me abrazó sería algún sauce llorón mojao, y q'el frío era del agua del arroyo...

El capataz calló. Todos miraban a la puerta y a los rincones obscuros de la cocina, donde dormían las sombras.

Rompió el silencio la voz del viejo puestero:

—El dotor lo arregla muy bien, pero ¿y el pedaso e género blanco q'éste tenía en la mano? Eso era del vestido e la mujer.

Y replica uno de los peones con voz llena de convicción:

—No hay güelta.

Afuera, ahulló larga y tristemente un perro... Los tizones se llenaban de ceniza. El candil se apagó tras de tres o cuatro parpadeos, que achicaban o agrandaban las sombras de los hombres mudos sobre las paredes negras.

Se entreabrió la puerta, todos miraron estremecidos; era un perro viejo que entró meneando la cola.

Por la puerta abierta se veía el campo débilmente aclarado por una luz azul lechosa...

El capataz, y como si arrastrara las palabras, pronunció: ''Viene el día, vamos.''

Todos salieron rápidos, silenciosos, mirando para atrás, como huyendo del miedo que se había venido a sentar en la rueda del fogón.

—Al ratito, el anillo del horizonte empezó a teñirse de púrpura, y las nubes, rebosantes de colores rosados, parecían los mensajeros alegres del astro que se iba aproximando para inundar de luz la tierra.

Los peones, al sentirse en pleno campo, se desperezaron con rumor. Algunos se encaminaron al redil para dar salida a la majada; otros enderezaron hacia el potrero, donde los animales corcoveaban bajo la caricia vibrante del ambiente electrizado. La vida se desplegaba como un firmamento diáfano. A la caricia de aquella luz, de aquella aurora pujante que suplía a las tinieblas de la noche, la mente recobraba su serenidad despejándose de aquellos pensamientos tétricos que parecía tener su larva en lo invisible.

El capataz experimentó un cambio repentino al sentir sus pupilas anegadas de luz. Aquello de las lechuzas y de los graznidos fué perdiendo insensiblemente los contornos lúgubres que tanto le había impresionado pocas horas antes. Ni el mismo, ahora, se explicaba cómo había podido estar bajo la impresión de un recuerdo.

El pecado de comer

Hay muchos pueblos que consideran el comer como una cosa fea. Un notable explorador, Karl von der Steiner, refiere que los indígenas de las selvas sudamericanas le miraban como un hombre mal educado porque comía en presencia de los demás. Entre los esquimales, los hombres comen separados de las mujeres, y hasta emplean diferentes platos. Aun en los pueblos cultos, estando comiendo no se reciben más visitas que las de mucha confianza; está mal visto hacer pasar una visita de cierta etiqueta al comedor, mientras que nadie se avergüenza de recibir en su estudio o en su cuarto de trabajo, ni de ser sorprendido por el visitante en medio de los quehaceres habituales.

Estas costumbres se relacionan probablemente con una idea primitiva de miedo a los malos espíritus durante el acto de comer. Este miedo envolvía siempre el temor al mal de ojo. Recuerdo de tales supersticiones es nuestra frase: "Que aproveche", que dirigimos al que está comiendo, frase que en sus orígenes demostraba la ausencia de malos deseos por parte del visitante hacia el que comía. En Alemania, cuando alguien va a beber, los que están presentes exclaman: "¡Prosit!". Esta forma verbal latina, que viene a equivaler a nuestro "Que aproveche", se entiende hoy como la expresión del deseo de que la bebida siente bien, pero en un principio denotaba la esperanza de que el líquido no estuviese embrujado. Es muy posible que los adornos de los platos y los vasos tuviesen en un principio el valor de amuletos contra los malos espíritus; los antiguos adornaban con frecuencia estos objetos con figuras de dioses o de animales sagrados, y en la Edad Media se ponían en ellos imágenes piadosas.

Cuando el miedo a los demonios fué pasando, la costumbre de comer en privado originada por dicho miedo vino a convertirse, por la fuerza del hábito, en una prueba de buena crianza.

Román RODRIGUEZ DE VICENTE Y PEROJO.

Cuando la unidad italiana era una aspiración casi procesable, sus partidarios se valían del nombre de Verdi para extenderla. Por una rara coincidencia, todas sus letras eran iniciales de la aspiración: Victor Emmanuele Re D'Italia.

La novelesca desaparición de la millonaria Juana De Kay

¿Qué había en la carta que Juana De Kay, desaparecida heredera de Chicago, escribió a su padre John W. De Kay, multimillonario americano, magnate de los negocios, capitalista, poeta conocedor en Bellas Artes, aventurero, viajero y socio de testas coronadas, conocido en México por el "Rey de los Empacadores", y en Francia como "uno de los más distinguidos miembros de la colonia de refugiados en París por los perjuicios de otros países".

¿Por qué el padre riquísimo, imposibilitado de regresar a su patria por los cargos presentados contra él en Rhode Island como autor de fraudes a los bancos mexicanos, cablegrafió a su hijo y a su hermano, al tener conocimiento de la desaparición de Juana: "Muy inquieto. Juana confiada a una dama rumana. Alto"?

Y, finalmente, ¿qué ha sido de la hermosa Didy Salter, de Bucarest, Rumania, notable soprano y pintora, que acompañaba a Juana y a su hermano John, jr., desde Europa verosímilmente la dama rumana a quien se refiere el viejo De Kay en su cable, desde Lucerna?

Mientras estas preguntas no sean contestadas, la desaparición de Juanita De Kay seguirá siendo un misterio, un rompecabezas para los "detectives" de Burns, los agentes de Hull House y la policía entera de los Estados Unidos.

Desde que salió de Hull House, llevando por todo equipaje un cepillo de dientes, un billete de dos dólares y la decisión de "encontrar un empleo donde pudiera ser útil", ninguna huella se ha encontrado de la desaparecida. Mientras su hermano, su tío y otros parientes se lanzan en una busca infructuosa, la niña permanece invisible, tan invisible como la famosa Dorotea Arnold, que salió de su casa en Nueva York para ir de compras y nunca más se le volvió a ver.

Tres hipótesis pueden hacerse:

1)—El Suicidio. La muchacha maduró su plan debido a que las viruelas habían marcado la belleza de su rostro, aunque también se ha insinuado que la niña había tenido alguna desgraciada aventura de amor con un soldado americano en Europa.

2)—Desaparición voluntaria. — En Hull House se dice que la niña había manifestado su cansancio y fastidio de una vida de comodidades y de inactividad y deseaba ganar su vida en algún empleo que la hiciera útil a la sociedad. Se supone, dentro de esta hipótesis, que ella voluntariamente se ha escondido para seguir su vida sola.

3)—Secuestro. — La policía piensa que es posible haya sido secuestrada para exigir rescate por ella, conocida como es la riqueza de su padre.

4)—Complot internacional.—En Nueva York se rumora que la misteriosa Didy Salter era un agente del servicio secreto de algún gobierno extranjero y que ha ocultado a la señorita De Kay por razones especiales.

John, el hermano de Juanita y su tío Henry De Kay, que dirigen desde Chicago las pesquisas, creen que la niña será encontrada viva. Una misteriosa voz de mujer hizo saber a la policía de Nueva York que Juana vivía y se encontraba bien de salud.

Sobre estos misterios sobrevino otro, cuando se anunció que el hermano había desaparecido también, pero tras unos días de silencio se presentó de nuevo en Chicago, diciendo que se había ocultado para escapar a los interrogatorios impertinentes.

La policía de Chicago piensa que Juana se ha suicidado. Ha buscado las huellas del supuesto amor en Francia. En cambio, el hermano, que hizo con ella el viaje, descarta la idea de la aventura de amor. Dice lo siguiente: Hace algunos años, cuando vivíamos en México con mi padre que organizaba entonces la Compañía Empacadora Nacional Mexicana, Juanita fué atacada de viruela. Su rostro quedó indeleblemente marcado. Juana ha hecho todo lo posible para quitar esas marcas. Era una bella muchacha y se sentía tan afectada por aquel defecto que una vez la sorprendimos tomando el ácido que empleaba para su rostro, con la idea de suicidarse. Se transformó en una niña solitaria, siempre hablando de su desgracia. Juana nunca tuvo novio; por el contrario, desde entonces huyó de la sociedad de los hombres creyendo que les era desagradable. El hermano cree, como otras personas, que su hermanita se ha ido a ganar su vida en algún rincón ignorado. Aun cuando Juanita tenía todas las facilidades para el lujo que su riqueza podía darle, siempre se manifestó inclinada a los vestidos humildes y sencillos. Poco tiempo antes de desaparecer, tomó en Hull House el puesto de un criado que se había separado, y que tenía a su cargo el limpiar la biblioteca. Se compró delantales, todo lo necesario y se dedicó afanosamente a los trabajos caseros. Contrasta su vida en Hull House con el lujo con que vivía en otras partes. En Londres la casa de De Kay estaba en Regent's Park y para juzgar de ella basta saber que De Kay la aseguró en... 55.000 dólares. De Kay posee otra casa en Auteuil, llamada la Villa Montmorency. Ultimamente vivían en Suiza, en una hermosa quinta de Lucerna.

¿Por qué habiendo vivido así esta niña desea hoy lanzarse a la "lucha por la vida", de manera obscura? El hermano contesta: "Porque se creía fea y buscar un lugar donde pase desapercibida."

Pero la policía se pregunta: ¿es acaso hora a propósito para ir a buscar empleo las nueve de la noche, y llevando un cepillo de dientes? En efecto, fué a esa hora cuando salió de Hull House el 30 de diciembre.

La rica heredera desaparecida tiene 20 años. Su cabello es castaño claro, y parece rubia. En su rostro se miran muy notables las cicatrices de la viruela, principalmente al lado derecho de la frente, donde tiene una muy grande.

Juanita habla el francés perfectamente, aunque con marcado acento inglés. Tiene los ojos azules, de una gran belleza de expresión, que contrastan con su rostro marcado, de muy bello color por lo demás. Es una muy buena andarina, y está fuertemente constituída. Cuando salió de Hull House llevaba un vestido verde azulado, y un sombrero de piel de Angora blanco con adornos rosa.

Juan De Kay agrega al estado de su hermana: "Sabía que iba a volver a mi país, entonces sugirió la idea de venir a Chicago. De Nueva York vinimos directamente a Chicago y a Hull House.

La creencia de que la heredera desaparecida se ha ocultado voluntariamente es la de la señora Gertrudis Hower Briton, de Hull House, y muy próxima amiga de Juanita De Kay.

Estoy cierta, dice, que la muchacha no regresará. Muchas veces repitió que se interesaba por trabajar para la sociedad. Decía que quería trabajar con sus manos e ingresar, primeramente, a un hospital. La noche del 30 de diciembre regresó de visitar el hospital Presbiteriano y se vistió para la cena. Después de esta se retiró a su departamento y nadie supo más de ella.

Antes de salir de Hull House Juanita escribió una carta para su padre. Se cree que esta carta pueda dar alguna luz en este misterio. El registro hecho en su cuarto demostró que sólo se había llevado un cepillo de dientes y dos pesos. Ni su abrigo, ni su impermeable se los llevó.

Juana y su hermano llegaron a Chicago dos días antes de Navidad. Las investigaciones hechas por la policía demuestran que la primera noche se alojaron en el Hotel Marion. Juana partió al día siguiente y el empleado recuerda que estuvo golpeando con el dedo sobre la mesa con visible nerviosidad.

Otra teoría, que contradice a la de la policía y la de los detectives, es que la joven heredera ha sido secuestrada y no será puesta en libertad sino hasta que su padre pague por ella un crecido rescate.

La cuarta teoría, es decir, la que presupone un complot internacional, nació a propósito del misterioso asunto de las no menos misteriosas "Damas Rumanas".

Siguiendo las huellas del barco en que Juanita De Kay y su hermano volvieron a los Estados Unidos en el mes de diciembre, resulta que es el barco italiano "Duque de Aosta", que llegó a Nueva York el 19 de diciembre.

Con la señorita De Kay y su hermano no venía la señora Salter, de Bucarest, Rumania, y su hija Didy.

Cuando se notó la ausencia de Juana De Kay, varios días después de su llegada a los Estados Unidos, la poli

PEON AMABLE



Cómo ayudó a la señora Papafrita para que no perdiera el tren.

CALMA

Calma trasunta la belleza suma.
La calma del crepúsculo muriente
y el ritmo caricioso de la fuente,
en nada comparándole le abruma.

Calma, es la suave idealidad del alma
cuando en busca de ensueños se recrea;
el genio encantador que amable crea
y qué al amor, súbitamente ensalma.

Calma es más; representa una chiquilla
coqueta, casquivana y caprichosa,
las mejillas de nácar y de rosa
y con mieles y aroma en la boquilla...

Tiene los ojos tal que una gacela
suspensa en el pentágrama del celo;
pupilas de un subido terciopelo
tirando a gris en misteriosa estela.

Y tiene mil primores por encanto,
la nariz rectamente perfilada,
cabellera en la nuca recortada
tan densa y negra como un negro manto.

Hay en su gracia realeza suma,
espíritu virtual que le hace bella;
y en su aire de cándida doncella
la refracción solar sobre la espuma.

Ella es la musa de la estrofa mía,
pulsa con fe la cítara y la tañe
y no hay dolor que su beldad no engañe
y no hay placer igual que su alegría!

Ricardo BUCCICARDI.

cía se puso en busca de las dos damas rumanas. Pero con gran sorpresa se supo que la mayor, o sea la madre, había regresado a Europa casi inmediatamente. La joven Didy no ha sido encontrada tampoco. En Chicago se ha hablado de una misteriosa desaparición de tres valiosísimas pinturas, entre ellas un Van Dyck.

La policía logró localizar en Nueva York a un primo de la señorita rumana Norman Salter, quien dice que la señorita Salter le había comunicado sus intenciones de disponer del cuadro de Van Dyck. Se hizo público también el hecho de que el padre de la señorita Salter había muerto hace un año en Bucarest y que la familia, debido a la guerra, había quedado en difíciles circunstancias. Fué entonces cuando decidieron vender esos cuadros. El primo de Didy rió de la idea de que su prima fuera agente de algún servicio secreto extranjero.

Pero es el caso que la policía de Nueva York no ha encontrado huella ninguna de las pinturas que se dice traían las Salter. Las dos damas rumanas vivieron por algunos días en el Hotel Teresa, en la parte alta de Nueva York. Y después tomaron un departamento en la calle cuarenta y dos, en el Hotel Manhattan, pero nunca se presentaron en él. En cambio de esto, la madre regresó a Europa y la hija ha desaparecido.

Fué en estos momentos cuando la policía interceptó un cablegrama dirigido al hermano de Juanita. Provenía de Lucerna, y entre otras cosas decía: "Muy inquieto, Juana confiada a dama rumana. Alto".

Este "Alto", puede ser la forma usual con que se cierran los párrafos en los cablegramas. Pero la policía hállase inclinada a creer que significa algo más que eso. Se ha hecho todo lo posible para encontrar a la bella señorita rumana y a sus preciosas pinturas, pero ni una ni otras han dejado huellas de sí.

Por una extraña coincidencia, Didy Salter desapareció al día siguiente en que Juanita De Kay desaparecía de Chicago. En sus pesquisas, la policía de Chicago encontró una carta de Didy Salter a Juanita en la que le rogaba no dijera nada de los cuadros.

Ahora bien, ¿qué secreto había entre la señorita Salter y la señorita De Kay? ¿Por qué le hablaba una a otra de esos cuadros? ¿La desaparición de Didy Salter está relacionada con la desaparición de Juana De Kay? Estas preguntas se las repite sin hallar respuesta la policía.

Entretanto, la atención pública ha vuelto a fijarse en el padre de la heredera y se recuerda su pasado. De editor de un pequeño periódico en Waukegan, Illinois, hace algunos años, De Kay se dirigió a México y pronto se hizo amigo del general Porfirio Díaz y organizaba la Compañía Empacadora Nacional Mexicana. Debido al monopolio que de hecho ejercía en el mercado de carnes, fué pronto conocido con el nombre de "Rey de los Empacadores". Dícese que De Kay tenía concesiones del presidente Díaz, las que fueron, no obstante, revocadas por Madero. Se asegura igualmente que De Kay vendió el control de todos sus negocios en México al mismo gobierno mexicano en 1914, poco antes de que estallara la guerra, en cerca de cinco millones de dólares.

Ya en Europa, De Kay fué señalado como siendo el agente fiscal de la administración de Victoriano Huerta. Llegó a asegurarse que poco después de su llegada a España, De Kay compró diez y ocho mil mausers españoles y quince millones de cartuchos, que pagó con bonos de Huerta. Dícese también que fracasó en su intento de enviar estas armas a Veracruz. Un año después estas armas y cartuchos fueron vendidos al gobierno belga y embarcados con destino al Congo. Una complicación internacional provocada por los representantes de Venustiano Carranza en París, que protestaban por la venta, se produjo entonces, alegándose por los mismos agentes mexicanos que esas armas y municiones pertenecían al gobierno mexicano. De Kay fué arrestado en Londres, acusándosele de fraude en Francia en relación con la venta de armas mexicanas al gobierno belga. Al mismo tiempo se supo que De Kay estaba acusado ante el Tribunal Federal de Providence, R. I., por mala aplicación de los fondos del Atlantic National Bank. Nunca fué detenido por este motivo. En las pruebas de este asunto figuraron como parte muy principal los bonos de la Compañía Empacadora Nacional Mexicana. Y como si todo esto no fuera bastante, en la ciudad de México corrían los rumores de que De Kay se hallaba envuelto en la quiebra de un banco, y que este había sido el motivo de su salida para Europa.

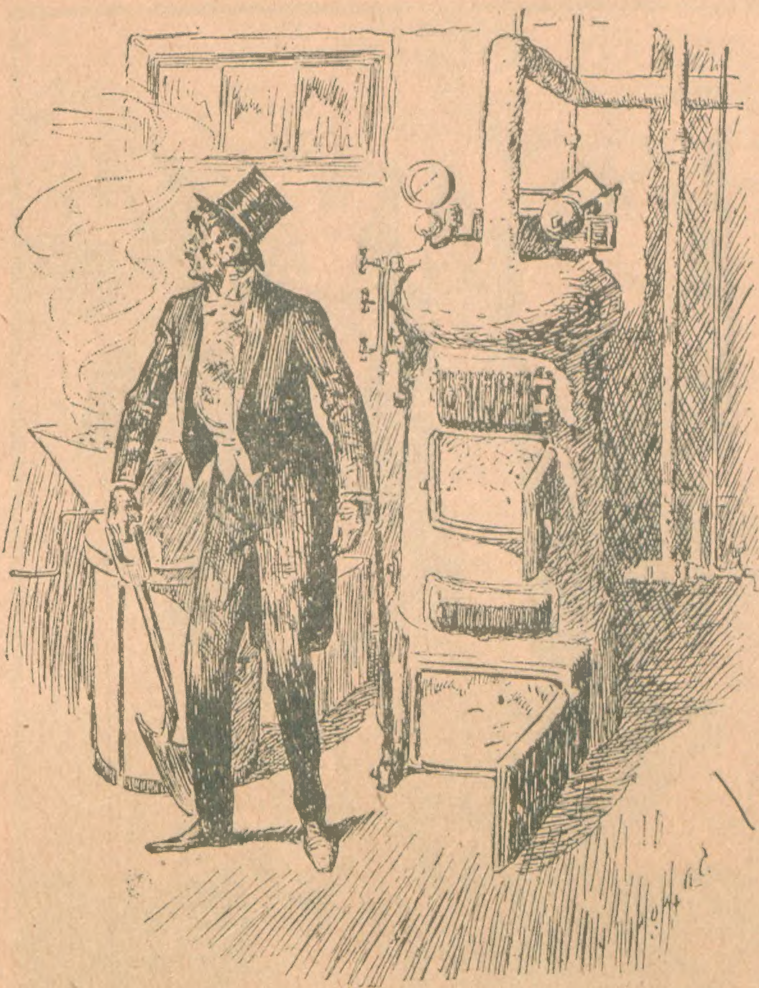
El millonario americano, que a lo que parece tiene afición por las aventuras, inclínase también al drama. Poco antes de su viaje a París, apareció como autor de una pieza titulada "Judas". Cuando Sara Bernhardt apareció en el teatro Coliseum, de Londres, en 1914, De Kay le presentó su obra. Hay que advertir que esta obra había sido prohibida en varias ciudades de los Estados Unidos, entre ellas Filadelfia, debido a lo atrevido de su texto. Con objeto de obsequiar a la gran actriz debidamente, De Kay alquiló casa en Londres y obtuvo de la firma Callow and Son, joyeros londinenses, le fueran alquiladas antigüedades para amueblarla y decorarla. Estos joyeros más tarde presentaron demanda contra De Kay por la falta de pago de quince mil dólares en una cuenta de treinta mil.

De Kay es autor de un libro de versos y de varias otras obras, incluyendo dos sobre metafísica.

La heredera desaparecida desciende, por su padre, de una antigua familia de Picardía, cuya mansión ancestral era el famoso castillo de Coucy, construído en el siglo x. Los De Kays pertenecen a la rama protestante de la familia, que fueron arrojados de Gante por la Inquisición Española en el siglo xvi, buscaron refugio primeramente en Londres y más tarde en Haarlem, en Holanda. El jefe de la rama, Guillermo De Kay, era uno de los principales directores de la famosa "Compañía Holandesa de las Indias Occidentales", y su hijo, Guillermo también, nacido en Londres y educado en Haarlem, fué el primero en venir a América, radicándose en Nueva Amsterdam. Fué tesorero de la colonia en 1641.

De éste, después de doscientos setenta y nueve años, desciende Juanita De Kay, la misteriosa desaparecida de Chicago.

LINDO PARA UN BAILE DE ETIQUETA



Una voz.—Apúrate, Luis, o llegaremos tarde al baile.
—Estoy listo. Vamos no más. Para no aburrirme esperándote arreglé la calefacción central.

Marítima

Las mareas más fuertes son las que se producen en el golfo o bahía de Fundy, que está situada en el Atlántico, entre la costa del Maine (Estados Unidos) y la de Nueva Escocia (Canadá).

La bahía, que mide unos 80 kilómetros de ancho, es profunda; pero ofrece grandes peligros para la navegación por el mal tiempo que suele reinar en aquel paraje, el cual ofrece la particularidad de ser el punto del mundo donde las mareas son más fuertes, tanto que en ciertos lugares se elevan las aguas a más de 21 metros, y con tal rapidez se suele producir el fenómeno, que a veces llega a sorprender al ganado de cerda que descansa en la playa.

En ocasiones sube la marea a razón de 30 centímetros por cada cinco minutos.

Federico ALVAREZ DE TOLEDO.
(Recontraalmirante retirado).

COSA FACIL



—¡Cómo, Roberto! ¿Tampoco hoy sabes tu lección? ¡Tan fácil que es aprenderla!
—Más fácil es olvidarla, señorita.

Un médico yanqui aconseja a sus compatriotas de los Estados del Sur la adopción de los zuecos como calzado. La razón de este consejo es muy sencilla. En los referidos Estados reina una enfermedad que acarrea un profundo estado de anemia. La enfermedad en cuestión la produce un parásito que se encuentra en abundancia en el suelo, y que se introduce en el organismo a través de la piel de los pies. La enfermedad se denomina uncinariosis, y es igual a la anquilostomiasis, frecuente en las minas de Europa, y debida a un gusanito, el anquilostoma, que se acumula en el duodeno y roba nutrición al individuo atacado.

Para evitar la enfermedad es preciso que el pie se halle completamente al abrigo de la humedad cuando se pisa terreno mojado y el calzado de cuero no ofrece suficiente impermeabilidad. Por esta causa el doctor quiere aclimatar los zuecos en los Estados Unidos del Sur, donde la uncinariosis está muy extendida y produce grandes males, poniendo a una parte importante de la población en un estado de anemia y de fatiga que la impide trabajar.

POR LA PROVINCIA PUNTANA

APUNTES DE UN VIAJERO

Una de las personas que tomó parte en la reciente excursión a la provincia de San Luis, organizada por un núcleo de empleados superiores del personal de la empresa del ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, con el concurso de las familias de los excursionistas, nos proporciona algunos interesantes datos sobre el paseo organizado, que si no hubiera tenido otros atractivos significaría, de todas maneras, un paréntesis a las diarias tareas, un alto en la jornada de todo el año que en seguida se vuelve a reanudar.

—Salimos—dice nuestro informante—el día 1.º por el tren de las 3 p. m., de Retiro, llenos de ansias y haciendo mil proyectos, fraternizando todos y en la más franca intimidad, sin ningún prejuicio de jerarquías.

Sin ninguna nota digna de mencionarse, llegamos a Villa Mercedes.

Allí fuimos protagonistas de algunas incidencias cómicas que nos interesaron vivamente y de las que siempre conservaremos gratos recuerdos.

Llegamos lloviendo a Villa Mercedes, y después de un breve consejo celebrado en nuestro coche especial, resolvimos una excursión al centro, utilizando al efecto el ómnibus (que allí se le llama la perrera).

Bajamos en la plaza Pedernera, y después de contemplar la estatua del general del mismo nombre, entramos al cine "Popular", donde nuestra presencia fué recibida con visible sorpresa y desconfianza.

Hasta el mozo parecía impresionado y no sabía cómo atendernos, aunque después, en el momento de arreglar cuentas, se mostró bastante resuelto y despejado...: 13.80 por 24 vermuts. Era un despropósito, y, sin querer cuestionar por centavo, llamamos al patrón.

¡No lo hubiéramos hecho!...

El hombre se nos presentó con un policía con el grado de sargento (que se sabía que era tal por la gorra y el machete) y, sin mayores preámbulos, nos dijo:

—Veian, señores: ustedes me están comprometiendo la casa y es mejor que se vaian; io lo qui i cobrao está bien; ustedes han bebío veinticuatro copas, y a cuarenta qui is lo qui cobro, pueden sacar la cuenta.

—Pero, amigo—le observó uno,—en mi provincia, 24 copas a $ 0.40, son $ 9.60 y no 13.80.

—Veian, señores—arguyó el hombre sin darse por vencido,—lo mejor qui pueden hacer es pagar y marcharse...; ¿qui no ven qui es viernes santo y me están profanando la casa?... Hoy no debe uno ni ráirse, porque es ofender a Cristo.

—Sí—le dijimos;—nosotros ofendemos al Cristo que usted conoce; pero usted nos toma el pelo como si fuéramos cristos.

Al retirarnos comentando alborozados el percance, vimos que el hombre se persignaba y alzaba los brazos al cielo, como si se hubiera librado de un gran peligro.

Ocupamos otra vez la "perrera" y, ya de retorno a la estación, nuestro cicerone nos hizo saber que para poder subir al dique necesitábamos calzar alpargatas.

Hicimos una lista de números.

Las medidas necesitadas oscilaban del 7 al 9.

En busca de esta modesta prenda de la indumentaria rural hicimos impensadamente las siete estaciones de la semana santa. No habíamos contado, en efecto, con la extremada religiosidad de esa humilde gente que considera gran profanación hacer negocios en la santa semana.

Llamamos en cuanto almacén y boliche encontramos al paso, y nada. Las gentes, indignadas, nos trataban de herejes, horrorizadas a la idea del pecado.

Y nos hubiéramos quedado, nomás, sin poder conseguir alpargatas si no se nos ocurre una estratagema.

Llamamos a un comercio de almacén y pedimos con encarecimiento ser atendidos por el dueño.

Vino el hombre, sorprendido por nuestra osadía, y le hablamos de esta manera:

—¡Señor, por el nombre de Dios! Venimos a pedir a usted un gran favor: que haga una obra de caridad cristiana. Tenemos un amigo agonizando y pide, como última voluntad, que todos los que le estimamos asistamos a sus últimos instantes calzados de alpargatas... ¡Queremos que usted nos venda veinte pares, señor! ¡Hágalo en nombre del pobrecito para que su última voluntad sea cumplida!...

El hombre pareció conmoverse. Accedió, pero imponiendo una condición:

—Entren di a uno o di a dos—dijo—y las sacan escondidas.

Le prometimos. ¿Qué no le hubiéramos prometido?

¡Pero una vez que las hubimos pagado salimos todos en gran algazara, con las alpargatas puestas y los botines en la mano!

Era una nota grotesca y original por el contraste que esta prenda hacía con lo demás de nuestra indumentaria.

A las 5 p. m. del viernes se nos agregó el otro coche especial, donde venían los excursionistas de Justo Daract, y a las 7 p. m. partimos en tren expreso para San Luis.

Los de Daract venían bien provistos para el programa gastronómico.

En el convoy hubo después de la cena algunos de esos entretenimientos criollos (medio punto menos del 8), tan eficaces para matar el tiempo y debilitar el bolsillo. Así llegamos a la estación La Cumbre, donde ocupamos nuestros camarotes y... a dormir.

Al otro día, bien temprano, invadimos el restaurant de la estación, encontrando que ya estaban allí unas veinte personas de los dos sexos. Eran los de Mendoza, que venían a reunirse con nosotros.

Previos ¡hurras! entusiastas de los dos bandos, empezaron las presentaciones por el siguiente estilo: Don Fulano de Tal (a) la Cebra; el señor... (a) Gato amarillo, y así en todos los casos, comentándose algunos apodos por su oportunidad.

Diez y seis coches nos esperaban para llevarnos a la Quebrada de los Cóndores, sitio maravilloso, digno de figurar entre los más hermosos del país, punto terminal de nuestra excursión.

Allí tuvo lugar nuestro jolgorio, tan esperado, y que colmó nuestras aspiraciones.

Fué un programa interesantísimo, en el que hubo de todo; desde las 8.30 a. m., hora de llegada, hasta después de las 4.30 p. m., en que con pena iniciamos el desfile.

Allí, en aquel paraje que se diría ser un rincón del paraíso en la tierra, el hombre siente el ansia de la vida y la mente se eleva a regiones superiores, quizá por lo mismo que la grandeza, el esplendor y la magnificencia de la naturaleza contrasta con la pequeñez de tantas cosas humanas.

¡Horas inolvidables de expansión aquéllas!

Todos los que de este acontecimiento participaron conservarán imborrables recuerdos; siendo de significarse, como nota del más alto interés, la variedad interminable de los números del programa desarrollado. La parte gastronómica, irreprochable. Se diría un banquete de Heliogábalo, desde los ricos "cabritios", tan tiernos y jugosos, hasta los delicados postres y las frutas exquisitas.

Después del almuerzo se hizo baile, se cantó de contrapunto, se improvisaron domadas; algunos, los más corajudos, hicieron oir su destemplada voz cantando trozos de ópera, opereta o canciones napolitanas.

Pero todo termina, y nuestras horas de júbilo tuvieron también punto final, no sin tener que lamentar íntimamente una nota sensible: la señorita Teresa Constancia Woods, hija del jefe de tracción de la división centro, que en el momento del descenso del dique tuvo la desgracia de dislocarse un tobillo, siendo preciso bajarla en andas. Al regreso en San Luis se le practicó una cura que le proporcionó alivio, y en ese estado salió en tren especial hasta Villa Mercedes, donde fué debidamente atendida.

En una de sus coplas el mendocino dijo:

Nosotros los mendocinos
tenemos todito grande:
la cordiyera e los Andes,
el Aconcagua y el Cristo
y un cantor como yo... listo
que contrapuntea donde ande.

El porteño:

Diga si lo traen de muestra,
cantor del tiempo de Juba;
¡no se suba, no se suba!...
que puede darse un porrazo;
lo que veo en usted, machazo,
son sus pies de pisar uvas.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre . . $ 3.00
Semestre . . „ 5.00		Semestre . . „ 6.00
Año . . . . „ 9.00	Semestre . „ „ 4.00	Año . . . . „ 11.00
N.º suelto . 20 cts.		N.º suelto . 25 cts.
N.º atrasado. 40 „	Año . . . „ „ 8.00	N.º atrasado. 50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Admnistración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida

A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que regirán en lo sucesivo:

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50

LA ADMINISTRACION.

El valor en los animales

¿Existe el valor entre los animales? Problema complejo de psico-fisiología que nos contentamos con examinar someramente aunque merece que se le dedique un largo y concienzudo estudio.

Si por valor se entiende tan sólo el desprecio a la muerte, los animales son valerosos. No temen a la muerte, aunque en el momento supremo experimentan la angustia y tienen el sentimiento de lo que les ocurre. En los ojos de los caballos y de los perros que agonizan, hay un dolor semejante al sufrimiento humano.

Es evidente que los animales no temen a la muerte porque la desconocen; pero esta ignorancia los lleva hasta el sacrificio de sus existencias. Sacrificio pasivo e inconsciente entre los animales; noble, consciente y voluntario entre los hombres. Esta es la diferencia entre las dos clases de valor. Aunque la inteligencia no parece tener gran parte en el resultado final, puede establecerse una diferencia entre los animales superiores, como el caballo, el perro, etc., y los que viven en estado salvaje o en libertad. En efecto, mientras los últimos, abandonados a ellos mismos, siguen sus instintos naturales, los primeros, merced a la influencia de la educación, pueden adquirir ciertos caracteres que los aproximan a la humanidad. El instinto no es fatal: la evolución de los animales, por estar más limitada que la del hombre, no por eso deja de existir.

¿Y no es acaso la educación el medio de desarrollar o modificar determinados instintos, dirigiéndoseles hacia un fin útil y fijándolos una vez que están perfeccionados, o bien modificando otros, cómo con el instinto de conservación?

Dominar ese instinto, vencer el miedo, esta es la primera condición del valor. Si éste tiene una base moral, tiene también—y más comúnmente—una base física que lo manda.

¡El valor! ¿De qué otro modo pueden llamarse las cargas heroicas, la fogosidad de los caballos cuyo ardor se auna con el del jinete, a tal grado que no parece sino formar una sola alma? ¿Y los asnos de Argelia, los débiles borriquillos que se aproximan impasibles a las trincheras para llevar los alimentos, hasta los mismos puestos de escuchas, en el frente, a los combatientes, a despecho del terrible fuego de ametralladoras y artillerías? Los animales suministran al hombre el ejemplo de un valor tranquilo que ha sido costumbre admirar tan sólo entre los seres humanos.

PAGINA INFANTIL.— Aventuras de Pipirí

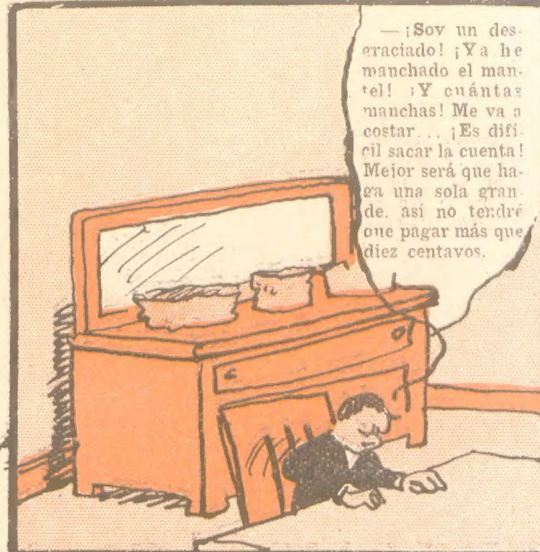




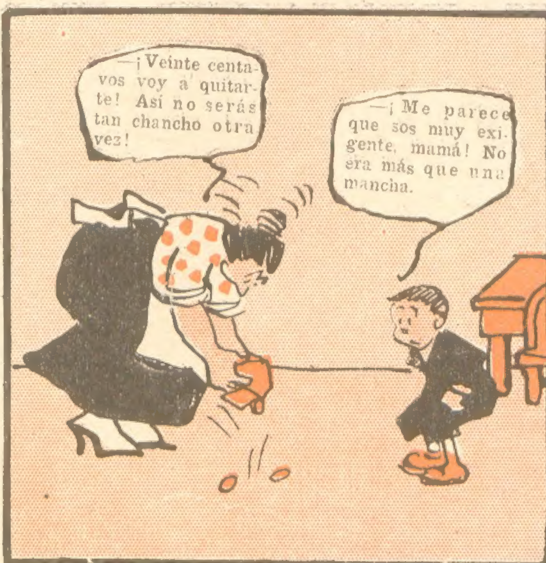


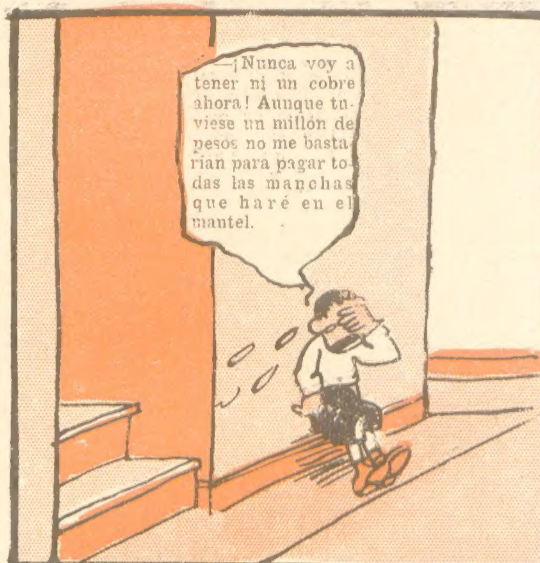






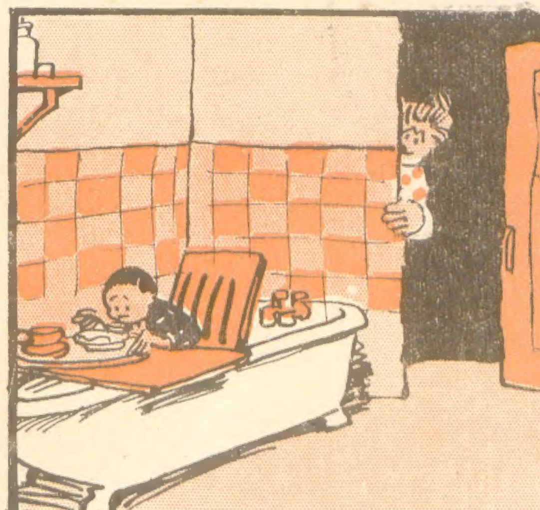












Talleres Heliográficos Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266 — Buenos Aires

CHOCOLATE

Aguila Express





Laminado en hojas y en escamas.

SAINT Hnos.

Buenos Aires. Montevideo.

disolucion inmediata.